Z/ 13135 : 15, 726 (1926)

FRAY MOCHO

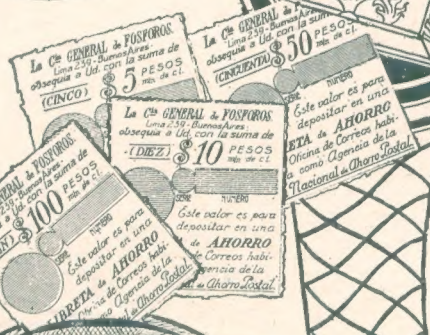
"NOMEOLVIDES"

N.º 726

23·3·1926

ESTAS MARCAS SON LAS PREFERIDAS PORQUE *proporcionan*

CALIDAD - PRESENTACIÓN Y AHORRO POSTAL GRATUITO



Señor Gerente de la
COMPAÑIA GENERAL DE FOSFOROS
Presente

Comunicamos a Vd. que desde el 15 de diciembre de 1924 hasta el 31 de enero próximo pasado y desde el 1º de febrero hasta la fecha, los BONOS DE AHORRO y las ORDENES DE DEPOSITOS respectivamente, de esa Compañía presentados para acreditar en libretas de ahorro, ascienden a las siguientes cantidades:

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

DIRECCION TELEGRAFICA "AHORROPOST" BUENOS AIRES

Meses	CANTIDAD	IMPORTE
Diciembre/924 a Enero/926 -Bonos	25.213	$ 181.925
Febrero/926 -Ordenes de Depósitos	663	" 4.845
TOTALES	25.876	$ 186.770

Saluda a Vd. muy atentamente.

Buenos Aires, febrero 27/926

F. [illegible]

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL - CONTADURIA GENERAL

[illegible] Sub-Contador

AHORRO POSTAL

PRACTICAR EL AHORRO ES COMBATIR EL JUEGO, EL ALCOHOLISMO, EL LUJO, EL DESPILFARRO; ES DIGNIFICARSE ANTE SI MISMO Y ANTE LOS DEMÁS.

C. N. A. P.

25.876 PERSONAS

DISTRIBUIDAS EN TODA LA REPUBLICA

HAN SIDO AGRACIADAS

SEGUN EL DOCUMENTO ARRIBA REPRODUCIDO

CON LOS BONOS DE AHORRO

PARA DEPOSITAR EN LA

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL

QUE OBSEQUIAN

SIN RECARGO DE PRECIO PARA EL CONSUMIDOR

LOS FOSFOROS "VICTORIA" y "75"

RECORDAMOS

que debe romperse en varias tiras el frente que lleva impresa la figurita para hallar la mancha reveladora de que el premio se encuentra en el frente opuesto, que lleva la Marca "VICTORIA" o "75". Sumérjase luego este frente en agua el tiempo necesario para que se despegue el Bono de Ahorro.

EN TOTAL se han pagado

186.770

Pesos

AVISAMOS

que de ahora en adelante los Bonos de Ahorro deben remitirse por CERTIFICADO directamente a la COMPAÑÍA, CALLE LIMA 239, BUENOS AIRES, a efecto de ser antes canjeados por una ORDEN DE DEPÓSITO para la CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL.

FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 23 de marzo de 1926 — Núm. 726

Ibero-Amerikanisches Institut Berlin Preußischer Kulturbesitz

LA MANO DEL ASESINO

Por MAURICIO LEVEL

El tren corría a toda velocidad. Era ya noche cerrada. Mis tres acompañantes, un señor de edad, un hombre joven y una señorita más joven aún, no dormían. De vez en cuando la señorita decíale algunas palabras al hombre joven. El le contestaba con un gesto y volvía a encerrarse en su mutismo. A eso de las dos de la madrugada, sin que el convoy redujera su velocidad, pasamos por una pequeña estación. Sus luces, como un relámpago, iluminaron fugazmente el compartimiento. Nuestro vagón saltó sobre las plataformas giratorias. Las sacudidas y el ruido despabilaron a la joven, que comenzaba a adormecerse. El hombre joven, con el guante, limpió el cristal empañado y se inclinó un tanto, procurando ver algo. Pero el reloj, las lámparas y el nombre de la estación, cuando lo hizo, ya habían quedado muy atrás, perdidos en la obscuridad.

La señorita preguntó en voz baja:

—Santiago..., ¿dónde estamos?

El sacó el reloj, reflexionó y dijo:

—No sé con seguridad. De acuerdo con la hora, si no me equivoco, debemos estar no muy lejos de Pontarlier.

—¡Oh, sí!—exclamó el anciano.—Aun no hemos atravesado el túnel.

El joven agradeció y la señorita suspiró.

—¡Dios mío! ¡Qué viaje interminable!... No he logrado cerrar un ojo... Si al menos hubiésemos comprado algunos diarios...

—Si usted me permite—insinuó el anciano presentándole algunos de los muchos que llevaba.

Con una sonrisa gentil se los aceptó. Su esposo sacó del bolsillo una cigarrera y se la presentó a su vecino.

—¿Un cigarrillo, caballero?

—Con mucho gusto.

Era un joven bien plantado, como de una treintena de años, elegante y sólido, con una cabeza finamente delineada, enérgica, de ojos dulces, cuya mirada endulzábase aun más cuando los posaba sobre su joven esposa.

Ella había desplegado los periódicos y parecía sobremanera absorta en la lectura. El esposo subióle sobre las rodillas la manta que se había deslizado hasta el suelo, arregló la pantalla de la lámpara para que no se fatigara la vista, y acariciándole las manos, solícito, la preguntó:

—¿Estás contenta?

Ella sonrió. El se volvió hacia su amable interlocutor:

—Verdaderamente, le estoy muy agradecido, caballero... ¡Es tan duro este trayecto, tan largo, sobre todo para mi esposa, que no tiene costumbre de viajar durante la noche!

El anciano, muy cortés, respondió:

—Máxime en esta estación en que tan tarde amanece. Aún será noche cerrada cuando lleguemos a Vallorbe, y allí, con las formalidades aduaneras, tendremos para media hora de espera. ¿Van ustedes, sin duda, a Italia?

—No, señor. Vamos a Suiza. Mi esposa se halla un poco delicada y los médicos le han aconsejado las montañas. No obstante, si el frío la molestara, bajaremos hasta los lagos. Tiene necesidad de muchos cuidados y gran reposo... Yo mismo, en esta última temporada, me he sentido bastante molesto...

La joven esposa, al cabo de recorrer sucesivamente todos los periódicos, los colocó sobre el asiento, murmurando:

—No hay nada interesante en todo este. No habla de una sola cosa que me agrade. Ya sabes que sigo ese crimen... como si se tratara de un folletín.

El esposo se encogió de hombros.

—No veo, en verdad, que resulte tan apasionante.

—¿Que no es apasionante? ¡Pero, todo!... La habilidad del asesino..., el misterio..., todo...

El anciano, que decididamente deseaba entablar conversación, preguntó:

—¿Hablan ustedes del crimen de la calle Roma?

—Sí, señor... ¿No le parece a usted que es en extremo interesante?—preguntó ella.

—Exactamente.

—Ya ves. El señor es de mi parecer...

El esposo había tomado un periódico y lo leía, al parecer, sin mayor interés. Sin poner en ella sus dulces ojos, empero, replicó:

—¡Pero, chiquilla mía! ¡Si no sé de qué se trata!...

—¿No sabes? Pues, has leído, como yo; la otra tarde lo has leído de cabo a rabo en el teatro, en el intervalo, y esta mañana; aún antes de salir de casa...

El esposo dejó caer el periódico y la miró, estupefacto.

—¡Vamos, querida! ¡Tú estás mal! Desde el momento que te digo que nada he leído será porque no lo he hecho.

Aquel hombre, de aspecto dulce y tierno, no parecía hecho para soportar la más mínima contradicción, pues pronunció aquellas palabras con un tono seco, casi hiriente; y sus ojos azules, que no hacía mucho eran tan acariciantes, tomaron bruscamente una frialdad y una fijeza que me alarmaron. Sin duda reparó en mi sorpresa, y, suavizándose, prosiguió con tono trivial:

—Evidentemente, he debido verlo... ¡Ah, sí! Ahora recuerdo... Una mujer..., ¡vamos!... Una mujer de tres al cuarto... Una cortesana, como dicen los literatos, apuñaleada en su casa a medianoche...

—En pleno día—rectificó la esposa.

—En pleno día, si así lo quieres... Han robado el dinero, las alhajas... ¡Pero, si eso ocurre todos los días!

—Es más misterioso de lo que tú crees.

El suspiró:

—¡Ah! ¡Cómo te encanta el misterio!

Se enfrascó en la lectura de "El Tiempo". Pero, la joven esposa, a quien la historia intrigaba decididamente, se volvió hacia el viajero:

—Lo más probable es que alguien llamara a la puerta de esa desdichada en el preciso momento en que la ultimaban a puñaladas...

El caballero pareció sorprenderse.

—¿Qué puede inducirla a creer eso?

—Una cosa bien simple: no ha desaparecido ni una sola de las joyas, y, no obstante, el criminal, con tender la mano, las hubiera tenido a su alcance. Sobre la cómoda se han hallado dos anillos admirables, una malla de oro y un broche de diamantes. Ni uno solo de los adornos de las vitrinas ha sido tocado. Todo apareció en perfecto orden. El criminal ha debido ser sorprendido, alarmado por algún ruido y ha huido sin tener tiempo para cobrar su valioso botín. El crimen no le ha reportado gran beneficio...

El anciano inclinó la cabeza.

—¡Oh, sí, señora! ¡Mucho, muchísimo! Es, con todo, uno de los crímenes más fructíferos que se han perpetrado desde hace muchísimos años, y el hombre ha tenido tiempo para todo... Se lo aseguro a usted...

—Entonces... ¿por qué no se llevó las joyas?...

—Simplemente, porque el criminal, como hombre inteligente, ha debido decirse: "El dinero, los billetes de Banco son anónimos; no comprometen a nadie. Pero con las alhajas, ya se las guarde, ya se las venda, de cualquier manera resultan un compromiso". El telégrafo y el teléfono han complicado en extremo la labor de los malhechores. Piense usted que basta una señal en plena mar para que se les arreste mu-

Caricaturas de Sanguinetti

General de brigada Alonzo Baldrich, recientemente ascendido a esta alta jerarquía militar.

cho antes de arribar al puerto salvador....

—Pero si el homicida lo ha calculado todo, lo ha previsto todo con muchos días de anticipación, de manera que no queden rastros...

El anciano concluyó, sereno:

—Entonces, no le tomarán preso jamás...

Pese a mí, murmuré:

—No obstante, hoy está menos seguro que ayer...

El joven me miró por encima de su diario, el anciano se volvió hacia mí bruscamente y la joven tembló un poco.

—Así y todo—dijo el anciano,—he leído todo cuanto atañe a este asunto; he revisado diez periódicos con el mayor cuidado y no he llegado a encontrar ningún indicio que pueda...

—Porque—le dije—el descubrimiento al que yo hago alusión es recientísimo y es muy posible, casi seguro, que de él no se hable hasta mañana.

La joven, curiosa, aguzó el oído:

—¿Es usted periodista, señor?

—No, señora. Empero, me encuentro bastante bien informado. En mi calidad de médico legal, he procedido en las primeras investigaciones. De manera que, en el curso de esas comprobaciones, no he llegado sino a comprobar definitivamente más que una cosa importante (la habitación donde tuvo lugar el crimen estaba muy obscura), y es que la mujer fué muerta de una sola puñalada en pleno pecho. Pero cuando me transportaron el cadáver, en la Morgue, descubrí una especie de mancha bastante grande situada bajo el seno izquierdo; una mancha rojiza que me pareció afectar la forma de una mano. He fotografiado esa mancha, he reforzado el clisé, y sacando una prueba, me he podido dar cuenta que era perfectamente la forma de una mano: una mano alargada y fina. Tan bien marcada estaba que no faltaba un detalle, ni un pliegue, ni una línea, ni una estría digital...

—Puede ser—dijo lentamente el anciano,—puede ser que algún policía, al levantar el cuerpo, lo haya tocado; y como esa gente, por lo general no usa guantes, a lo mejor, lo que usted ha visto no es más que la huella de una mano inocente...

El esposo que leía, echó a reír, aunque yo no reparé gran cosa en él, puesto que sé que es costumbre reírse de los médicos en general y de los expertos en particular. Solamente agregué:

—Donde los ojos se engañan la química no se equivoca nunca. La mancha era de sangre; muy débil, convengo en ello, pero una mancha de sangre indiscutiblemente. Además ello no correspondía a ninguno de los personajes que penetraron en la casa después de perpetrado el crimen. Finalmente, se encontró una toalla húmeda muy manchada, arrojada cerca del tocador, y, sin gran derroche de imaginación, ha sido posible reconstruir una parte del drama: perpetrado el crimen, el asesino, cuya mano derecha habíase manchado con la sangre, la limpió a medias, y en el instante de salir, para asegurarse que su víctima estaba bien muerta, debióse aproximar a ella y apoyado la mano sobre el corazón. Después, sin hacer el menor ruido, tal cual debió entrar, habrá salido. Solamente que el incauto no debió pensar que la sangre se pega terriblemente a la piel y que, sin reparar, acababa de colocar sobre su obra la más flagrante e indiscutible de las firmas.

Los tres viajeros escuchaban, estupefactos.

—Es extraordinario—dijo la joven.

Su esposo agregó:

—En efecto: muy curioso.

En cuanto al anciano, murmuró:

—¡Bah! A menos que se llegue a comprobar las impresiones digitales, el hallazgo sólo puede producir una satisfacción bastante platónica. Si yo fuera el asesino, dormiría tranquilamente.

—Esta noche, puede ser, pero mañana, no lo creo yo... Mañana todos los periódicos publicarán la fotografía, y, dos días más tarde, toda Europa, policías incluso, conocerá esa mano. Y esa mano denunciará al criminal, a menos que se decida a llevarla enguantada toda la vida, o que, realizando un supremo acto de heroísmo, se decida a tronchársela. Porque esa mano, señor, además de las huellas digitales que cualquier aprendiz de polizonte puede sacar, tiene otra característica que le sorprendería tremendamente a usted y a cualquiera que la viera. Se trata de una cicatriz que va de la extremidad del anular hasta la base de esa línea que las adivinas llaman la línea de la vida; cicatriz de una gran nitidez y que es muy fácil descubrir al menor descuido. De manera que—¡no lo quiera Dios!,—si uno de nosotros fuera el criminal, y, por un descuido se despojara de sus guantes, todas las probabilidades estarían en su contra y nada nos costaría hacerle detener al llegar a la primer estación..., si es que la cosa no ocurre en la frontera, al revisar los pasaportes.

—¡Oh!—balbuceó la joven.

Los dos hombres, maquinalmente, miraron sus manos enguantadas.

—¿De manera—repuso la joven,—de modo que la fotografía se publicará mañana?...

—¿Y al llegar, la encontraremos en todos los periódicos?—agregó el anciano.

—No, porque el clisé ha sido entregado esta tarde y ustedes no tendrán los periódicos de París sino un poco más tarde.

Mi relato debió turbar profundamente a la joven, porque agregó, con voz un tanto nerviosa:

—Me gustaría verla.

—Es bien fácil—repliqué.—Aquí, en mi carnet, tengo una copia... Mírela usted...

La tomó. Su marido se aproximó para ver la fotografía por encima de ella. El caballero de edad, pidió:

—Si usted me permite...

Y se sentó junto a ella.

Los tres, inclinadas las frentes, contemplaban la reproducción de las huellas de la mano. Era tal la atención que se transparentaba en sus rostros que parecía que ante ellos tenían la mano en carne y hueso. Así y todo, como la luz del vagón no era mucha, debía precisarles los detalles:

—¿Ven ustedes este trozo blanco?... Está bien claro..., ¿ven?... Aquí luego...

—¿No les parece a ustedes que aquí hace mucho calor? Abriré una ventanilla, si no les parece mal...

Era el esposo que hablaba.

Bajó el cristal, y el anciano asintió:

—Tiene usted razón... Ahora se respira...

Proseguí en mi explicación. En aquel preciso momento resonó el pito de la locomotora en una forma estridente y prolongada. Dejóse oír gran ruido de hierros y cristales, y, para que me escucharan, tuve que levantar la voz.

—Ahora entramos en el túnel. Continuaré cuando hayamos salido; así no se puede hablar.

El señor de edad volvió a su asiento. La joven permaneció con los ojos fijos en la fotografía. Por segunda vez su esposo exclamó:

—¡Es como para ahogarse!

Se inclinó un poco hacia la ventanilla.

Me pareció escuchar un ruido extraño, algo así como un chasquido. Mis compañeros lo escucharon también, porque los tres levantaron la cabeza. Continuamos corriendo envueltos por aquel estruendo durante un minuto. Luego cesó. El aire pareció más liviano y el vapor que había invadido el vagón se despidió. Estábamos nuevamente en pleno aire, bajo el cielo libre. Mas, como me aprestara a proseguir con mi explicación, descubrí al joven que, siempre sentado en su rincón, permanecía con el brazo fuera de la ventanilla. Su rostro tenía una palidez aterradora. Y, con ojos verdaderamente de loco, miraba ya a su esposa, ya a nosotros.

Le dije:

—¿Se encuentra usted mal?...

Casi no tuve tiempo para sostenerle. Se desmayó. Le tomé entre mis brazos y entonces fué cuando descubrí al cabo de su brazo derecho una cosa sangrienta e informe, un muñón repugnante, verdaderamente repugnante...

—¡Oh, desdichado!—exclamó el anciano.—Ha sacado el brazo al salir del túnel y se ha tronchado la mano contra algún pilar...

Yo ya le había arrancado la manga del saco y agarrotádole el brazo para cortar la hemorragia. Abrió los ojos, unos ojos espantados. Sus miradas no se apartaban de la horrible herida sino para posarse en su esposa.

Esta, temblando, lívida, sacando fuerzas de no sé de dónde, estrechaba al mutilado contra su pecho, sin proferir una sola palabra.

Bruscamente, la frase del anciano volvió a mis oídos: "¡Se ha tronchado la mano!"

Miré la fotografía que estaba en el suelo. El herido siguió mi mirada, luego me miró fijamente. Recordé mis propias palabras: "Esa mano denunciará al criminal, a menos que tenga el heroísmo de tronchársela." La sospecha, mejor aún, la certidumbre, asaltóme al punto; pero no tuve ni la fuerza, ni el valor, quizá, para hablar. Y, sin una palabra más, aguardamos el amanecer.

Como al llegar a Vallorbe aún no había amanecido, descendimos al herido en Lausana. Jamás volví a oír hablar de él. Ignoro si vive aún. Lo que sí sé es que jamás se encontró al autor del asesinato de la calle Roma.

El pus mezclado con los alimentos

En las raíces de los dientes, la piorrea forma bolsitas de pus que se esparce por todas las encías y de allí se ingiere junto con los alimentos.

En muchas ocasiones esto causa desarreglos.

Consulte con su dentista y mientras tanto mantenga su boca limpia cepillando sus dientes y encías con el mejor preventivo conocido o sea el

POLVO
PYORRHOCIDE

Contra dientes flojos
y encías sangrantes.

De venta en las farmacias.

Un tarrito dura varios meses.

Llene y remita el cupón adjunto a Dep. Pyorrhocide, Rivadavia, 1244, y $ 0.10 en estampillas para enviarle una muestra gratis.

(P. P.) F. M. 23-3-26.

Nombre .....

Calle..... *N.º*.....

Ciudad .....

El polífago de Sajonia

Muchos escritores han hablado de ciertos comilones, al lado de quienes Milon de Cretona pasaría por un niño de teta. Nosotros vamos a citar un ejemplo, no tanto por lo extraordinario, sino porque se funda en datos al parecer irrecusables. Hace más de un siglo se vió a un sajón que por dinero comía cuanto le presentaban. Un cordero, un becerro, un cerdo, eran sus platos ordinarios; rompía con los dientes vasos y tiestos y aun piedras sumamente duras. Devoraba animales vivos, como ratas y aves. Cierto día le presentaron una escribanía cubierta de planchas de metal, y consiguió despedazarla y comérsela, con las plumas, el cortaplumas, la salvadera y el tintero que contenía. Siete testigos irrecusables dieron fe de este suceso ante el Senado de Wirtemberg.

Este formidable tragón disfrutó hasta la edad de sesenta años una salud perfecta. Cuando llegó a cumplirlos puso límites a su voracidad. Abrieron su cuerpo antes de darle sepultura, y lo encontraron lleno de objetos extraordinarios. La historia del ogro sajón y la descripción de su cadáver dieron asunto a un opúsculo que se publicó en Wirtemberg con el título de "Disertación sobre el polífago de Sajonia".

DE TODO UN POCO, *por Rojas*

—¡Qué tranquilidad! ¡Me parece un sueño!
—Es que no hay nada más plácido que el campo.
—No, no es eso: es que ya no oigo hablar de Franco...

—Director: la serie de artículos políticos que me ha mandado hacer, ¿los quiere hablando de Alvear o de Irigoyen?
—Hágalos surtidos.

—Los mosquitos no me dejan vivir.
—Le cambio a usted los mosquistos por los nenes.

—¡Qué bien me vendría una media tostada!
—¡Y a mí un par de medias!...

—¡Es curioso! En verano me encuentro con ropa de invierno y en invierno, con ropa de verano.

ELOGIO DEL CORAZON

Por V. García Martí

Hay gentes de buen corazón y las hay que hacen de tripas corazón. Con lo primero basta para servir al prójimo; con lo segundo se puede servir al prójimo y a uno mismo, ya que crea el mérito de la persona. Y claro, este corazón, hecho en casa, es menos inocente, porque responde a la industria particular y privada; anduvo aquí la mano del hombre, y no es regalo con toda la simplicidad y toda la sencillez de las cosas naturales.

Cierto que un corazón que nace es mucho más dulce que un corazón que se hace; por eso es más soso. Yo no haría voto de pobreza sino a condición de ser muy rico.

Las gentes estiman, con justicia, el soplo de voluntad que animan nuestras obras, porque sólo en tal sentido son nuestras. Un virtuoso de nacimiento suele ser un idiota, o por lo menos no le hace ninguna falta la inteligencia.

Casi todos los tontos que andan por el mundo son unos santos; pero, como no han hecho nada por ser tontos, su santidad no tiene mérito. Este elemento intencional, esa voluntad heroica, es lo que reclama el sentido de una vida superior.

Por eso preferimos el corazón hecho de tripas a un corazón que nace...

Todas las grandezas de la vida deben algo al corazón. No está el peligro en que la bestia se desboque; el peligro consiste en que no soporte el jinete la carrera. No debe nuestro poder amular de tal modo las energías de la bestia que perdamos la noción de que cabalgamos. Y ¡cuántos van a caballo en una escoba! Así caminan los intelectuales. Reducir la vida a cerebro no tiene más que un peligro: el de olvidar la vida. Y todo eso cuando se trata de vivir justamente. Algo así como la ocurrencia de los chicos cuando construyen un carricoche, y luego le imprimen movimiento con sus propios pies y se hacen la ilusión de que los arrastra el motor, que es lo "único" que falta al vehículo.

Yo estimo cuanto puedo mi bestia, la atiendo y la cuido, porque quiero sentir el hervir de la sangre y embriagarme con el vértigo de la carrera. No me destierro voluntariamente de la vida para situarme en las nubes; pretendo alejarme sólo del plano de la superficie, donde el paso es lento y el movimiento circular y torpe, para conocer nuevas perspectivas y caminar más de prisa. Aspiro a que la misma muerte no me limite la acometida y, al contrario, me absuelva por no haberme ahorrado ningún dolor del vivir. Creo que la única senda para llegar a la intimidad de los hombres es la que señala el corazón. El indica los lugares donde es posible dialogar sin estorbos y que nos entendamos sin intérpretes. No son mi prójimo las gentes que se saludan cortés y glacialmente. Mi prójimo son los corazones que yacen heridos y olvidados, los únicos que me importan. Mis oidos están atentos a sus quejas; mis manos prestas a ayudarles. En la vida diaria, monótona y vulgar, las personas laboramos construyendo muros de defensa. En la vida divina y heroica de un instante, los corazones, como los enamorados, saltan las vallas y burlan la vigilancia de sus tutores.

¡Ah!, pero cuando se ha esclavizado el corazón, cuando se le hace gemir en las mazmorras del castillo, cuando se le convierte en un criado de la peor especie, la morada pierde en prestigio y el interior es sombrío, triste y estéril, si no encanallado y miserable.

En todos los instantes de la vida, en los mismos del triunfo, hay siempre un anhelo incumplido. Por debajo de aquello que nos parece lo último hay aún cosas más lejanas.

En el fondo de los esfuerzos de un hombre existen ansias infinitas que no se calman con las victorias. En las horas de la apoteosis, todos los aplausos nos dicen menos que la sonrisa de una persona querida o que la mano trémula de un viejo e insignificante amigo.

Y es que ni los éxitos, ni la gloria, ni las apoteosis humanas, se bastan por sí mismas para darnos una emoción segura, firme y duradera. Necesitamos de cosas más sencillas: del eco de una voz, de unas palabras cálidas, de la intimidad y del silencio.

Y con todo, no tenemos bastante, porque no paran ahí nuestros afanes. Responde nuestra inquietud al deseo de encontrar alguien que sienta correr nuestra sangre como si circulara por sus propias venas, alguien cuya vida siga el ritmo de la nuestra.

¿Dónde ha venido a refugiarse ese espléndido regalo de los dioses?

El pobre corazón era un estorbo para las gentes; pero se venga de su destierro, porque en el hueco que deja se siente siempre la angustia de su ausen-

OLIVOS Y CIPRESES

Estos cipreses son antiguos, y ello les da nobleza; pero estos olivos son, a veces, demasiados antiguos; *ello, entonces, les quita nobleza.*

Tres siglos, ocho, veinticinco, ¡qué bien! Pero si eres antidiluviano, siempre tendrás algo de mastodonte.

"Nosotros—decía el puntilloso vizcaíno en disputa con el navarro, cuya familia databa de tiempos de Ramiro el Monje,—nosotros, no datamos"... *Mal hecho: hay que datar.*

Hay que datar, porque si la imagen de un guerrero cristiano degollando a un infiel es de sugestión aristocrática, la de un antropoide matando un oso, casi no pasa de zoológica. Historia trae nobleza; geología no.

Cuando los olivos son muy viejos, se retuercen demasiado, se hacen fantásticos y misteriosos. Creo fundadamente que entonces Minerva les deja de su mano. Y que entra a patronarles otro señor. Que es, precisamente, Satán.

Un olivo así, parece un árbol que, a trueque de vivir mucho, haya vendido su alma al diablo.

Eugenio D'ORS.

cia, la nostalgia del dolor. Los hombres creen vivir así más libres y desembarazados de una carga pesada, y el remedio no está en ahorrar la sangre, sino en derramarla toda en el propio huerto para hacerle fecundo. Las vidas heroicas son sólo las que saben morir al lado del corazón. ¡Ah el gesto del inocente que sube al patíbulo para salvar a un hermano! Toda la grandeza del amor consiste en una hora de libertad, en una hora de corazón. El no pide nada para sí; no tiene método, ni lógica, ni cálculos; no vacila, no cambia...; soporta el peso de nuestros dolores y de nuestras miserias, y lejos de enmudecer y aniquilarse, se hace más grande, más fuerte, más glorioso. La muerte no le espanta, porque su ley es triunfar. Y otorga el privilegio a la vida, que tuvo el heroísmo de albergarle en todos los instantes, de transformarla en un cáliz de perfumes divinos y eternos.

Mirad qué difícil es ponerse al habla con los hombres. Después de dialogar con ellos horas y días, y a veces años, dan ganas de decirles: "Y bien, ¿es verdad que también vosotros tenéis corazón?" Pero cada palabra que brota de los labios de vuestro interlocutor es una nueva dificultad y una nueva mentira. Son posiciones defensivas que van tomando vuestros amigos. Haría falta que quedase un hombre solo sobre la tierra y que pudiéramos escucharle desde lo alto su monólogo de solitario y único, para saber algo de la verdad de su espíritu.

El corazón precisa aprovechar nuestros descuidos para mostrarse. Y esos descuidos son nuestros timbres de aristocracia, acaso los únicos títulos de la nobleza humana. Si en la vida no se durmiera alguna vez el jinete, ¡qué miseria y qué frialdad nos helaría! El momento del amor no es el de las palabras, sino el del silencio, en que marchan solos los corazones y se les oye galopar. ¡Qué terrible secreto encierran los hombres! Encubrirlos es toda la tarea de la vida. Nos da miedo la grandeza divina de ese secreto y lo rehuímos, porque no tenemos potencia para vivir como dioses. Es más fácil y cómoda esa vida de memoria, que no exige grandes gastos de dolor y de sentimiento. Vidas miserablemente repartidas entre el sastre y el cocinero...

El corazón es un inmenso poeta. Necesítase toda la barbarie y grosería humana para no oír sus cantos. Las gentes viven sin sospechar este poder mágico y divino que llevan en sus pechos. El llanto es la sorpresa que les inunda. En los instantes augustos aquel poder recobra sus fueros, y es tal su imperio, que suspende la vida, y ahoga la voz, y palidece las mejillas. Un minuto que tiene la grandeza de la muerte. ¿Qué valen las prevenciones contra esa fuerza irresistible? Todos los preservativos intelectuales son ineficaces. La vida rasgará en un segundo los antifaces tejidos en años. Y gracias a este despertar de la vida se tiene en pie el monumento de la cultura. ¿Con qué iban a unirse si no los materiales del intelecto? Esa obra se liga con el calor de la solidaridad, con el fuego del corazón. Sin ese soplo divino que remueve y exalta las llamas, la obra de los hombres no sería continua ni progresiva. Pero todo acto humano que se genera en esa fragua interior es una alusión a la humanidad entera, y perdura y se abre camino a través de los tiempos y de las fronteras. ¡Ah si sólo fueran los productos fríos del intelecto; pero las grandes obras llevan el sello del dolor, como si arrancáramos sus raíces del alma! Y todos los hombres sienten en su pecho este dolor como un amigo, algo que les es familiar y que ignoraban. De ahí las simpatías de las gentes por las obras del corazón y la indiferencia por las del intelecto.

¡Qué poco vale aquel que, ocupado en aprender tantas cosas, no ha tenido tiempo de aprender a vivir heroicamente! Para la vida, para el alma, no hay reglas posibles. Es un continuo renovarse y un constante crear. Yo no diré que la estética sea o no la verdad; pero ello es que existen paisajes profanados por la ingeniería y grandes escritores que repugnan la gramática. Como que encerrarse en una fórmula, es una regla, equivale a renunciar a vivir y a tomar una posición especial.

Y el corazón golpea inútilmente en estas vidas estáticas y superficiales. Renuncian a caminar. He ahí el sentido de la ciencia. Fotografías de actitudes parciales, frías y sin alma. ¡Qué difícil sorprender la vida en su íntimo desenvolvimiento, en el instante de brotar! En toda obra que no ha quedado la huella del hombre, no vemos ninguna respuesta a la eterna y honda ansiedad de nuestros ojos. Y esa ansiedad sólo se apaga con la muerte. Y se apaga porque deja de latir el corazón...

No me agradan las cosas impersonales. ¿Qué tienen que hacer las cosas impersonales en el mundo? ¡Sombras! Hijos olvidados; corazones muertos. Me gusta que las obras palpiten cálidas, como si aun tuvieran el calor del corazón, que las ha parido. Que lo visto por mis ojos sea la vida, siempre la vida. Que los hombres no vuelvan las espaldas a sus propias obras, sino que las alienten y las animen. Que llenen todos los ámbitos del mundo de espíritu, y que todos contribuyan a la gran obra total de la humanidad. No pasarse las cosas frías, los objetos muertos, las obras sin almas, de mano en mano, sino pensarlas, transmitirlas de corazón en corazón.

Ni un solo hombre debe excusarse de pagar este tributo a la vida, sino poner su sangre, su calor y su aliento. Pero ¡cuántos prófugos y cuántos desertores de este ejército de héroes! Y eso que la vida es una celosísima defensa de sus derechos y no los libra fácilmente del zarpazo. El remedio para muchos es poner una piedra en el lugar del corazón. Cierto que luego no pueden caminar; mas esas gentes no han venido al mundo para caminar. Y así viven estas miserables a cuenta de un escaso número de escogidos y abnegados. Un alma generosa llena siglos y sirve para millares de hombres que se nutren de aquella magnanimidad divina. Yo absolvería a los tontos de la inteligencia y no perdonaría a los tontos morales. Se puede transigir con un fraude intelectual; no se debe transigir con un fraude del sentimiento. Se puede permitir un hombre el lujo de no tener cabeza; no se debe tolerar que viva sin corazón. Ya sé que hay almas abnegadas que gozan con poner a su cuenta los dolores ajenos. Pero la deuda de éstos es más grande, y no poder pagarla debe ser su dolor.

Ya nadie cree en los gritos de los que claman contra la farsa. Se ha abusado de los golpes de pecho y de las grandes frases. Y la dignidad dura tres días o tres horas, según los casos; pero nada más. Unas cuantas lágrimas para arrancar la última rosa del pudor y el adiós de despedida. Es todo presión de circunstancia. Reparad, de otra parte, que no hay mayor decoro en el individuo que en la colectividad. Justamente la carencia de esta última es la base de tantos males, porque ese espíritu colectivo podría ser en muchos casos apoyo para no irse al fondo y naufragar; pero, por el contrario, el nivel de dignidad colectiva suele ser inferior al individual. Hay hombres aislados que sienten el deseo de realizar acciones heroicas, de llevar una vida austera. Pero las gentes les volverán la espalda; las gentes no estimarán a sus hijos si son los hijos de un pobre... Y no hay manera de vencer todos estos agravios que la sociedad infiere si no se tiene un gran corazón, un gigantesco corazón. Sirva de consuelo saber que, mientras los labios puedan contraerse en un gesto de sonrisa, nuestro estado no es un último e irremediable estado. ¿Y qué estado puede ser el último en la vida, si las almas buenas, en la hora suprema, sonríen aún, sonríen todavía ...

Corazón, noble amigo, que sabe toda la honda verdad de nuestras penas y de nuestras miserias, y sabiéndolas y doliéndote hondamente de ellas, mantiene enhiesto el pabellón de nuestra vida: que tu imperio se extienda entre los hombres, y con tus esfuerzos heroicos y supremos la Humanidad cese en esa despavorida huída, en esa trágica carrera en busca de la dicha, de la felicidad, que sólo puede estar en lo íntimo del pecho, allí donde marcas ese ritmo eterno con la inquietud constante y sosegada. Cerca de ti la vida no vacila ni duda. Al fin, la pobre peregrina encuentra un refugio y un camino...; ¡el único quizás!...

卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐

"La estrella lejana"

A Lía G. Ruiz Moreno.

OPTIMISMO

Esta noche mi vista se ha inundado de llanto...
¿Ya no existe dulzura? ¿Ya no existe bondad?
Se han abierto mis ojos, atónitos de espanto,
sobre el báratro enorme de la Fatalidad.

Se abisma mi conciencia pensando en el pasado;
los amores que fueran torturan mi recuerdo;
y soy en los caminos un niño alucinado
y en las encrucijadas de la vida me pierdo...

En el sepulcro blanco de nuevas ilusiones
sepultaré mi llanto, mi lírica amargura;
al fin, el mundo es grande y hay muchos corazones
que aguardan de mis labios un beso de ternura.

Y seré un peregrino que, buscando su anhelo,
va detrás de un ensueño milagroso y profundo,
con el alma colgada de los astros del cielo
y los ojos suspensos en las luces del mundo...

Eduardo María de OCAMPO.

卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐 卐

UN NUEVO JONÁS

Hasta hoy ha vivido en las nebulosas de la duda la leyenda del Antiguo Testamento, que nos habla de los tres días que el profeta Jonás pasó en el vientre de una ballena, hasta que le aplicaron las leyes del desahucio a petición de no se sabe qué interesado envidioso del bienestar ajeno.

Ahora, en un libro de reciente edición, un célebre autor inglés, que fué lobo marino desde su adolescencia, refiere el caso curioso de un marinero del barco ballenero Star of the East—James Bartley,—que fué engullido por una ballena en la primavera de 1908, habiendo permanecido durante veinticuatro horas en el estómago de la hospitalaria dama.

Al ser cazado y destrozado el grueso monstruo marino encontraron al desventurado Bartley. Estaba desvanecido, pero vivía. El jugo gástrico le había blanqueado la piel del rostro, el cuello y las manos. Estas piezas del cuerpo las tuvo reblandecidas durante tres meses, y por largo tiempo le permanecieron tan sensibles, que no podía resistir la caricia ni de los soles mortecinos del otoño.

Afirma Mr. Bartley que, a pesar de estar desvanecido hacía ya muchas horas, le repercutió en los oídos el golpe de los harpones al ser cazado el monstruo y que los sintió como mazazos en el tórax y la masa cerebral, concibiendo la esperanza de que no moriría digerido, pues comprendió que su hotel había caído en manos de dueños misericordiosos. Estuvo tentado de caer de rodillas y darse con una piedra en el pecho; pero agrega que las ballenas por dentro son asfaltadas como la avenida de la Opera, los Campos Elíseos o la avenida Alvear.

Cuenta que el estómago de ese pequeño pececillo es bastante confortable, y que de haberlo sospechado habría llevado valijas e invitado a la suegra para no aburrirse; pero que hacía un calor que nunca había sentido en otra parte.

Naturalmente, dice que había tenido mucho miedo al principio, pues ignoraba lo que sería de él en la temporada que duró en tan vasto y efímero alojamiento, en donde no vió ni una percha para poner la gorra ni una chaise longue *como en los navíos, ni un baúl para colocar ropa sucia.*

Necesitó un mes para reponerse. No ha escrito aún sus memorias.

La historia es bastante inverosímil, pero como cuento de marineros puede pasar, ya que la gente de mar "exagera" más que un descendiente de gascones y andaluces.

CURIOSIDADES

Los pepinos contienen aproximadamente un noventa por ciento de agua

—

La mujer tiene, por término medio, el setenta y siete por ciento de la fuerza de un hombre que tenga su misma edad, peso y estatura.

—

En Ur (Mesopotamia), ha sido descubierto un templo que data de seis mil años antes de Jesucristo. Se considera que es el más antiguo de todo el mundo.

—

En 1918 y 1919 hubo en Londres una notable disminución de nacimientos completamente anormal e inexplicable.

—

La casa más antigua de los Estados Unidos está situada en Guilford (Connecticut). Es un edificio construído en 1639; sus paredes son de piedra y tienen nada menos que cuatro pies de espesor; sus angostas ventanillas, especie de ranuras, desde las cuales se hacía fuego contra los indios.

—

La mayoría de las panaderías de Lancashire venden el pan en bolsas de papel cerradas, con lo cual se evita a ese alimento el manoseo y las moscas.

—

El tráfico callejero es mucho más peligroso para los peatones en Berlín que en cualquier otra parte del mundo. Esto se atribuye a la ausencia de vigilantes especiales y al poco caso que hacen de las ordenanzas los conductores de vehículos.

—

Los ingresos anuales de la iglesia de Inglaterra se elevan a 7.221.000 de libras esterinas.

—

El "gigante" de la armada inglesa es el tambor mayor R. Hammoud, cuya estatura alcanza a seis pies y ocho pulgadas.

—

Se han descubierto recientemente unas estampillas de correos de Nueva Gales del Sur que datan del año 1855. Los peritos las han valuado en novecientas libras esterlinas.

—

Hay 3.000 fabricantes de accesorios de radiotelefonía, 1.000 corredores y agentes y 25.000 expendedores en los Estados Unidos.

—

Por la estación de ferrocarril del Sur, en Londres, desfilan anualmente 7.000.000 de personas.

—

En 1921 entraron en Inglaterra 230.134 personas, de las que un gran número procedían de Rusia.

—

Si sus hijos lloran, déjelos llorar, pues eso hace que se desarrollen sus pulmones. Tal es la declaración de una eminencia médica europea.

—

Los padres deben prevenir a sus hijos de los peligros que entraña mirar directamente al sol. Eso puede, en efecto, dañar seriamente la vista.

—

Un distinguido juez de Londres ha declarado que toda mujer que se casa con un hombre que tiene alguna lacra, confiando regenerarlo después de su matrimonio, comete un grave error.

—

Los gatos siameses, la moda del momento, que se crían en el palacio real de Siam, son atendidos por los sacerdotes budistas.

En Europa cuestan de 5 a 50 guineas cada uno.

—

Cientos de palomas mensajeras fueron llevadas recientemente de Bélgica a Londres en aeroplanos, y luego se soltaron para correr una carrera.

—

En Inglaterra se han cerrado muchos reformatorios de menores por falta de pupilos.

—

Durante los cuatro años que duró la guerra, Cuba prosperó quizá más que cualquier otro país. Su exportación aumentó más de 350 millones de dólares en 1918. Al mismo tiempo, las compras que hizo en el extranjero ascendieron a 260 millones, o sea el doble de su anterior importación.

—

Aseguran los médicos que la transfusión de la sangre es un tratamiento eficaz para veintiocho enfermedades específicas, entre las que figuran la fiebre tifoidea, la neumonía, el envenenamiento por gas de carbón, la hemorragia, las infecciones, las intoxicaciones de la sangre y en general para todos los estados de debilidad orgánica.

—

Asombra por su cuantía el número de los obreros nuevos que se necesita todos los años en las fábricas de los Estados Unidos para reemplazar a los que abandonan el trabajo o son despedidos. Un estudio recientemente hecho en ciento cinco fábricas de todas partes del país revela que la proporción en que se necesitan esos substitutos es de ciento por ciento anual, lo que quiere decir que anualmente se renueva totalmente el personal obrero; y si bien esta renovación puede perjudicar algo a los industriales por la impericia del personal novel, resulta beneficiada la higiene mental del pueblo, pues nada hay que desgaste más la voluntad, la iniciativa y la inteligencia que la monotonía fatigosa de un trabajo siempre igual y mecánico como el que caracteriza al de las fábricas de todas las maquinarias.

—

Hay más de doscientas clases de plantas que tienen azúcar en su savia.

—

En el parlamento inglés entran diariamente 5.000 personas, término medio, a excepción de los sábados, en que ese número llega a triplicarse.

—

Rusia, europea y asiática, tiene una población que alcanza a 125 millones.

—

Un hombre que falleció últimamente, a la edad de ciento siete años, decía que el secreto de la vida está en "no entrar jamás en un salón de baile. No ser jamás protagonista de un escándalo y no entrar jamás en un bar."

—

La planta bulbosa conocida científicamente por el nombre de "Saumoratum Guttatum" y vulgarmente por el de "Monarca de Oriente", otrece la particularidad de desarrollarse en pleno invierno sobre el mármol de una chimenea o sobre la mesa sin necesidad de agua ni de tierra, produciendo una flor de treinta y cinco centímetros de alto.

Pertenece a la familia de las aroideas, a la cual pertenecen asimismo las plantas llamadas vulgarmente calas, a las cuales se asemeja. Su larga y alta flor es de color amarillo muy bonito, salpicado de manchas aterciopeladas de color carmesí.

El bulbo o cebolla, cuyo diámetro es próximamente igual al de una moneda, se coloca sobre el mármol de las chimeneas, y la flor aparece en un espacio de tiempo verdaderamente increíble.

Cuando la flor se marchita, se planta el bulbo en el jardín, y en la primavera echa un tallo de setenta centímetros de largo, rematado por una hoja en forma de paraguas. El bulbo vuelve a secarse en otoño, y después de lavado se vuelve a colocar en la chimenea, donde florece de nuevo, pudiendo repetirse el procedimiento año tras año.

—

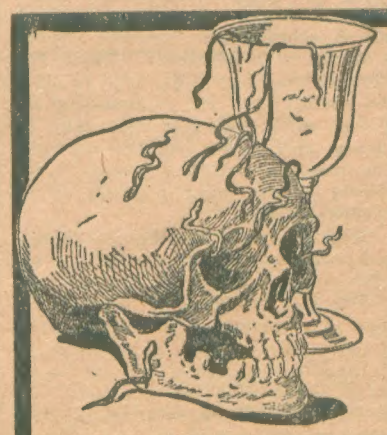
Por antiquísima tradición, en el pueblo de Dunmox y en la comuna de Ilford (Inglaterra), todos los lunes de Pentecostés se reúne un tribunal especial, presidido por un magistrado, para conceder el premio de una libra de tocino al matrimonio más feliz de la región. El tribunal de Dunmox estaba constituído últimamente por docè solteros, seis varones y seis mujeres. El premio correspondió al diputado laborista por Stanford, señor Tom Growes y su esposa, que, según la opinión de sus convecinos, son un matrimonio que desde hace muchos años vive en perpetua luna de miel.

—

En una casa de compra y venta situada en uno de los barrios de Roma, hay un letrero que se considera una prueba de sinceridad. Dice así: "No se dejen engañar en otra parte. Vengan aquí."

—

Recientemente se realizó en la Royal Infirmary, de Gloucesterhire, una operación que reveló un hecho curioso. A un hombre que se dedica a los trabajos de campo se le metió en un ojo una semilla de heno de la que brotó una hojita.



En una Copa de Agua puede Ud. hallar la Muerte

Tenga cuidado con el agua que usted consume; cerciórese si es buena. Sepa que el AGUA es el vehículo de muchas enfermedades peligrosas.

NO OLVIDE QUE PREVER ES CURAR

No consuma AGUA alguna que NO SEA PURA.
EN SU CASA PUEDE USTED PURIFICARLA CON

El Botellón Esterilizador del Prof. Dr. HOTTINGER

que en el corto tiempo de una hora, esteriliza el agua más contaminada. Hoy mismo debe adquirir uno para su tranquilidad y la de los suyos.

EN LA CAPITAL DE VENTA EN LAS SIGUIENTES CASAS:

Farmacia Franco Inglesa, Sarmiento y Florida.—Farmacia Belgrano, Cabildo, 1901.—Droguería del Indio, Rivadavia, 1501.—Beretervide y Leonardini, Piedras, 170.—Farmacia J. T. Raffo, Esmeralda, 301. —Heinlein y Cía., Av. de Mayo, 1402.—R. Martínez y Cía., Rivadavia, 1001.—Bazar Solanas, Santa Fe, 2138.—Guanziroli y Cía., Sarmiento, 1431.—Angeleri Jacuzzi y Cía., Callao, 98.—Cerini Hnos., Sarmiento, 1202.—Juan Faccaro, Bmé. Mitre, 2599. —Medina y Cía., Rivadavia, 865.—Schmitz Hnos., Alsina, 2639.—Alejandro Colven, Viamonte, 933.—Spinedi y Grundwald, Callao, 666.—Rafuls y Cía., Moreno, 862.—Casa Ubalde, Maipú, 327.—Pablo Kolbé y Cía., Moreno, 1202.—R. Greshake, Esmeralda, 146.—Federico Clarfeld y Cía., P. Colón, 746. —A. Pfeiffer y Cía., Perú, 425.—Portes Hnos., Rivadavia, 1982.—Vicente Scannapieco, Tucumán, 800. —Farmacia del Norte, C. Pellegrini y Santa Fe.—Francisco Wackershauser, Santa Fe, 4512.—Farmacia Chialvo, Sarmiento, 1302.—Farmacia Mugica, Chile esq. E. Ríos.—Carlos Dietsch, Las Heras, 3501. —Souto y Cía., Rivadavia, 3000.—Dr. Carlos A. Peiti, C. Pellegrini, 163.— Silveira Rosa Hnos., 25 de Mayo, 11.—Farmacia Nelson, Suipacha, 477.—Farmacia Vázquez y Cía., Florida y Lavalle.

A quienes se pueden solicitar precios y detalles.

HERIDO

Por Arturo Giménez Pastor

Erase que se era un poeta, triste como casi todos los poetas, pues parece que estos seres llegan a sufrir una así como nostalgia del cielo y viven tristes en la tierra.

Este había sentido inflamada su alma por el entusiasmo de lo bello, alimentándose en su primera juventud con la ambrosía del verso tan sólo, y bebiendo en los raudales de la poesía únicamente. Había vivido así como un semidiós hermoso y libre los espléndidos días de su adolescencia, sintiéndose rico con el tesoro que vibraba latente en las cuerdas de su laúd y feliz con el alegre centelleo de su fantasía, que le iluminaba el alma con los rientes colores de una perpetua aurora.

Así anduvo por el mundo cantando la gloria, el placer, el dolor, la naturaleza, el sentimiento, la forma, complaciéndose en la gentil florescencia de su espíritu halagado por los reyes, aplaudido por los pueblos, festejado por las mujeres y envidiado por los hombres.

Sólo una cuerda permanecía muda en su lira: la del amor. ¡Y cómo ansiaba él que aquella cuerda vibrara por fin para arrojar al cielo como un esplendente ramillete de flores de luz los versos de su mejor canto, el himno de su juventud, el canto triunfal de su corazón!

Era hermoso como un arcángel y tenía la cabellera tan rubia que parecía circundar su frente pálida con una aureola de sol. Cuando cantaba, inflamado en la llama del entusiasmo y de la inspiración, creeríase que por sus ojos llegaba la mirada extraña hasta el fondo azul del cielo de su alma y que a sus juveniles labios, rojos como una enseña de pasión, acudiera toda la sangre de su cuerpo para gritarle desde allí al amor en el ardiente idioma de los besos.

Así, no es de extrañar que muchas doncellas le hubiesen rendido su albedrío en el claro silencio de las noches tranquilas, y que más de una hermosa siguiera con la vista su gallarda silueta desde el alféizar de gótica ventana, hasta verla desaparecer tras de los árboles, lanzando al espacio perfumado un largo suspiro antes de cerrar el pintado vitrial.

Pues bien; este poeta que era amado de tantas, fué desdeñado por la única que amó. Esta velaba el recuerdo de un amante muerto, y aquel recuerdo era la sola florescencia de amor que como una triste siempreviva sobre una tumba había brotado en su corazón. El poeta echó a sus pies estrofas divinas, explosiones de sentimiento y de pasión tan fulgurantes y vívidas que parecían magníficos centelleos de pedrería oriental; y luego, cuando advirtió que no era amado, fueron las cálidas utilancias de aquel su primer canto de amor convirtiéndose en tan dolientes quereres y tan tristes cuitas, que parecían sus versos piedras preciosas llevadas por la clara corriente de un raudal de lágrimas.

¡Todo en vano! Aquel corazón femenino terrible como casi todos los corazones femeninos, empezó por compadecerlo al verlo triste, concluyó por desdeñarlo al verlo débil.

Entonces el pobre bardo se sintió miserable y lo dió todo por perdido con el ciego fatalismo tan común en esas almas de poetas, semejante a un fino cristal, tan frágil que se quiebra al rozar la primera disonancia el armonioso timbre de su única nota. Marchitáronse a su alrededor flores, obscureciéronse las melodías de la naturaleza, y sintiendo vacío y hostil el mundo, fuese el triste en busca del hada de los poetas, de aquella hada benévola acostumbrada a tratar con niños enfermos, y díjola sencillamente:

—Quiero morir.

El hada advirtió presto la herida de aquel pobre corazón desolado, e inflamándole con la gloriosa luz de su aureola, le dijo:

—Sabes el secreto de las sublimes armonías de la naturaleza y del espíritu; llevas en ti el sublime manantial del verso; en las cuerdas de tu laúd vibran latentes el himno, la oda, la canción y la elegía; eres paladín del sentimiento, del entusiasmo, del ideal ¡Poeta, eres grande! ¡Ve, canta, sueña, llora! El mundo te espera y la vida te reclama. ¡Adelante!

—¡Sufro mucho! —balbuceó todavía el pobre cantor herido.

El hada le envolvió en un relampagueante destello de su nimbo y le dijo:

—Marcha, poeta; que siempre fué el llanto bautismo del genio y el dolor su patrimonio. ¡Adelante!

Entonces el poeta, sintiéndose confortado en su desaliento por la visión de la gloria, lleno del entusiasmo del martirio, del deber de la vida, alzó la noble frente oreada por los primeros matices de la aurora, y mirando adelante echó a andar hacia el oriente, donde nace el sol.

Paladín del sentimiento, del entusiasmo y del ideal; dueño del sublime manantial del verso, fué el poeta derramando cadencia y armonías por el mundo, llenándolo con ecos del continuo sollozo de su alma, agasajado por los reyes, aplaudido por los pueblos, señor de los corazones que saben sentir, glorioso como un arcángel de la poesía. Pero la herida de su corazón gritaba más alto que los aplausos, manando sin cesar sangre viva, pues si, cerca de la mujer amada, su vista le obligaba a ir lejos para no envilecerse suplicándola, ausente la necesidad de verla le obligaba a ir junto a ella para no abrasarse soñándola; y así andaba vagabundo, llevando el ardiente estigma de una pasión sin esperanza en el corazón, sufriendo tanto que parecíale haber vivido ya cien años. Agostado en su juventud, lacerado por el desdén, al cabo de cierto tiempo tornó a buscar al hada y le dijo otra vez:

—Quiero morir.

Era una noche perfumada y tranquila, llena de beatitud y poesía; en lo alto, en la clara extensión de un cielo transparente, cantaban los astros de plata el dulce nocturno de las armonías siderales; en la tierra surgía la visión de los más bellos paisajes del silencio, y en el templado ambiente flotaba la discreta vibración de los perfumes del nardo y del azahar. La naturaleza llamaba a la contemplación de las bellezas del mundo, ofreciendo al espíritu la paz de la vida.

El hada sintió compasión de aquel adolescente de alma luminosa que quería morir en tal noche.

—Sufres porque amas, mi pobre poeta—le dijo mirándole con ternura, cariñosa como una madre.—Sufres porque recuerdas. Pues bien; muerto para el amor, vive al menos para la gloria. ¡Bebe de mi mano el licor del olvido, y salvo seas!

Alzó entonces él la noble cabeza, y miró al hada con serena altivez, irradiando la frente pálida y leal el tranquilo orgullo de su naturaleza semidivina.

—¿El licor del olvido?—dijo.—¡Nunca! ¡Que el poeta muere, pero no olvida cobarde el amor que un día inflamó su alma!

Y reclinando la soñadora cabeza sobre la hierba, se durmió para siempre.

El plagio y la originalidad en el Arte

Cuervo defiende a Virgilio de las acusaciones de plagiario que le hace Eichhoff, asentando, con Goethe, el principio de que la realidad es la base de la poesía, y lo verdadero la fuente de lo bello. Luego un hombre como el cantor de la grandeza romana, "formado en el estudio de los griegos, acostumbrado a sentir y pensar como ellos, nada tiene de raro que brotase inconscientemente belleza de la misma escuela." Esto, en cuanto Eichhoff hace aparecer la obra de Virgilio Marón como un centón de retazos traducidos de los libros de Grecia.

Si duda Cuervo se ha detenido aquí a considerar en Virgilio las coincidencias involuntarias, y como tales, su defensa es concluyente; pero no puede negarse que muchísimas de ellas fueran voluntarias y conscientes, como lo fueron las de Fray Luis de León y Garcilaso, San Juan de la Cruz y Fernando de Herrera, André Chenier y Leconte de L'isle, Leopardi y Hugo Foscolo, y tantos otros ingenios peregrinos de todo el orbe. Así, la defensa del poeta debe hacerse y puede hacerse desde un punto de vista más elevado. Porque el cisne de Mantua es, a pesar de todo, un poeta originalísimo, como los artistas ilustres con cuyos nombres acabamos de dar prestigio a estas líneas.

La doctrina que, expuesta por nosotros hace veintitrés años, se nos ha hecho el honor de recordar en escrito reciente, nos sirve de base para esta declaración.

Entre las razones para exaltar la nobleza de la labor del maestro, no recordamos que nuestros numerosos escritores sobre educación hayan mencionado jamás una, quizá la más convincente de todas. Es que, a diferencia de todo otro artífice, que entrega mediante un pacto convenido una obra por él ejecutada, el preceptor se da a sí mismo, en su parte esencial y sin reservas, y toda su tarea consiste en este trabajo de entregarse.

Se entrega el maestro por el hecho de abrir el arsenal de ideas y de principios obtenidos por él, para la libre adquisición de sus oyentes, y éstos no ejecutan asalto, ni arrebato, ni obra pirática o de filibusteros, al apropiárselos en un todo o en cualquier medida. La acción es un imperativo categórico, o en lenguaje menos enrevesado, la justifica la filosofía natural. Y obsérvese que no sólo se ejecuta este trabajo con respecto a las ideas y principios puramente, sino sobre las formas que en cada uno afectan las ideas y los principios y los sentimientos para constituir su personalidad.

Pero el discípulo que, contento con este proceso fácil de la copia exacta y servil, en él descansa sin envolver en formas propias lo tomado, es, en el orden escolástico, algo menos que una nulidad; en el orden literario y científico es un plagiario.

La naturaleza es el maestro de los maestros, es el eterno y permanente patrimonio de todos, y en sorprenderla e imitarla embelleciéndola consiste el secreto y la tarea del arte y de la originalidad. También son de Cuervo estas palabras: "Nadie tildará de plagiario al que ideó el capitel corintio por ver el canastillo de flores entre las hojas de acanto, ni habrá fuerza de eruditos gigantes que arranque a Rafael su aureola de gloria porque imitó a Giotto en la Transfiguración."

Todos estos principios y reflexiones nos traen a convenir en que no sólo nos pertenecen por derecho propio la flor y la hoja de acanto, sino que son también parte de nuestro tesoro éstas, y todas las obras de la fecundidad natural, aunque ya hayan sido combinadas por la mano del hombre en el primoroso canastillo; pero a condición de que cumplamos con el deber de ejecutar con tales objetos o con las formas con ellos realizadas, nuevas joyas en que se descubra por lo menos un espíritu personal.

Queda así hecha la total defensa del autor de la "Eneida". El carácter, tan sólo el carácter del pío Eneas, que tuvo que ser en su tiempo un asombro de originalidad, por cuanto significa un paso agigantado hacia el espíritu cristiano no sospechado aún, es ya por sí sola un molde propio y original en donde pudiese darse forma espléndorosa y humana a los vados y salvajes semidioses y sentimientos de Homero, y a las perlas perdidas en medio del estercolero de Ennio.

Téngase en cuenta que, en materia de arte, el sentimiento es parte esencial del pensamiento, por lo que la idea sin aquél no logró jamás colocar a su autor en el soberbio templo de las musas; y aquél, con toda la infinita variedad de su escala, mezclado con la idea y manifestado con los medios a nuestra disposición, todo lo cual es parte a constituir la forma, será siempre la más prolífica base de la originalidad artística.

Si muchos escritores, especialmente de entre los jóvenes, al huir de engendrar productos adocenados, se atuviesen a estas reflexiones, comprenderían que más que en el mundo exterior deben buscar la originalidad en la propia reconditez, escogiendo una nueva entre las infinitas formas que guardan la imaginación, el sentimiento y el entendimiento, cada una de estas facultades sola o asociadas las tres, para presentar con aspecto renovado la materia de la idea. Es medicina eficaz contra la tortura y el rebuscamiento del concepto, fuente segura de mal gusto.

X.

El centenario de los cuellos postizos

En el año que finó recientemente se celebraron varios centenarios. Hay uno que ha pasado inadvertido del gran público: el centenario de los cuellos postizos. Fué, en efecto, en 1825, cuando, en un pueblecillo inglés, la mujer de un herrero se dió cuenta de que era muy molesto y nada económico el lavar la camisa toda, aunque estuviera todavía limpia, porque el cuello se hubiera puesto sucio. Se le ocurrió entonces separar ambas cosas, adaptando a la tirilla de la camisa un cuello postizo.

La idea era tan práctica que fué inmediatamente adoptada por las vecinas, y se extendió en poco tiempo por todo el mundo. Un comerciante londinense, Ebenezer Brown, adivinó los resultados económicos que la idea podía ofrecer, y lanzó al mercado de Londres los cuellos inventados por la mujer del herrero.

Excusado es decir que no fué ésta precisamente, sino el avisado comerciante, el que hizo fortuna con la invención.

El hijo del último cacique

Por Hugo WAST

Yo era un joven, pero había ganado ya mis galones de teniente y mandaba un fortín, centinela solitario de la patria, en tierra de indios, allá en la frontera del Bermejo.

Un día, con un destacamento de soldados, tuve que bajar hacia Otumpa, cruzando el Chaco por regiones desconocidas, y busqué el mejor guía que pude hallar, Tipor, indio reducido, cuya fidelidad había probado en diversas ocasiones, pero cuya lengua no se desataba ni en los días en que estaba borracho.

Con media docena de palabras explicaba el negocio más complicado y después guardaba un extraño, impenetrable silencio.

Anduvimos cinco o seis jornadas, cruzando bosques imponentes y silenciosos, porque las aguas distan muchas leguas, y los pájaros cantores, se alejan de ellos.

A medida que nos aproximábamos a la famosa picada de Otumpa, abierta por los jesuítas hace doscientos años, cambiaban los modales de Tipor, nuestro guía. A su serenidad, indiferente, sucedía una incomprensible agitación.

El sargento Chala me dijo:

—¿No se ha fijado, mi teniente, en ese indio? ¿Qué le pasará?

—Tiene sed—respondí, y le entregué al sargento mi caramañola para que le diera de beber las últimas gotas que me quedaban.

Pero el sargento volvió meneando la cabeza.

—No es sed lo que tiene. Dice que él ha nacido en estos sitios, y se acuerda de cosas que ya tenía olvidadas.

—Los recuerdos de la niñez, siempre nos entristecen, aunque parezcan alegres—respondí filosóficamente, bebiéndome aquel último sorbo de agua con caña, que enardecía y refrescaba a la vez.

II

Esa noche me tocaba entregar la guardia al sargento, que roncaba sonoramente, a veinte pasos de mí, echado entre las pajas, sobre el poncho, y con la cabeza apoyada en la mochila.

A la luz de la fogata que manteníamos encendida para ahuyentar las fieras, miré mi reloj y vi que era la hora. La noche era tibia y serena y las estrellas palpitaban en un cielo infinitamente profundo y lejano.

Me iba a levantar para despertar al sargento Chala, cuando advertí una sombra que se aproximaba por la otra parte del fuego.

Empuñé mi carabina y me incorporé de un salto.

—¡No se mueva, mi teniente! ¡Soy yo! ¡Tipor, el guía!

—¡Ah! ¿Por qué estás despierto, indio, cuando te toca dormir? Mañana amanecerás cansado y se te cerrarán los ojos en la marcha y erraremos el camino.

—Hace cuatro días que mis ojos no se cierran, ni de día ni de noche—me contestó.—¡Y ya no volveré a cerrarlos nunca más..., nunca más!

Se arrimó al tronco seco donde yo estaba sentado, un inmenso quebracho, derrumbado por el huracán o por el rayo o por el hacha de los exploradores cien años atrás, y viendo que mis manos no habían soltado la carabina, y leyendo en mis ojos que desconfiaba de él, me dijo con una voz, que me penetró como una corriente de aire helado.

—¡He visto la sombra de un muerto... La sombra de mi padre, que murió, aquí en Otumpa, a manos de un hijo!

¿Había encontrado Tipor en sus alforjas una botella de aguardiente olvidada y se había embriagado? ¿O la terrible sed que sufríamos lo había enloquecido?

¡No! Ninguna de las dos cosas podía ser; y sin embargo aquellas palabras no eran las de un hombre en su juicio cabal, sino las de un enfermo en delirio.

Tipor pasaba por ser hombre veraz, el único indio veraz que he conocido en mi vida, porque los indios mienten hasta en sueños. Sabía que le irritaba el que pusieran en duda sus afirmaciones, y así, para obligarlo a explicarse, le dije:

—Tu cabeza está débil o tu lengua ha aprendido a mentir. Vete a dormir, para que te vuelva el juicio. La guardia le toca ahora al sargento Chala.

Me levanté fingiendo indiferencia, pero en realidad preocupado y curioso, porque el acento y la actitud de Tipor me habían impresionado.

Me puso la mano sobre el hombro, como un viejo a un niño, y me obligó a sentarme de nuevo.

—Tipor no miente ni está borracho. Oígame, mi teniente:

III

—Cuando el sol de esta tarde se entraba, cruzamos por un pueblo de indios..., ¿no es así?

—¿Un pueblo? ¡Eso no era un pueblo! Yo sólo vi una docena de horcones, plantados entre los matorrales, nada más...

—Eso es lo que ahora queda del pueblo donde yo nací. Hace más de cincuenta años que el último indio de la tribu del cacique Yaté, abandonó su rancho y se fué para el Bermejo, perseguido por la sombra del cacique, a quien él mató. Ese último indio se llamaba Tipor, y el cacique era su padre...

Quedamos en silencio un largo rato. Tipor daba la espalda al fuego y sus miradas se hundían en las sombras del bosque. Yo tenía los ojos clavados en su cara y ya no dudaba de él, y no me atrevía a romper el silencio con una palabra que hubiera podido herirle.

La hoguera se iba consumiendo. Tipor volvió a la realidad, notó el frío de la noche, y se apresuró a echar sobre los tizones una brazada de leña muerta, que se inflamó rápidamente y luego prosiguió su relato:

IV

—La tribu de Yaté había sido en otro tiempo la más grande de las tribus mocovíes, pero cuando yo vine al mundo no tenía más de cien familias que vivían en un abra, a la salida de la picada de Otumpa; y no pasaba un año en que una u otra no se fuera por la picada, hacia el norte, sin volver la cara, como si detrás no quedara la tierra donde duermen los abuelos. Así se fueron hasta los hijos del cacique.

"Yaté estaba triste, y sólo se consolaba pensando que yo, su hijo menor, sería fiel y cuando él muriera repoblaría la tierra santa de Otumpa.

"Me hizo casar joven con Yacuba, la indiecita alegre, que a los quince años era fuerte y alta, y pálida como la luna, y tenía la boca del color de la flor de los quebrachos.

"Yo adoraba a mi padre y a mi esposa; pero ella se reía de él y de mí, porque tenía el corazón puesto en Torco, uno de los indios que el año antes se fué para el Bermejo diciendo que volvería a llevarla.

"Ella lo esperaba y yo, ¡pobre de mí!, leía esa esperanza en sus ojos negros, que miraban siempre hacia el norte.

"La hice conjurar para que se olvidara de Torco. Una adivina mascó yerbas extrañas, rezando delante de ella un día entero, y amenazándola de muerte, con lanza y con fuego, le hice beber un mate de miel en que la adivina echó el zumo de las mismas yerbas que mascaba.

"Pero mi loca y linda Yacuba se reía de nosotros y sus ojos seguían mirando hacia el norte, donde algún día vería el humo de la hoguera de Torco, que vendría a buscarla."

V

"Un día me alejé de mi rancho leguas, persiguiendo un jabalí herido de un flechazo. Estaba seguro de que caería muerto, por la sangre que dejaba en los pastos y en la tierra; pero era un animal corpulento y corría como un caballo desbocado.

"Al fin, cuando cerraba la noche, lo encontré muerto al borde de una lagunita. Lo abrí con mi cuchillo, le saqué las entrañas y lo cargué en los hombros.

"No volvía alegre, como un cazador que ha triunfado de las fieras, sino triste, porque esa tarde había visto una columnita de humo hacia el norte, como una señal. En el ardor de la cacería, lo había olvidado, y ahora el corazón se me llenaba de angustia pensando en lo que hallaría en mi choza y mis piernas temblaban.

"Era noche de luna, pero una nube echó un manto negro sobre la tierra.

"Tuve miedo y busqué mis armas, y oculté la carne entre las ramas de un timbó, y puse una flecha en mi arco, y así caminé hasta mi choza.

"Estaba a veinte pasos de ella, cuando vi que un hombre se acercaba como un ladrón, que teme ser visto.

"Tenía que ser un hombre de otra tribu, porque ninguno de la mía se hubiera animado a llegar hasta allí.

"Pensé en Torco, y los celos más negros que las nubes, me obscurecieron el alma. Tendí el arco y salió la flecha.

"Yo era el mejor cazador de la tribu, y no erraba un tiro. Aquel hombre abrió los brazos y cayó junto a mi puerta, dando un grito que resonó en el bosque entero.

"Corrí furioso a rematarlo, y como el viento había barrido las nubes, yo lo reconocí y él también me reconoció, aunque ya la muerte enturbiaba sus ojos:

Y así me habló:

—Yo vigilaba tu casa, para que en tu ausencia nadie robara tu bien, y tu flecha me mata... ¡Maldito seas, mal hijo!

"También él había visto aquella columna de humo, que se levantaba como una señal, hacia el norte, y su temor se cumplió.

"Yacuba oyó las voces, y salió y la tribu entera se despertó y acudió a lamentarse delante del cuerpo de su último cacique.

"Sólo Yacuba no lloró, porque aprovechó el tumulto para huir al monte, por el camino que iba a acercarle a Torco."

VI

El indio volvió a callar, y yo, como un niño a quien le refieren un cuento, pregunté ansioso:

—¿Y qué más? ¿Nunca la hallaste?

—Nada más, porque nunca la hallé, aunque la seguí de cerca, y llegué hasta el Bermejo, sobre el rastro de los dos.

"Nunca la hallé, ni volví más a estos lugares; la tribu se deshizo y el matorral, donde los tigres esconden sus cachorros, cubrió la sepultura de mi padre.

"Yo he visto su sombra, mi teniente, y no puedo dormir. No lo despierte al sargento Chala; yo haré la guardia hasta el amanecer."

—Está bien—respondí y fuí a tenderme entre las pajas, junto al dormido sargento, pero no pude conciliar el sueño, y me quedé mirando las estrellas hasta que vino el alba, y con su aliento frío las apagó una a una, comenzando por las más pequeñas, como las candelas de un altar.

CUADRO ANTIGUO

Un fiero chocar de espadas,
dos galanes muy gentiles,
una ronda de alguaciles
y dos damas recatadas,

que se alejan, azoradas,
destacando sus perfiles,
de una veintena de abriles,
a pesar de ir muy tapadas.

En la calleja vecina,
la lucha que no declina...
Un ¡ay! que lanza al caer,

por culpa de una mujer,
el herido... Al heridor
lo lleva el corregidor.

Perfecto MIGUEZ.

CUENTO INVEROSIMIL

Por RAFAEL RUIZ LOPEZ

Este cuento mío es completamente inverosímil, porque tengo la convicción de que el mayor encanto que puede tener un cuento es la inverosimilitud. A medida que va uno entrando en años va apartándose insensiblemente de las crudezas del realismo que encierran siempre algo de desconsolador. Luego os confesaré que a mí no me han resultado nunca esos amores eternos, ricos en promesas que se reputan de sagradas, y que vienen a durar veinticinco días y tres cuartos de hora, minuto más o menos. Además, a mí, que soy bastante sentimental, un sentimental incorregible, según contados amigos, un iluso terrible capaz de ir a caza de mariposas hasta por la noche, me gustan mucho las cosas extraordinarias y casi nunca vistas. Por eso voy a hablaros hoy de Bienhallada y Resignado, dos tipos excelentes que, de haber existido alguna vez, pudieran haber servido de modelo a la humanidad, tan martirizada por sus febriles anhelos irrealizables, por su agria violencia y por su empeño insano de tiranizar.

Bienhallada y Resignado son los seres más felices de la tierra. ¿Qué hacen, o mejor dicho, qué han hecho para ser tan venturosos?

Pues algo muy sencillo y muy al alcance de todo el mundo: han sabido mirar al cielo largamente, sin olvidarse de que vivían en la tierra; soñaron mucho; alimentaron un ideal impreciso; supieron esperarlo horas y días y años y lustros; amaron las flores delicadas que parecen realidades ilusorias, mucho más que los frutos que son realidades tangibles; fueron creadores de ilusiones y así les resultó fácil substituir rápidamente la que moría por otra recién creada, mucho más bella que la que acababa de morir; cultivaron con arte exquisito su huerto, para que disfrutasen de él los demás; y como fueron poco comprendidos por los hombres, que andan por el mundo atolondrados y ciegos con sus ruines pasioncillas, ladronas de la tranquilidad, se dieron a amar a los niños ardientemente, con un desinterés admirable y divino, y a componer cuentos maravillosos para ellos.

Y las gentes decían de Bienhallada:

—¡Pobre mujer! Tiene poblada la cabeza de pajarillos locos; prefiere una flor a una joya, y por la noche pasea sola por su jardín mirando las estrellas. ¡Mujer poco práctica! Parece aburrirse del trato con la gente seria y formal. Y está loca, tan loca que le han salido no sé cuántas proporciones y ni casarse ha querido. ¡Y es un dolor, porque está llena de talento y de gracia!

Y decían de Resignado:

—¡Ahí tenéis un hombre completamente inútil para la vida! Es tipo muy preparado, docto y culto; pero es muy poco serio. A su edad, se queda largos ratos por la noche contemplando embobado la luz amorosa de las estrellas. Todo para él es privación dolorosa en el mundo, no tiene dónde caerse muerto, ¡y dice que todo es amable y risueño! Ha tenido discípulos aristocráticos, y el muy estúpido ha querido enseñarles, a esas gentes que saben y pueden divertirse, que la alegría sólo pueden encontrarla los hombres en la piedad y en la sencillez... Y compone cantos y se los tiene que cantar el solito, sin que nadie le escuche. ¡Este hombre ha dilapidado su vida y su ciencia! De haber empleado su sabiduría en algo práctico, tendría un capital inmenso, con el que podría vivir sin trabajar.

Humildes y desdeñados fueron pasando la vida. Como no tenían fortuna, estaban sujetos a la ineludible ley del trabajo, que procuraban hacer con entusiasmo y alegría; pero como no intrigaban y carecían de audacia, adelantaban bien poco, por lo que la gente se reía también hasta de la perfección con que realizaban sus obras.

Los topos no pueden concebir que haya seres que se entusiasmen mirando al cielo. Pero, ¡qué caramba!, ¿quién nos dice que no tengan razón los topos? ¿Acaso sirve para algo la sabiduría que no proporciona riquezas? ¿Puede estimarse en algo un hombre que mira a las estrellas, que escucha atentamente el canto de los chingolos, que se ensimisma ante la belleza de una azucena o de las rojas amapolas que matizan los trigales, y que es capaz de correr como un chiquillo detrás de una mariposa sin la idea siquiera de aprisionarla?

Y una mujer, ¿qué papel representa en la sociedad, si no emplea su talento y su gracia más que en pretender enseñarles cosas a los niños y contarles cuentos, desdeñando después el trato con las personas mayores? ¿Qué puede esperarse de la que es tan orgullosa que cree bastarse a sí misma y desdeña a los hombres hasta el punto de no querer casarse con ninguno, porque ninguno ha logrado inspirarle un amor ideal? ¿No basta tener abnegación para llegar al matrimonio?

Resignado, además, era un descuidado terrible: no se recortaba el bigote a la moda, llevaba los pantalones con rodilleras, y, sobre todo, tenía el imperdonable descuido de no lustrarse las botas, en este hermoso país nuestro donde los hombres son tan prolijos y tan cuidadosos de brillar como espejos por los pies, y donde siempre hay asiento en los salones de lustrar, que son el mejor negocio de la República.

Resignado y Bienhallada vivían muy lejos el uno del otro; pero no en vano se ha dicho aquello de que "Dios los cría y ellos se juntan".

Resignado, que había seguido siempre su camino cantando, porque tenía la certeza de que la canción acompaña al que la entona y alienta al que la escucha, pasó una noche por la puerta de Bienhallada, entonando una cancioncilla alentadora.

Bienhallada se distraía a tal hora en mirar al cielo y hablar con la clara luna y las fulgurantes estrellas de no sé qué cosas sutiles y profundas. Sus ojos dejaron de ver, porque toda su alma se puso a escuchar con embeleso único. En el silencio creyó oír que su corazón le decía:

—Esa cancioncilla ha sido compuesta para ti.

Otras canciones llegaron a sus oídos entonadas por la misma voz y su corazón iba repitiéndole:

—Para ti, para ti se compusieron esas canciones.

Bienhallada que, al decir de sus amigas, se alimentaba de rayos de luna y de perfume de jazmines, no necesitaba otra cosa. Empezó a soñar con más fuerza que nunca: quiso ensayar las cancioncillas de Resignado y notó que le salían bien. Juntaba a los chiquillos del pueblo y se las cantaba y los muchachos aplaudían, y se dijo:

—Este hombre es un maestro que sabe llegar al corazón de las mujeres que sueñan y de los niños ingenuos. Compone canciones admirables que fortifican el ideal de los que sabemos hablar con las flores, con los pájaros, con las mariposas y con las estrellas, y sus canciones son tan claras que las entienden todos.

Y suspiró por Resignado, y repitiendo sus cancioncillas que muchos reputaban canciones sin sentido, fué creciendo en su alma el anhelo de hablar con él.

¡Pero el hombre de las canciones estaba muy lejos! Había pasado por el pueblecillo de Bienhallada por casualidad y Resignado no era hombre de detenerse. Estaba un poco loco: su locura estribaba en creer que sus cancioncillas podían ser alentadoras para las almas, y seguía su camino sin detenerse, con la ilusión de llevar alegría a los corazones necesitados de ella, que son tantos en el mundo.

Bienhallada temía que aquel deseo de ponerse ante Resignado envejeciese mucho, y olvidando, por ventura suya, conveniencias y prejuicios que sólo sirven para entorpecer las buenas acciones y retardar las decisiones salvadoras, ella, que no había hecho caso nunca de los hombres, tuvo el valor de emprender un viaje largo en busca de aquel desconocido que cantaba, sin averiguar siquiera de si se trataba de un borracho o de un loco, sin saber de él más que unas cancioncillas sin sentido.

Caía la tarde de verano en un crepúsculo maravilloso. Resignado, sentado al borde del camino, contemplaba, un poco triste, el cielo, porque para estar triste no hay como sentirse completamente solo ante un bellísimo espectáculo cuya contemplación no cuesta nada.

Bienhallada se detuvo ante él, bella y gentil.

—Vengo de países muy remotos en busca tuya, Resignado.

—¿Me conoces?

—Conocía tus cantos, nada más, y tus cantos me han traído hasta ti. Anhelo aprender a cantar como tú; quiero como tú pasar por la vida cantando. ¿De dónde sacaste tus canciones, maestro?

—No soy maestro, hija mía. En mi larga vida no he podido enseñar a nadie esto que yo sé y que el mundo parece no necesitar. Mis canciones florecieron en el dolor y en la soledad; de mis desengaños terribles extraje mis esperanzas risueñas; con las desilusiones más espantosas he forjado ilusiones nuevas; de las pesadillas crispantes formé los ensueños plácidos. Y, a todo esto, he agregado un amor vivificante, que anima mi alma, hacia todo lo que llora y sufre, hacia todo lo pequeño y lo humilde, hacia lo que los demás llaman miserable...

—¿Y no te adoran de rodillas?

—No. Cuando tú llegaste empezaba a ser muy desgraciado. Me encuentro completamente solo, cada vez más lejos del mundo. Aquellos a quienes me empeñé en hacer felices me tienen en menos consideración que a un niño inútil. La gente desdeña la felicidad; ¡no quiere ser más que rica y poderosa! Y ahora, cuando ya no puedo reformarme, cuando espero la muerte como el bien más positivo de la vida, me atormenta la duda: ¡creo que mis cancioncillas no han servido para nada!

Sonriente y bella, Bienhallada levantó la mano.

—¡Maestro, no blasfemes! —dijo.— Tus cancioncillas reverdecieron mis ilusiones y me atrajeron a ti, como la llama de una lámpara potente a una bella mariposa. Yo aprendí tus canciones y se las canté a los niños y los niños se regocijaron; hablé de ti a los viejos y los viejos sonrieron al adquirir una risueña esperanza. Y siento por ti un amor ardoroso que no quema; un deseo puro e infinito de besar tu frente. ¡Maestro, maestro! No te consideres solo. Si quieres, seré tu compañera y marcharé contigo, iluminada por tu gracia, cantando para que el mundo se alegre.

Resignado suspiró:

—¡Estrellita mía! ¿Por qué has llegado tan tarde?

—¡Oh, Resignado! ¡Amadísimo maestro! ¿Tendrá la discípula que darte lecciones? ¿Dónde has aprendido tú que puede ser tarde para la realización de un ensueño?

Y muy juntitos siguieron el camino, cantando, la loca Bienhallada, que desdeñó los partidos más convenientes, y el loco Resignado, cuyas cancioncillas alegres y animadoras florecieron en el dolor.

Y son muy felices, y viven de hacer el bien; porque saben crear ilusiones y alegrías, aunque la gente, incrédula, al verlos pasar, sonríe maliciosamente y les llama ilusos.

Su hija

puede no conocer la necesidad de la higiene íntima en la mujer. Es deber de toda madre enseñarle que el Lysoform, empleado diariamente en soluciones tibias, evita muchas molestias y dolencias.

Lysoform

EL ANTISEPTICO MODERNO

Cómo era la ciudad de Esparta

La ciudad de Esparta era redonda y comprendía 48 estadios de circuito, magnitud bien inferior a la de Atenas, que tenía cerca de 100.

Esparta, en aquella época, no contaba con más de 8.000 hombres en estado de llevar las armas. Estaba bajo la protección de Juno. Su terreno desigual estaba cortado por colinas; sus casas eran pequeñas y bajas. En la plaza pública se congregaba el Senado de los ancianos en número de 28, y el de los éforos, en número de cinco. El más bello edificio de la ciudad era el pórtico llamado de los Persas. Veíanse en él muchas estatuas de mármol blanco, colocadas sobre columnas, las cuales representaban los jefes del ejército bárbaro. Se veía también una estatua que representaba el pueblo de Esparta. Había además multitud de templos consagrados a la Tierra, a Júpiter, a Minerva, a Neptuno, a Juno, a Apolo y a la Parca, junto al cual estaba el sepulcro de Orestes.

En lo alto de la colina había otro dedicado a Venus. Propiamente hablando, eran dos templos, uno sobre otro.

Después estaba el Dromos, lugar destinado a la carrera de los jóvenes, y contenía dos gimnasios. Allí cerca se veía una estatua de Hércules, a cuyos pies iban los jóvenes a ofrecer sacrificios cuando salían de la adolescencia para entrar en la clase de hombres. Los jóvenes llevaban la barba larga, los cabellos sueltos en toda su longitud, y divididos en dos o tres trenzas, que les caían sobre las espaldas; bajábanles hasta el pecho unos bigotes espesísimos; y en vez de la capa larga de los atenienses, cubrían sus túnicas con una especie de casaca muy corta, que era roja en tiempo de guerra, pero siempre desaseadísima y desgarrada. Por zapatos llevaban sandalias (en tiempo de Licurgo, una ley los precisaba a ir descalzos), y en la cabeza una especie de sombrero en forma de cono. Andaban en silencio, con los ojos bajos y las manos metidas bajo su casaquilla, y otros llevaban en la mano un palo parecido a un báculo.

Las mujeres jóvenes eran de alta estatura y de admirables proporciones: su peinado consistía en unos sombreros grandes, tejidos con juncos del Curotas; su vestido, que era cortísimo, las descubría las piernas (las mujeres casadas iban con la mayor decencia), y el motivo por que las jóvenes iban vestidas de esta manera parecía ser porque habían de aprender a bailar, a correr en el estadio y a lanzar el dardo. Se las habituaba a estos ejercicios para fortificar sus fibras, soltar sus cuerpos y hacerlas capaces de dar a la patria hijos sanos y robustos. Había también fiestas en que las jóvenes danzaban totalmente desnudas. También se celebraban comidas públicas, llamadas fidias, en las que los reyes, éforos y ciudadanos comían en comunidad. Cada uno llevaba por mes una fanega de harina, diez y ocho medidas de vino, cinco libras de queso, dos y media de higos y algún poco de moneda de hierro para comprar carne. Dichas comidas se hacían en salas grandes, donde había mesas puestas de 15 cubiertos. A la entrada de cada sala había un espartano, el más viejo, el cual advertía a los convidados que de cuanto oyesen nada había de salir de allí; los convidados de una mesa no se mezclaban con los de otra, y ninguno podía ser admitido a ellas sin el consentimiento común, bastando la repulsa de uno solo para dar la exclusión. En estas comidas los espartanos, contra las costumbres de otros pueblos, estaban sentados sobre bancos de madera; se les servía una salsa negra y cerdo cocido y cortado en proporciones iguales; a veces se les daba caza y pescados, animando también el banquete la chanza y la alegría. En dos ocasiones podían los espartanos comer en sus casas: cuando volvían de caza muy tarde y cuando sacrificaban a los dioses en sus casas, y en ambos casos podían enviar una pieza de lo que habían cazado o las primicias de sus sacrificios a los convidados de la mesa. Mientras duraba esta comida, se presentaban dos esclavos; les hacían apurar unas grandes copas de vino, hasta que quedaban embriagados, los paseaban así alrededor de la sala, les mandaban cantar escolias obscenas y luego bailar y colocarse en posiciones indecentes. Esto lo hacían para que los jóvenes que estaban presentes experimentasen los tristes efectos de la embriaguez. También permitían el hurto, con tal que se hiciese sin advertirlo el dueño de la cosa, lo que sucedía frecuentemente para que aprendiesen los ardides de la guerra.

Entre los jóvenes había varios ejercicios guerreros. La hora en que se daba la señal de la pelea era la de mediodía; inmediatamente, pues, se echaban ambas partidas unas sobre otras y reñían, ya a puntapiés, ya cuerpo a cuerpo, ya por pelotones, ya se mordían con toda su fuerza, y ya también cada tropa se esforzaba para obligar a la otra a que retrocediera y se precipitara en el Euripo. Si algún joven caía herido, no cesaba por eso el juego, sino que retiraban al herido.

Los niños habitaban en unos dormitorios cuyas camas eran de cañas, y en el invierno se cubrían para que no fuesen tan duras ni tan frías, con una especie de vello o pelusa que cría el cardo. A la edad de siete años dejaban las casas de sus padres para entrar en los cuarteles, y desde la de cinco empezaban a aprender la danza militar.

Había también ciertas ceremonias en los nacimientos. Ponían a la recién parida sobre un escudo y la daban un dardo, y luego que nacía la criatura, si era varón, la colocaban los parientes sobre el mismo escudo, diciendo en alta voz: "O sobre él o con él". El padre lo llevaba al Leschez, donde ocho de los más ancianos de su tribu estaban ya esperándolo para verificar su complexión. El ama de leche echaba vino en un tazón, metía en él a su cría, la lavaba el cuerpo, la dejaba cierto tiempo en aquel baño y después la presentaba a los ancianos. Si en esta inmersión se resentía el recién nacido y se fatigaba, declaraban los jueces que jamás llegaría a ser un hombre vigoroso, lo reputaban por inútil a la República y pronunciaban sentencia de muerte contra él. Era una ley, y por eso mandaba la República que cada diez días los éforos pasasen revista a los niños, los cuales habían de estar desnudos para examinar su constitución. Los que eran sobradamente gordos debían ser castigados y condenados a una multa.

Los espartanos sobresalían en el salto, pues saltaban más de 23 pies. Los cobardes y fugitivos estaban excluídos de todo cargo, y era vergonzoso casarse con sus hijas o emparentar con ellos de cualquier modo; cuantos los encontraban podían apalearlos; vivían precisados a llevar vestidos muy sucios y remendados de diferentes colores, y habían de llevar afeitada la mitad de la barba y dejar crecer la otra mitad.

Celebraban una fiesta anual a Diana Ortia, cuyo templo estaba en la calle Limnea. La estatua de la diosa era de madera y muy pequeña. Ponían se los sacerdotes junto al altar, y uno de ellos decía en alta voz: "Hagamos las libaciones y oremos". Acabada la oración, traían las víctimas, sobre cuyas frentes ponían los sacerdotes una torta amasada con harina de cebada y con sal, y derramaban vino sobre sus cabezas; quemaban sobre el altar palos de higuera y de mirto, arrancaban pelos de la frente de las víctimas, los echaban al fuego, e inmediatamente los degollaban con el sagrado cuchillo. A continuación quemaban las piernas con la leña partida y dividían las víctimas entre los dioses, los sacerdotes y los que las presentaban: la de los dioses quedaba consumida por las llamas. Concluída esta ceremonia, mandaban llegar a los niños, que eran los héroes y víctimas de la fiesta. Presentábanse varios de éstos de edad de siete años, y los seguían otros tantos esclavos con varas; colocábanse todos en medio del templo, acercábase a ellos una sacerdotisa que llevaba en sus manos la estatua de Diana y la levantaba lo más alto que podía. Entonces los ejecutores empezaban a dar a los niños multiplicados golpes con las varas. Aquellas víctimas inocentes y tiernas los recibían sin arquear siquiera las cejas ni proferir la más leve murmuración. Sus mismos padres, ya con señas, ya con amenazas, ya con palabras, les exhortaban a la constancia y a que se dejasen desollar sin proferir ni una queja, y aunque corriese la sangre, resonaban todavía los [illegible] Si se [illegible] el [illegible] de los verdugos, la sacerdotisa, que lo echaba de ver, exclamaba de esta manera: "No puedo sostener más la estatua". A este grito, que era de reprensión para los esclavos, como si se les echase en cara su tibieza, se animaban de nuevo y se sucedían los golpes con más vigor y frecuencia, hasta que quedaban los cuerpos sangrientos y despedazados.

Causa horror el referir hechos tan indignos de la especie humana, y que la degradan enteramente.

SARCASMO

—Yo te quiero, divino serafín,
—murmuróle a su "novio" cierta amada,
que, devota del agua oxigenada,
no era sorda al llamado del carmín.

Y él, muy ducho en cuestiones de ironía,
procurando tomar algún desquite,
le dijo:—Si tu amor me lo permite,
he de hablarte con toda valentía:

Me horroriza lo falso y lo grosero.
Yo admiro, en la mujer, lo verdadero,
y, por tanto, eres "luz" de mis amores.

Mi pasión es tan pura y tan serena
como el sol "natural" de tu melena
y el "rojo" de tus labios tentadores.

Arturo MARTINI.

TIEMPO húmedo, tiempo de reumatismo y neuralgias. No olvide que lo mejor para estas afecciones es

CAFIASPIRINA

Alivia los dolores y contribuye a la eliminación del ácido úrico.

No afecta el corazón ni los riñones

Tubos de 20 tabletas y "SOBRES" de dos.

BAYER

¡No acepte tabletas sueltas!

M I R I O

Por Giovanni Papini

Viniendo del campo a la ciudad, se tiene la sensación de volver a encerrarnos en nuestra casa, después de haber respirado durante algunas horas el aire libre, movido y refrescado por el viento. Y, en efecto, toda la ciudad es como una gran casa cruzada e interrumpida solamente por corredores descubiertos, con los sofitos un poco más altos que los cuartos donde se come y se duerme; casa que cambia de color, según la voluntad del sol y de las nubes.

La ciudad es una gran casa cerrada que hiede tremendamente a vida humana. Es un gran campamento petrificado y envejecido, una capa de piedras y ladrillos, sobrepuesta malignamente a la libertad de los campos. Aquí, adentro, también los árboles de los jardines, tranquilos entre los muros y los cercos, sin sacudidas de brisas y bofetones de tempestad, parece que fueran copiados teniéndose por modelo a aquellos árboles que se ven en las decoraciones teatrales; y las flores de las plazas, que resisten al invierno, tienen una dureza de formas y de colores que hacen recordar a aquellas flores de latas pintadas que se ponen sobre las tumbas de los buenos padres "arrebatados por enfermedad cruel".

El único pedazo de naturaleza natural que se ha dejado es el río. Solamente desembocando por cualquier pasadizo tosco o elegante, se posee la sensación de que salimos de la casa; se encuentra un poco de cielo más vasto y se descubre alguna montaña negra, sin blancas manchas de casas.

También él, pobre río, si quiso pasar por aquí tuvo que enternecerse.

Sobre sus orillas de verdadera tierra, nadan y crecían hierbas, mimbrales, cañas y álamos; y los pájaros, aquí y allá, con sus saltos tronchaban los dulces tallos violáceos de las margaritas.

Ahora lo han encarcelado como a una bestia peligrosa, entre dos murallones para que no rebose asustando a los comerciantes y mojando las enaguas de las señoras. Ya no tiene golfos, ni sinuosidades, ni curvas. Mientras atraviesa la ciudad, entre personas educadas, debe ir derecho como un pendenciero atado a una traílla por un tutor enérgico. En recompensa le ofrendan agua, vertiéndole todas las suciedades de las cloacas, toda la podredumbre subterránea, todos los desperdicios segregados por la ciudad. De noche le encienden luces a uno y otro lado, para que no se equivoque en su ruta y no favorezca el contrabando en perjuicio del impuesto al consumo. Y también, a despecho de todas estas ofensas, castraduras y suciedades, un río es siempre un río, y aquella agua es verdaderamente agua, agua que desciende de las montañas y del cielo y va hacia el mar. Aunque hayan hecho esta larga corriente que atraviesa la ciudad, no es obra de hombres y no está sometida aún a todos los reglamentos. Este líquido es flúido, sierpe que une—a través de la admiración de las llanuras—a todo lo que es más alto y lo que es más profundo: la montaña y el mar. Aun tiene una [illegible]ción de frescura, de potencia y de libertad que es imposible tener entre los enjalbegados palacios y las piedras de las calles. Encerradlo también entre murallones, que después de las lluvias furibundas, la inundación veloz y salvaje, llena de tierra robada a los campos, fragorosa y undosa como el mar, furiosamente, entre el oleaje arcilloso, troncos de árboles arrancados de cuajo, el agua espumosa, llena poco a poco los arcos de los puentes y parece que quisiera cabalgar sobre los murallones de los parapetos y desbordarse hacia las calles para inundar y sumergir toda la maldita ciudad carcelera. Entonces, los ciudadanos se asoman, un poco turbados, a ver esta furia rumorosa y amenazante, y ven que su río no es siempre un pacífico canal gubernativo para las excursiones de los lancheros. Por más que arrojéis en él basuras, escupitajos y las suciedades malolientes de vuestras fregaduras diarias, llega la primavera, las nieves se deshacen, los torrentes petrificados por el hielo comienzan a juguetear entre los peñascos y las nuevas hierbas floridas, entonces mi río aclarece su aguacha amarilla, volviéndose límpido y claro como un arroyuelo de Falterona, adquiriendo un color verde fuerte con tonalidades celestes, parecido a los ojos de una mujer septentrional y perversa. Entre río y cielo se entienden para variar de color.

Existen mañanas de niebla en que el río parece gris, denso y terroso, como la cernada de una lejía; hacia el ocaso si el sol travieso se retarda sobre el horizonte para hacerse admirar por los poetas de recreo y por los pintores de anaranjado, el agua parece leche color perla, encrespada aquí y allá por la resaca o por la estela de una barca; después, de noche, tiene el aspecto de una ribera infernal de antracitos licuables, pulverizada por la plata de la voluble luna o por el oro de los faroles.

¡Con cuánta satisfacción el río debe alejarse de nosotros, entre los álamos centinelas y los blancos guijarros sórdidos, dirigiéndose hacia el divino mar!

Aquí adentro está sacrificado; no tiene vida propia; siente tener que ser un desviado, un perturbador de la quietud pública. Solamente de noche tiene el valor de hacer sentir su amenazante gruñido, mientras choca contra las pilastras del puente o cae allá, en los falsos escalones de los diques.

De día jamás está solo.

Los areneros lo buscan con las palas hasta el fondo; las traicionadas del amor y los enfermos incurables lo convierten en verdugo involuntario y gratuito; las lavanderas—feas lavanderas ciudadanas que lo mejor sería lavarlas conjuntamente con sus ropas—le babean, arrojando suciedades enjabonadas.

Pero de noche también él se recoge; se siente, entre el silencio de doscientos mil sonidos, más cercanos a la naciente y al embocadero.

Es el tiempo sagrado de los meditadores ribereños. Después que el último coche ha retumbado, después que el último comerciante que comienza a sentir demasiado frío se ha acostado, vienen ante los parapetos los contempladores del eterno fugitivo fluvial.

No existe espectáculo más filosófico que un río que corre.

El niño que arroja piedras en el agua y se queda contemplando las ondas temblorosas hasta que la corriente las destruye, sabe más que el pedagogo que trata al niño de holgazán. El siempre nuevo río de Eráclito, la ribera admirable de Dante, la "min stream" de James, son teorías e imágenes surgidas ante las aguas en perpetuo viaje.

El pasaje de las cosas, la repetición del mundo, la creación de lo diverso bajo la apariencia de lo homogéneo, el fluir infinito del tiempo, el ritmo igual de la eternidad, son pensamientos que surgen en las almas solitarias ante la presencia de un río.

¿Cuántas veces una de estas gotuelas que pasan salpicando bajo el puente, habrá pasado en este mismo río y quizá en este mismo sitio?

Pero el agua que corre, el eterno retorno no es una fantasía de un atardecer suizo; pero sí una verdad realizable.

En el cambio milenario que existe entre el cielo, la montaña y el mar, quizá ¡cuántas de estas gotas vuelven a pasar, límpidas o sucias, en medio de la misma ciudad! Y pasaron entre las tinieblas y ahora pasan bajo la luz; pasaron entre la la batahola de los molineros y ahora pasan bajo la sorda quietud de las murallas; pasaron con el deshielo de abril, y ahora se precipitan con la cansada lluvia de octubre.

La ciudad ha cambiado; es más grande y más fea; los amantes que se estrechan las manos largamente, o se arrojan en el río buscando paz, no son los mismos; pero el agua es siempre la misma: ni más ligera ni más lenta, y corre en el mismo lecho hacia el mismo mar, reflejando el cielo, que cambia diariamente y es siempre el mismo.

El río, aun cerrado entre piedras cuadradas, es una fuerza de la naturaleza, un hijo del "siempre" y no del "hoy".

Este surco, esta hendidura, este tajo pleno de agua fugitiva, es una señal y una alternativa del infinito en medio de la miserable brevedad de nuestras casas de orgullo y de piedra.

Poema campestre

Ovejitas echadas en ovillo
deshilan su balido lastimero
que se enreda en mi alma:
¡triste ovejita de imposible ensueño!

Vacas su carga de monotonía
la vierten mugidos vagos, lentos,
al lejano horizonte desmayado
en las tintas borrosas de mi ensueño.

Dos bueyes, cadenciosos y pesados,
estúpidos, pacíficos y buenos,
arrastran su carreta: ¡me parece
que sus ojos arrastran ese peso!

En la voz de las ranas se desangra
el corazón, enfermo de misterio,
de la tarde y en sombras se coagula
mientras ríen los grillos en su entierro
como estrellas metálicas sonoras
caídas de los cielos.
Y la noche sonríe con sus dientes
de estrellas y luciérnagas.
El eco
de la tarde prolóngase en la luna
—¡disco bajo la púa del silencio!—
y mi alma sacude su modorra
en lírico, lentísimo bostezo.

Mayorino FERRARIA.

Del viejo ambiente montevideano

(Del libro "Recuerdos y Crónicas de Antaño", tercer tomo, próximo a aparecer)

Por RÓMULO F. ROSSI

Cuando se usaba levita y galera de felpa. — A falta de salones de lustrar calzado. — Los uniformes de entonces. — Las torturas del calzado y de un afirmado malo. — Los hacheros. — Las bandas de música. — Quiénes precedían a los batallones. — Redoblando con costillas. — Rivalidades de barrios. — Las guerrillas. — El batallón desfila bajo los balcones de la Casa de Gobierno.

En el cordón de la vereda

Montevideo va perdiendo, a medida que pasan los años, muchos cuadritos animados de sus viejas modalidades en las cuales, la Naturaleza y las cosas, ponían simpáticas pinceladas de vida y de animación.

Cuando no existían todavía salones de lustrar calzado, con las complicadas combinaciones de pomadas, ceras y otros ungüentos que se emplean ahora para dar "brillo y esplendor" al calzado y que un arrapiezo cualquiera, arrimando el cajoncito al cordón de la acera, obtenía idénticos resultados con sólo un par de cepillos, un poquito de betún que se ablandaba con unos salivazos, mediante la retribución de un vintén, y sin propina; nuestros hombres de pro vestían desde que se levantaban hasta que se acostaban, trajes de levita con el complemento de una galera de felpa.

Levita y jaqué

No se concebía tampoco que un médico, un abogado o un escribano, saliera a la calle en el ejercicio de su respectivo cometido profesional, con la democrática americana y el sombrero blando de ahora

Para la muchachada bien, para los "dandys", era indispensable el uso de la levita, que se alternaba con el jaqué, acompañado de la galera de felpa o de la galerita redonda, que a veces resultaba un sí es o no cuadrada, término medio entre la primera y la segunda.

Hasta en la escuela...

Jóvenes había que iban a la escuela de jaqué; y un compañero de prensa habrá de recordar—si es que llega a leerme,—que en el primer día de su ingreso a determinado colegio y estando la clase en funciones frente al pizarrón, colocó una cola de papel en los faldones de aquella prenda de vestir que llevaba un condiscípulo, que habría de morir años más tarde valientemente en la acción de Tres Arboles, sirviendo bajo las órdenes del coronel don Ricardo Flores.

Esa travesura que se descubrió cuando el malogrado amigo pasó a hacer una demostración en el pizarrón, determinó una severa penitencia a todos los alumnos por haberse negado a denunciar al culpable, castigo que alcanzó al "debutante" porque el maestro, mal psicólogo en el caso, no podía concebir que a los pocos minutos de su ingreso, pudiera ser aquél capaz de tanta audacia.

Había una vez un cadetito...

No era tampoco cosa del otro mundo ver a un pergenio, de diez y siete años, vestir levita y galera de felpa—y de esta conversación podrá dar fe uno de nuestros generales más ilustrados, que ha ocupado la jefatura del Estado Mayor,—quien, siendo cadete de la Escuela Militar, ansiaba que llegara el día de salida para lucir su esbelta silueta por esas calles de Dios, entallada con tal aristocrática prenda de vestir y con el complemento de pantalones de fantasía.

Gradualmente la levita fué cediendo paso al jaqué, hasta tal punto, que después no se usaba más que para asistir a los entierros, ceremonia que llevaba implícitamente la obligación de vestirla.

Y a tanto llegó su desuso, que hoy sólo la llevan algunos viejos cocheros como uniforme funerario.

A pesar de todo

Por entonces era corriente también, que los batallones alternándose en sus salidas, realizaran paseos por las calles más centrales de la ciudad; y que los pobres oficiales y soldados se estropearan los pies en la aspereza de la pavimentación que, a base de empedrado de cuña, era la corriente en la ciudad.

¡Y había que ver las proezas de equilibrio que tenían que realizar los militares para guardar la prosopopeya marcial de la marcha, al pisar la bravura de las piedras de punta!

No era un despropósito en aquellos días, que los hombres presumieran de ser poseedores de pies chicos y angostos, contando para ello, como es consiguiente suponerlo, con la complicidad de los zapateros, ya que nadie, o muy pocos eras los que compraban el calzado hecho, tan cómodo ahora con sus formas desahogadas. Con este simple detalle queda dicho el martirologio por el cual habrán pasado los oficialitos presumidos, que hoy ostentan las charreteras de coronel o las palmas del generalato.

Los uniformes

La indumentaria de los soldados era muy distinta a la de ahora. En verano, vestían amplias bombachas, tan almidonadas hasta ponerlas rígidas y barullentas en las marchas; casaquilla, quepi y polainas altas, todo de brin blanco; y, aparte del armamento y del correaje, llevaban, además, en sus espaldas, una mochila de cuero, en cuya parte posterior y sujeto con una correíta, brillaba un plato de lata. En el interior de aquella, se llevaban cubiertos, cepillo para la ropa y algún otro chirimbolo de uso doméstico, a todo lo que se llamaba en términos cuarteleros "la masita".

Los oficiales ventían pantalón y casaquilla de brin blanco.

En invierno la indumentaria, en lo que a la bombacha, casaquilla y quepi se refiere, cambiaba, pues el brin era substituído por el casimir azul. Los oficiales gastaban casimir negro.

El traje de parada para la tropa era verdaderamente lujoso, pues lo constituía amplia bombacha de rico paño color lacre, levita azul obscuro, alta polaina blanca y quepi duro que remataba con un pompón verde para la infantería y rojo para la caballería y artillería. Los oficiales vestían levita negra, cruzada a la cintura con faja roja, pantalón lacre y quepi duro con penacho de plumas. Las charreteras de los soldados coincidían con el color del pompón y eran de lana. La de los jefes y oficiales, de gusanillo de oro.

El orgullo del batallón

Cada unidad militar la constituían quinientos, seiscientos o más hombres de tropa; y todas ellas rivalizaban en tener la más numerosa y mejor instrumentada banda de música, que era el orgullo, no solamente del batallón, sino que también del barrio en donde el mismo tuviera su cuartel. Muchos que nos lean habrán de recordar con cariño a los viejos maestros Spinelli, Sabini, Julián Sinva, Calazza, Nerbona y otros que escapan a nuestra memoria.

"Los hacheros"

Durante el gobierno del general Santos se dió a cada unidad de infantería un motivo más de curiosidad pública, con el agregado de una "escuadra de gastadores", a los que el pueblo dió en llamar "hacheros" y que constituían un grupo de doce hombres de tropa y un sargento por batallón, elegidos entre los de más alta talla (con preferencia indios) y que, a la cabeza del mismo, marchaban arrogantes, vestidos con pantalones rojos con guarniciones de gamuza, polainas blancas por debajo de los mismos, casaquilla azul obscuro con vivos verdes, largo delantal y peto de cueros de tigre; y llevando en vez de quepis, altos morriones peludos con carrilleras de escamas de bronce estampado. El arma que esgrimían estos soldados eran sendas hachas de metal bien bruñido con guarniciones de bronce para la defensa del filo, que rechazaban en mil irradiaciones a fuerza de brillo, los destellos solares que quebraban en ellas su poder lumínico. Cada hachero llevaba, además, sobre el costado izquierdo del cuerpo, un machete curvo.

A modo de vanguardia

Los batallones, al salir a la calle, eran precedidos por un centenar de muchachos del barrio a que perteneciera el cuartel, para acompañarlos en sus excursiones al son de la música y alternando la marcialidad de la marcha que trataban de imitar a ratos a los soldados, con las piruetas propias del estado jubiloso que los dominaba; y cuando cesaban los sones de los instrumentos para dar lugar a que los tambores rompieran en alegres redobles, aquellos secundaban el rítmico sonido de la cajas con un repiqueteo que sacaban de pedazos de costillas de vacunos, las cuales, colocadas dos en cada mano entre los dedos índice, mayor y anular, producían, convenientemente agitadas, el ruido característico de las castañuelas.

De barrio a barrio

Así, por ejemplo, hasta 1897, la muchachada de la Aguada tenía al 2.° de Cazadores, que mandaba el bizarro coronel don Ricardo Flores, como al batallón de mayores prestigios en todo Montevideo—y que al ser aniquilado por las balas fratricidas de Tres Arboles, en la revolución de 1897, habría de cubrirse de gloria por su temerario arrojo. El barrio Guruyú tenía al 3.°; los del Cordón y Figurita al 4.°, y así por el estilo.

¡Y había que ver el apasionamiento con que se discutía entre muchachos y hombres de barrios distintos, respecto a cuál era la unidad mejor, por su vestimenta, por su disciplina, por su banda lisa y hasta por la estampa de los caballos de sus jefes.

Las guerrillas

Era tal el entusiasmo que dominaba el espíritu de los muchachos que habían realizado los paseos que, después de dejado en su cuartel el batallón, el ardor bélico los llevó a trenzarse en guerrillas de piedras con elementos del barrio por donde aquél hubiera realizado su recorrido.

Hubo guerrillas de tal magnitud, que, iniciadas por muchachos, se generalizaban más tarde con hombres, quienes substituían a las piedras arrojadas con manos y hondas, por garrotes y cuchillos en las cargas "a la bayoneta", porque en estas clases de contiendas se producían también entreveros.

El barrio de Palermo, por ejemplo, con los célebres hermanos Lema a la cabeza, la mayoría de los cuales tuvo trágico fin, fué el más célebre entre todos los demás, no solamente por el número de sus componentes, sino también por la bravura de los mismos. Hubo casos en que la policía fué impotente para dominar el ardor de los guerrilleros.

Como en la época que comentamos el movimiento de vehículos no era muy intenso que digamos, pues, aparte del tranvía a tracción a sangre que marchaba cada quince minutos, circulaba alguno que otro vehículo, estos paseos militares resultaban siempre muy del agrado del público y no ocasionaban, por otra parte, mayores trastornos al desenvolvimiento del tráfico por las razones ya dichas. Al pasaje del batallón las ventanas se abrían para dar paso al elemento femenino que no quería perderse el interesante espectáculo.

Por la Casa de Gobierno

En casi todas estas excursiones la unidad militar pasaba por la Casa de Gobierno; y a su aproximación, salía a los balcones el presidente de la República, acompañado de sus ministros, quienes interrumpían sus labores gubernamentales para responder a las salutaciones de las unidades militares que, con paso marcial y a bandera desplegada, rendían así un homenaje más al primer mandatario de la Nación.

Montevideo, marzo de 1926.

EL REGALO DE LA NOVIA

Por Concha Espina

—¿Irás a buscarme?

—Sí; ¿adónde?

—A casa de la bordadora, calle del Pinar, 15; un piso bajo que tiene a la puerta su letrero.

—¿Pregunto por ti?

—Eso es. Allí nos reuniremos, y vamos a dar una vuelta por el muelle. Me acompañará mi prima.

—¿A qué hora?

—A las cinco en punto. Habrá todavía excelente luz para que veas el manto que regalo a la Virgen, y que se estrenará en mi parroquia en esta Semana Santa: una prenda exquisita y de gran lujo, en recuerdo de nuestra boda.

Marta Ibáñez entornó los ojos para mirar con mucha intención a su prometido, un elegante caballero, que la miraba también y sonreía.

No hace más de tres meses que Adrián Santurce volvió de París, donde pasó los últimos años ampliando estudios y diversiones, alternando las prácticas de cirugía con los bailes de moda, los nocturnos de "cabaret" y los ejercicios de "sport". Su regreso gallardo a Torremar, con plaza eminente en un afamado Sanatorio quirúrgico; su buen porte y distinción, le concedían tácito derecho a elegir esposa entre las más ricas herederas de la ciudad. Y sin ambages puso los deseos en Marta, el mejor partido económico de cuantos había disponibles.

La señorita, en posesión de una renta cuantiosa y anhelante de casamiento, poco tardó en decidirse por el joven doctor, que atraía los comentarios y las voluntades de la alta sociedad porteña. Y las nupcias quedaron convenidas para la Pascua de las Flores, cuando la primavera está recién mojada por las gotas del árbol de la Cruz.

La salita humilde abre su balcón a la ribera y oye las campanas de la Catedral en el barrio marinero.

—No vayas a creer—le explica Marta a su prometido—que "nuestro" regalo para la Virgen tiene tantas onzas de perlas y esmeraldas y tanto hilo de oro como el que se expone en la célebre sacristía de Toledo.

—Ahora lo desmereces para que me sorprenda.

—No, te digo la verdad; es sólo una primorosa labor de aguja. Y ya está bendito: le han devuelto aquí para coserle unos broches a la medida de la imagen.

Los ojos de Santurce dan algunos pasos inquietos por la estancia. No sabe él qué persona le recuerdan aquellos muebles tan parecidos a todos los de semejantes habitaciones.

Por el balcón entra un acento que viene de la boca del mar, y unos tones piadosos que gimen como un llanto del aire.

La prima de Marta, una señora madura y complaciente, suspira.

—Ya tocan a la novena.

Y se distrae leyendo la revista que alcanza de un velador, mientras la novia dice junto al preocupado galán:

—Mi bordadora es una galleguita muy interesante que estuvo en buena posición; pero al quedar sola y pobre se trasladó desde Santiago aquí, donde tiene alguna familia, y se puso a trabajar para no ser a nadie gravosa. Yo la descubrí casualmente buscando una artista para mi Virgen, a la que tengo tanta devoción: la Soledad. Ella presidirá nuestro casamiento, si quieres tú...

El novio escucha apenas el fresco susurro de aquellas palabras y la distante voz de las olas que todo lo dicen. Ha dejado de escarbar en sus recuerdos, y un frío de dientes agudos se le clava en la conciencia. Procura serenarse y esperar que sus temores no se confirmen. Aleja, turbado, la mirada de las cosas que de cerca le gritan, y la pone en el cielo. Dos nubes radiantes se juntan allí en un beso de luz.

Tiene el mozo que contestar algo.

—Tú la darás a conocer—alude—con esa labor admirable.

—Sí, de seguro... Pero ya tarda. ¡Anuncia!... ¿Viene usted? Iba a ponerse el manto para lucirle bien delante de ti.

Un súbito pavor aturde al hombre.

—¡Anuncia delante de mí! —exclama, convencido ya del terrible encuentro.

—¿La conoces?

Una puerta se acaba de abrir, y en el vano obscuro quédase inscrita la mujer que viste el manto de la Soledad.

—¡Anuncia!

—Buenas tardes — responde sencillamente, con la voz dolorosa como un viento henchido de lágrimas.

Es la bordadora morena y fina; tiene los ojos grandes, húmedos y tristes, y Adrián Santurce se ha extasiado mucho tiempo en las niñas de aquellas aguas.

Ahora no las quisiera ver, ni el matiz apagado de tales mejillas, ni la elocuente acusación de aquel rostro expresivo y mudo. Tiende la joven, caídas, las manos en el calor de la falda, y se apoya en el quicio de la puerta. No se mueve su cuerpo, frágil dentro del manto duro y virginal, la santa vestidura obra de aquellos dedos palidísimos.

—¿La conoces?—repite Marta con estupefacción creciente.

El novio contesta:

—Sí.

—¿Le conoce usted?—insiste la prometida, deseando equivocarse y recibir de Anuncia la negación anhelada.

Pero la bordadora también dice:

—Sí.

Y estas dos afirmaciones extienden un sagrado respeto sobre las almas y las cosas, fuera de la salita humilde, más allá del marino confín donde se calcina la tarde abrasada por el crepúsculo.

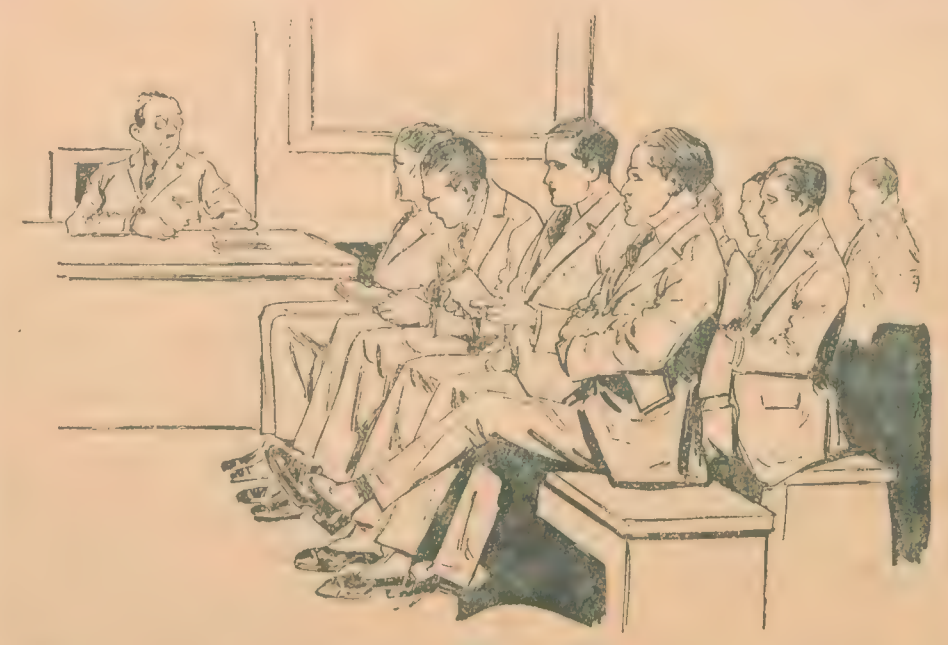
— —

El casamiento de Marta y Adrián no se ha roto, como hubiera sucedido en una novela recomendable para ingenuos moralistas.

La pobre acusadora, envuelta providencialmente en el manto de la Soledad, no ha obtenido consuelo ni reparación, y vive trabajando, sin aliciente ni rumbo, sumida la esperanza en el sueño inmóvil del que no sueña.

Pero los desposados, que parecen felices, no pueden olvidar la patética expresión de la desolada, vestida con el hábito de la Señora, descubierto en sigilo indecible el hondo pulso del corazón donde la vida ha cavado su certero puñal.

Y no pueden subir los ojos hasta la Santa Dolorosa sin ver cómo el manto les descubre la carne viva y atormentada de una mujer.



En el Período de los estudios

Empezaron las clases y todos, profesores y alumnos, después de haber descansado bien durante las vacaciones, van a trabajar con bríos y con la mente despejada.

Pero..., dentro de un tiempo más corto para los unos que para los otros, las cabezas van a empezar a cansarse; las ideas no serán tan claras; las explicaciones del profesor no serán comprendidas con tanta facilidad como al principio; las lecciones no serán bien sabidas; los alumnos estarán más distraídos... ¿Qué querrá decir esto? Simplemente que empiezan a cansarse y será entonces el caso de acordarse de la bienhechora

NUCLEODYNE

el tónico que da fuerza y que a dosis de dos copitas por día, tonificará esos organismos que empiezan a debilitarse y les permitirá llegar frescos y brillantes a los próximos exámenes.

Es que la **NUCLEODYNE**, creada en nuestros laboratorios, es realmente un tónico asombroso. Su fórmula misma lo indica: Fósforo fisiológico, regenera las células; estricnina, tónico por excelencia de los nervios, y zumo testicular de toro, que favorece las secreciones de todas las glándulas del cuerpo.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO y FLORIDA — BUENOS AIRES

ANIVERSARIO DE LA CREACIÓN DEL REGIMIENTO 1 DE GRANADEROS A CABALLO GENERAL SAN MARTÍN

Conmemorando el 114.º aniversario de la creación del regimiento 1 de granaderos a caballo General San Martín, con motivo de la jura de la bandera por los aspirantes a oficiales de reserva incorporados a dicha unidad, llevóse a cabo una fiesta en el cuartel del mencionado cuerpo, a la cual asistió el ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, en representación del Presidente de la República. — El general Justo, varios jefes del ejército y algunas familias, en el palco oficial.

Los aspirantes a oficiales de reserva que juraron la bandera.

El abanderado del regimiento, situado frente al palco oficial, durante la ceremonia del juramento.

Cónsul argentino en Ginebra

Doctor Alejandro M. Unsain, a quien el Poder Ejecutivo ha nombrado recientemente cónsul auxiliar de la República Argentina en la ciudad de Ginebra.

Atentado contra el doctor Houssay

El profesor de fisiología de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, doctor Bernardo A. Houssay, que recientemente fuera víctima de un condenable atentado criminal por parte de un individuo que le hirió obrando, según parece, a instigaciones de un estudiante que cursaba en aquel instituto.

EL DOCTOR RICARDO J. DAVEL, SE HIZO CARGO DE LA ADMINISTRACION GENERAL DE IMPUESTOS INTERNOS.

El ministro de Hacienda, doctor Molina, puso en posesión del cargo de administrador general de Impuestos Internos al doctor Ricardo J. Davel, para cuyo puesto fuera recientemente designado por el Poder Ejecutivo. — El doctor Davel, rodeado por un núcleo de legisladores y amigos personales que concurrieron al mencionado acto.

NUEVO GERENTE DEL FERROCARRIL CENTRAL ARGENTINO

Señor Ronald Leslie recientemente nombrado gerente del Ferrocarril Central Argentino en reemplazo del señor Howard Williams.

BIBLIOGRAFIA

Doctor Julio Noé, autor del libro titulado "Antología de la poesía argentina moderna, con notas biográficas y bibliográficas", obra recientemente aparecida.

LA DESAPARICION DEL TENIENTE CORONEL PEREYRA ROZAS

El ex diputado nacional y teniente coronel señor Ricardo Pereyra Rozas, cuya misteriosa desaparición a bordo del vapor "Buenos Aires", hace suponer, fundadamente, una trágica resolución.

FOOTBALL. — LA PATERNAL v. BUENOS AIRES

Componentes del team La Paternal, que en la semifinal para el ascenso a primera, venció por un score de 3 a 1 goals, al bando contrario, donde figuraban cinco jugadores de primera.

El equipo Buenos Aires, que sucumbió frente a La Paternal, en el partido disputado en el field de Colegiales.

Ultimas notas de los tripulantes del "Plus Ultra". La partida.

El comandante Franco, el capitán Ruiz de Alda y el teniente Durán, acompañados por el encargado de negocios de España, señor Danvila, en el solemne momento de firmar el acta por la Nación del ministro de Marina, almirante Domecq García, del avión "Plus Ultra", cedido a la República por el gobierno de España.

Franco, después de la entrega del avión, cruza la planchada para embarcar en el crucero "Buenos Aires", en medio de una caluroza ovación de despedida, tributada por el enorme público congregado en el puerto.

El mecánico del "Plus Ultra", Pablo Rada, recibe las últimas manifestaciones de simpatía, al partir para España.

Un aspecto de la multitud mostrando parte de la imponente multitud que acudió a despedir a los aviadores hispanos, con cálidas demostraciones de entusiasmo.

El crucero "Buenos Aires" al enfilar lentamente el canal de salida, llevando a bordo a los héroes del "Plus Ultra" provoca, en la compacta muchedumbre, un intenso clamor, donde vibran los últimos adioses a los bravos aeronautas.

NUEVAS MAESTRAS NORMALES

Grupo de ex alumnas de la Escuela Normal número 8, que terminaron sus estudios y que han egresado de la mencionada institución, en 1925, con sus correspondientes diplomas de maestras normales.

NECROLOGIA

Señor Jose S Molina.

BODAS DE PLATA

El señor Max van Hulsteyn y su esposa, acompañados de las familias invitadas a la fiesta realizada en su domicilio particular con motivo de la celebración de sus bodas de plata matrimoniales.

DE ADROGUE. FIESTA INFANTIL

De izquierda a derecha: señorita Antonia Quis Erramouspe, señoras Elina de la Serna de Castaing, Lastenia P. de Frías, María Calzada de Sánchez, señorita María E. Venzano y señores Sánchez de Bustamante, Biule, González, Cernadas, Raineri y Mata, que integraron la comisión de la fiesta infantil, realizada en Las Delicias.

Vista general de los juguetes con que fueron obsequiados centenares de niños.

Fots. Fernández Seijo

SOCIALES

CAPITAL FEDERAL.—Señorita Mercedes Margarita Ratto, cuyo enlace con el señor Armando Trincarelli se realizará mañana.

Señorita Rosa T. Nicoletti, que recientemente se desposó con el señor José María Podestá.

Señorita Ana María Aguilar, cuyo matrimonio con el señor Jesús María Cordero se efectuó la semana pasada.

ROSARIO.—La señorita María Rosa Tassi y el señor Erasmo J. Cevasco, después de sus esponsales.

Enlace de la señorita Elvira Amerio con el señor Luis Carlos Beltramino.

La señorita Delia Elda Boschetti y el señor Alfredo F. Vimo, últimamente desposados.

La señorita Fanny Besenzón y el señor Julio A. Ferrari, después de su casamiento, acompañados del cortejo nupcial.

Enlace de la señorita Amanda Argento Rodríguez con el señor Alberto Battcock. Los contrayentes y algunos invitados.

CONCURSOS DE BAILES DEL CLUB MAR DEL PLATA

Señorita Julia Larralde y señor Blas Moia. Premio: "Campeonato del Club Mar del Plata".

Parte de la concurrencia que asistió al campeonato de bailes.

Señorita Mercedes Pedrales y señor Julio R. Correa Luna.—Campeones de fox trot.

Niña Angélica R. Berri, discípula del profesor Silva, que obtuvo el campeonato en los bailes infantiles

Con la reunión realizada el 9 del corriente en el Club Mar del Plata quedaron terminados los concursos de bailes que bajo la experta dirección del profesor Manuel E. Silva se han llevado a cabo durante la actual temporada veraniega. La Comisión Directiva que preside el doctor Alberto de Estrada, de acuerdo con el profesor Silva, resolvieron buscar un medio eficaz para dar punto final a los concursos de bailes semanales y autorizó para que organizara un campeonato libre entre los señores socios y transeúntes de dicha institución. Este concurso fué recibido con júbilo por la juventud que, deseosa de demostrar sus habilidades en el difícil arte de Terpsícore esperó su realización. Un buen número de personas obsequió al profesor Silva con valiosas alhajas para que las adjudicase a las parejas que a su juicio bailasen mejor. Una hora antes de la señalada en el programa, empezóse a notar la llegada de muchas damas elegantes y bien atuviadas que daban una nota de alta distinción al interesante festival. El jurado, integrado por la señora Carmen Bustamante de de la Serna, doctores Alberto de Estrada, Alberto Castaño, Alberto Belaústegui, José F. Molinari, José M. Ahumada, Manuel L. del Carril, Julio Blaksley y los señores Pedro G. Méndez, Pedro J. Vela, Gaspar Cornille, ingeniero Carlos M. de la Serna, Gustavo Barreto, Luis M de Estrada Zelis, Carlos M. Múscari, Josué Quesada, Luis F. Muro, A. Bradley, Luis Bravo Taboada, Edgardo Arata, Antonio Faramiñán y Antonio Quel, adjudicó los premios a las parejas que publicamos en esta página.

Señorita Marta Garaicoechea y señor Adrián Beccar Varela.—Segundo premio de tango.

Señorita Graciela Effio y señor Wilfredo Effio, campeones de tango.—Señorita Emma Scelagonski y señor Juan José Roselli. Segundo premio de vals.

Señorita Lydia Jornet y señor Eduardo R. White. Segundo premio de pasodoble.—Señorita Enriqueta Johaneton y señor Emilio del Carril. Segundo premio de fox-trot

Fots. Bixio y Cía

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS

Mary Philbin y Norman Kerry en una escena de "El fantasma de la ópera", la gran producción que la Universal estrenará el 18 de abril próximo, y de la cual son protagonistas, juntamente con Lon Chaney.

Norma Shearer protagonista con Renée Adorée, Conrad Nagel y Walter Hiers, del cinedrama "Dispense usted", que Max Glücksmann estrenará el domingo próximo.

Jane Marlowe, Jocu y el perro Rin Tin Tin, protagonistas de la película "Carne a las fieras", que desde el viernes pasado distribuye la General.

Jacqueline Logan y Johny Walker, en una escena de "El transcontinental", cinedrama que la Corporación estrenó el sábado último.

Escena de "El simpático conquistador", curiosa y divertida cinecomedia interpretada por Reginald Denny, Gertrude Olmstead, Tom Wilson y Lucille Ward, que la Universal estrenará el jueves próximo.

Alla Nazimova, reaparecerá el viernes próximo en el film "Prefiero verte muerto", del cual es esta escena, presentado por Max Glücksmann.

Escena de "Lobo del monte", film del cual es protagonista Buck Jones y que pasado mañana estrenará la Fox Film

PUEBLOS PINTORESCOS DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES:

RAMALLO

Uno de los tambos del pueblo a la hora de ordeñar las lecheras.

La calle principal de la Estación Ramallo, o como si dijéramos, la calle Florida de la localidad, donde las chicas lucen, por las tardes, sus "toilettes" femeninas de última creación.

Durante la labor de cortar el pasto, para después preparar el terreno en que ha de ser sembrado lino.

Ramallo, pintoresco pueblecito de la provincia de Buenos Aires, situado en la línea del Ferrocarril Central Argentino, a cinco horas de la capital federal, fué fundado en el año 1873.

Los primeros pobladores que se establecieron en su demarcación, fueron los señores Pedro Rampoldi, Pedro Cappra, José Secchi y Carlos Gobba. Poco tiempo después de su fundación, la localidad comenzó a ser administrada por comisiones municipales, en las que se sucedieron los señores Faustino Vázquez, Emilio Martínez de Hoz, Eduardo Stegmann, Ramón A. Baró, José María Quiroga, Santiago A. Oliva y presbítero Canaveri, hasta el año 1890. En esta fecha tuvo lugar la primera elección municipal de carácter popular, de cuyos sufragios resultó elegido intendente don Felipe A. Olmedo y concejales los señores Rafael Obligado, Cándido Inchausti, Narciso Martínez de Hoz, Federico von Bossel, Ezequiel Ogallar y Francisco Zamboni.

El primer intendente municipal que tuvo Ramallo, o sea el citado señor Olmedo, llegó a la localidad en 1878, como oficial de la policía rural y desempeñó el juzgado de paz desde 1887 a 1890 y de 1898 a 1916.

Una de las curiosidades de Ramallo, la constituye un cañón que, situado en la plaza principal del pueblo, alza su boca hacia el cielo, como en bostezo de hastío. Dicha histórica pieza de artillería, perteneció al armamento utilizado en la batalla del Tonelero y fué montada sobre cureña, en 1905, por el entonces intendente municipal del pueblo, mayor del ejército Dalmiro Castro.

Los terrenos sobre que se levantó el pueblo de Ramallo y que anteriormente denominaban "Las Hermanas", pertenecieron en propiedad al señor José María Bustos.

Ramallo es un pueblecito floreciente, que se dedica con éxito a la agricultura y que cuenta con diversas oficinas e instituciones públicas.

Un típico rancho, construído con barro y paja, situado en las inmediaciones de la localidad.

La iglesia de Ramallo, de la que sólo queda por construir la parte superior de la torre.

Cañón histórico, cuya memorable actuación en la batalla del Tonelero, le valió ser colocado en la plaza principal. Con esta pieza de un lado y la comisaría local enfrente, se halla bien defendida la entrada del pueblo.

Señor Felipe A. Olmedo, uno de los primeros pobladores de Ramallo y de cuya localidad fué intendente municipal y juez de paz, en diferentes períodos.

Almacén conocido por de "Gath y Chaves", que, aunque goza de sólidos prestigios comerciales, no se propone hacer la competencia a su homónimo.

Edificio ocupado por la subprefectura marítima, situado frente al río Paraná.

El Registro Civil.

La Intendencia Municipal.

Escuela de campaña.

Otra iglesia situada en los alrededores de la Estación Ramallo.

Fots. Otero.

DE CARHUE

Señoritas María L. Morales, Santina Axabetti y Amelia Spinaci.

Señora de Cors y sus hijos.

Señoritas Graciana y Yolanda Coppola y Amalia Cabrios.

Señorita Rosita Mancuso.

Señoritas de Isasi.

Señorita Haydée L. Córdoba.

Señorita María I. Sampayo.

Señoritas Elena Estatico, Victoria Muratorio y Zulema Garegnani.

Señorita Lía Dalvi.

Fots. Carretero.

Señorita Dora Costa Dellepiane.

Doctor Floro Barbosa, su señora y su hijita.

Señor José María Goñi y su esposa, Rosalina Moreno

Señor Osvaldo Campanella y señora.

Señorita de González.

MARPLATENSES

Senador nacional doctor Pedro Llanos.

Señoras de Demarchi y de González Guerrico, señoritas Sofía Cranwell y Susana Bosch Marín y señores Demarchi y González Guerrico.

Doctor Barreiro Grau

Ingeniero José M. Quartino y sus tres "espigones".

Señoritas Sara Madero Unzué, Delia Alzaga Unzué y Rosa Carabasa y señores Enrique Larreta y Alfredo Méndez.

Señorita Herschel Aguilar

Doctor Sivori y su hija

Señora Sara P. de Carena, señoritas Haydée Carena y Amalia Pardo y niño Alberto Carena.

Señoritas María Luisa y Leda Juliet Samyn.

Fots Bonnin.

INFORMACION GRAFICA DE ROSARIO DE SANTA FE

El vicepresidente de Newell's Old Boys, señor Arichuluaga, el jugador internacional Adolfo Celli y un grupo de amigos del extinto footballer Ernesto Celli concurren a depositar en la tumba de este un ramo de flores con motivo del primer aniversario de su muerte.

La señora Camila Quiroga, rodeada de elementos de su compañía que tomaron parte en la interpretación de la obra "La emigrada", representada en el teatro de la ópera la noche del debut del mencionado elenco, mereciendo del público entusiastas aplausos.

Ecos de las elecciones de diputados nacionales. — Los candidatos del partido Radical personalista, señores Grecca y Villarruel, con un grupo de correligionarios políticos, comentan, risueños, el triunfo de la plaza fuerte "Rosario Irigoyenista".

FOOTBALL. — Match amistoso entre Newell's Old Boys y C. A. Nacional. A la izquierda: componentes del team Nacional, que alcanzó el triunfo por 3 a 2 goals. A la derecha: equipo de Newell's Old Boys, vencido en el encuentro con C. A. Nacional.

Partido amistoso entre Rosario Central y Belgrano. — Cuadro de Rosario Central, ganador del match por un score de 4 a 3 goals.

Díaz, deteniendo, en gran estilo, un potente tiro de Cristini.

Fots. Flores Toledo.

DESDE LOS ESCENARIOS DE MADRID A LOS DE BUENOS AIRES

Una expresiva intérprete de la danza española: La Goletera

Una pose especialmente dedicada por La Goletera a los lectores de FRAY MOCHO.

Era durante el accidentado estreno de una revista en el teatro Avenida. El público, dispuesto desde los comienzos de la obra a no dejar que pasase sin la ruidosa protesta consiguiente, ningún número siquiera regular, estaba convertido, esa noche, en un juez severísimo, en ese severísimo juez cuya ausencia, por desgracia, se advierte en muchos espectáculos teatrales nuestros. Esta vez, en cambio, "el respetable", se hallaba presente. Artistas de cartel, de conocida actuación, a quienes ha sonreído el éxito muchas veces, oyeron las más enérgicas protestas, las más locuentes demostraciones de franco desagrado, dirigidas, antes que a su propia labor personal, a lo precario de los papeles.

De pronto, obscuro en la escena. Una rápida mutación, en la penumbra; un telón corto que cae. La orquesta ataca los primeros compases de un fandanguillo, "La caleta", de Gaspar Vila. Acompaña a los acordes iniciales de la música hispana, desde dentro, el ruido acompasado de las castañuelas y, en seguida, aparece en el tablado una mujer. Su recia silueta gallarda, hermosa, arrogantemente femenina, destaca magnífica sobre el fondo claro de la tela realzada por la luz del reflector. Alguien, en el público, insinúa un siseo; pero ciento de voces le hacen callar de nuevo. Y "aquella silueta", como movida mágicamente por los encantos de la partitura brillante, "llena" todo el escenario, le comunica vida, alegría. Da la sensación plena de que una mujer, una mujer hispana, para más, está interpretando con el alma, aquella música divina. Nadie chista ya siquiera. El ritmo varía. El cuerpo sigue fiel a todas las variaciones de la danza. Un breve taconeo, rápido, enérgico, pone aún, en el tablado, un poco más de vigor, y la silueta gallarda, arrogante, ante la cual más de un chulo arrojara su sombrero y más de un "mataor" tendiera su capa en son de homenaje, subyuga con sus cadenciosos movimientos, entusiasma, electriza. Al final, bajo los flecos aparentemente inseparables de la pollera, el "allegro vivace" de la música acentúa, en la bailarina, el dinamismo extraordinario de su acción, y como a través de un tul mágico las piernas, atrayentes, se ven girar enérgicas, vertiginosas, destacadas en la hermosa firmeza de sus líneas decididas y femeninas. La danza finaliza. El juez severísimo da su fallo. Es una enorme ovación, entusiasta, delirante, sostenida, la que se escucha en todo el teatro. La Goletera ha triunfado ampliamente consagrándose en su debut como artista de méritos indudables en el difícil género de la danza clásica y regional española. Tal fué, entre nosotros, el comienzo de una excelente bailarina, cuya iniciación tuvo efecto en Barcelona, y que pasó después, sucesivamente, a Madrid, en el Romea, Trianón y Maravillas, los famosos escenarios de la península. La Goletera trabajó luego en los principales teatros de España, entre ellos de Andalucía; en Marruecos, en Portugal, en Marsella (Francia), y, en 1925, en Buenos Aires, donde todavía, por una de esas cosas tan frecuentes en el teatro, no ha llegado a ocupar los escenarios que su arte reclama, pero donde logrará conquistar el público e imponerse como se impuso ante tantos otros públicos, y como se impuso la noche inolvidable de su presentación en el Avenida.

Una vez cumplida su aspiración de actuar algún tiempo en esta capital, La Goletera emprenderá una "tournée" a Méjico, cultivando también el repertorio de danzas internacionales.

La Goletera.

En el fandanguillo de Vila, que la famosa bailarina interpreta a las mil maravillas.

El final del fandanguillo.

Otra pose de la bailarina

Fots. Bixio y Bolzoni

INUNDACION DEL CAMPO DE AVIACION DEL AERO CLUB DE TUCUMAN

Las últimas tormentas descargadas sobre Tucumán, tornaron anfibios a los aparatos terrestres del Aero Club, de dicha localidad, cuyo campo de aviación se vió inundado por las lluvias torrenciales.—A la izquierda: salvataje del biplano "Lamadrid", extraído de las aguas en lamentable estado. En el centro: nuestro intrépido corresponsal, señor Victorio Saccone, operando con el agua a la rodilla. A la derecha: el hangar del aeródromo "Benjamín Matienzo" completamente destrozado..—En primer término: el aparato con el cual el teniente Saviotti proyectaba la realización de un raid internacional.

El aeroplano "Tucumán", en pleno campo de aterrizaje, soportando los efectos de la tormenta.

Los cuatro aparatos del aeródromo que fueron librados del temporal con no pocos esfuerzos.

Aspecto que ofrecía la avenida Benjamín Aráoz, vía de acceso al aeródromo "Benjamín Matienzo", poco después de caídas las fuertes lluvias.

Estado en que quedaron los talleres del aeródromo, destruídos por el temporal.

Fots. V. Saccone.

POR LAS PLAYAS URUGUAYAS

POCITOS — Señorita Inés Camponono.

Señorita Irene Salzano.

Carlitos Suárez Arrospide.

Señorita María Camponono.

MASCARAS INFANTILES

Florinda y Leticia Lorenzo

Clara Isidora Cepeda

Rosa Asprela

Niños de Julianelli

Aurora Fellini.—"Holandesa".

Anita Carazo.—"Fruta prohibida".

Niña de Castiglioni.

Carmen Rossi

Beatriz Jovita Bisella Guillaniegui.

Elsa R. y Nélida Cambiasso.—"Fantasía".—Aníbal D. Costa.—"Pierrot"

Osvaldo Fariña.—"Gaucho".

Niña de Mego.—"Florista'

Rosa Blanca Julia Trotta.

Zulema Iberra.—"Fantasía".

Alberto Maranesi.

Niña de Zampa

PAGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí

Cuadros vascos

AMIGAS, PUES...

Por M. Aranaz Castellanos

Santander. Fines de septiembre. Llovizna.

—Vete detrás mío, por si acaso nos vería alguno de Bilbao—dice don Pacho, un señor que, gracias a que se afeita la barba y recorta el bigote, lleva bastante bien sus años.—*Pa* cuando tú llegues, ya me tendré *tomaos* los billetes.

—Como quieras, nene—contesta ella, arremangándose con garbo.—Corre, que ya te sigo.

Uno tras otro, con lo cual creen disimular, la cupletista y su amigo encaminanse hacia la estación. Más de media hora falta aún para la salida del último tren a Bilbao. Es la anticipación que han convenido a fin de que nadie, absolutamente nadie, les eche la vista encima. El mozo del hotel, a quien don Pacho ha ofrecido una buena propina, les avisa minutos después que ya están colocados. Nada menos que en el departamento central de un coche de primera, repartido el equipaje por los seis asientos y... las cortinillas echadas. Los viajeros que lleguen luego, temiendo que allí vaya un enfermo, se acomodarán en los departamentos de los extremos. Para la entrada en Bilbao no habrá peligro ninguno. Ya de noche, y quedándose en el tren hasta que la estación se desocupe, ni el nuncio se enterará de la cosa. Aquellos felices tres días, lejos él de su hogar y ella de su escenario, van a tener un epílogo delicioso. Nada en el mundo, después de haberse divertido tanto, como un viaje sin testigos. Pero no todo el monte es orégano. Los departamentos de los extremos, en un santiamén, llénanse de conocidos, de bilbaínos, que, para sus negocios, también han venido a pasar unos días en Santander. Gracias a que sólo han salido de noche, a dar una vuelta por el muelle, bien escondiditos bajo un solo paraguas. Para evitar curiosecs por las mirillas de cristal, don Pacho intenta pegar sobre ellos, con pan mascado, unos trozos de periódico. La *Timbal*, que tiene larga práctica en esta clase de viajes, le hace desistir de la idea. Sería lo bastante para atraer más la curiosidad y despertar mayores sospechas. Igual objeto se consigue colgando algo de las redes.

—Anda, ayúdame a tender la ropa.

—*Rasón* te tienes.

—¿Lo ves?...

—Sí, ya me veo. Igual que *tapiaos* quedamos.

Con tanta cosa colgada, parece aquello una prendería. El impermeable de don Pacho, la levita de ella, una falda bajera de color lila, que ha sacado la *Timbal* de su maleta, y un *pijama* de color verde que, para no ser menos en lucir ropa interior, ha sacado él de la suya. Dentro de media hora podrán merendar tan ricamente.

—Mi *sosio*—murmura don Pacho, que ha espiado por entre la falda lila.—Ese flacucho.

—¡Valiente pelma! No sabes la lata que me dió la otra temporada.

—¿Pues...?

—Tres noches convidándome a cenar y siempre pidiendo medias.

—¿Eh...?

—No sacaba una botella de *champán* entera ni *pa* Dios.

Poco después, la cupletista ruega a don Pacho que abra las ventanillas de los lados. Que haya corriente, mucha corriente. Todo será que se le tome la voz y le salgan los cuplés un poco roncos, pero no importa. Además, que hace falta tener por dónde tirar los restos de lo que coman.

—Anda, saca la tortillita.

Y la merienda, gozosos los dos, comienza afanosamente. Los bellos paisajes del camino, mientras ellos devoran, desfilan con toda su rica gama de colores y luces. Un aire puro, fresco, vivificante, acaricia sus rostros.

—Espera, chica, que voy a descorcharme el vino. ¿Dónde se anda el vaso...?

—Se les habrá *olvidao*.

—¿Y cómo arreglamos?

—Por poco te apuras, nene. A morro.

La botella, por la *Timbal* primero, y por él después, recibe dos respetables tientos.

—Oye, ¿me trincho el pollo...?

—No; déjate de finuras. Le coges tú de una pata, yo de la otra... y lo que toque a cada uno.

—*Tírate*, pues.

Una breve disputa. El, efectivamente, se lo ha llevado casi todo. Acuerdan, por fin, que ella se coma las dos patas y don Pacho el *barco* y los alones, y principian a devorarlo, mirándose sonrientes. Detiénese entonces el tren en una estación, y la portezuela se abre de pronto. Están en Treto.

—¡Buenas tardes, señores!—dice el jefe.—¿Cuántos sitios hay aquí...?

—Cuatro—contesta don Pacho, medio atragantándose.—Cuatro *na* más.

—¡Vengan ustedes, vengan!—grita el jefe.—¡Aquí hay cuatro asientos...!

Los señores de Mallavia, un matrimonio vecino de don Pacho, aunque no hacen otra cosa más que saludarse en la escalera, aparecen ante la portezuela.

—Disimúlate, tú—dice su amigo a la *Timbal*.—*Conosidos* míos son.

Y con el pretexto de descolgar el impermeable, la levita, la falda bajera y el *pijama*, tornando a guardarlo todo en las maletas, los dos tórtolos vuélvense de espaldas. Don Pacho ordena en voz baja la suspensión definitiva de la merienda y su escondite, apelando a todos los medios. La botella de vino y el pan desaparecen en el *pijama*, la cesta queda metida bajo el asiento, merced a un certero puntapié, y la carne de membrillo y el queso, que figuraban como postres del piscolabis, son arropados cuidadosamente en la falda bajera.

—¿Ya me permitirá *usté* quitarme esto de aquí?—pregunta el señor de Mallavia, que no ha reparado en su vecino.

—¿Eh...?

—*Olvidao*, por lo visto, se han *dejao* ustedes—añade, levantando de un asiento el *barco* del pollo.

Y mientras los dos hombres se miran, con asombro el uno, con suplicante gesto el otro, la *Timbal* coge el pollo, sonriendo cortésmente, y lo guarda en la red, bajo su sombrero de plumas.

Gracias.

Tras del señor de Mallavia han subido al departamento, un ama seca, que trae en brazos un nene de dos años, mofletudo, coloradote, y que chupa risueño un caramelón, y un ama fresca, que carga con otro chiquillo, un año más joven, de genio muy distinto a su hermanito, porque berrea el pobre que es un primor. La señora, extraordinariamente gruesa, después de *aupar* desde el andén otro nene de tres años, que trae un globo y una corneta, sube por fin al coche, empujada, mediante apoyo contra sus amplias posterioridades, por el jefe de estación y por el factor, a quienes da las gracias por su galantería. El nene mayorcito, mientras su madre se quita el sombrero y el abrigo, pues viene sofocadísima y sudando a chorros, salta sobre un asiento alegremente, suelta el globo y comienza a tocar la corneta a pleno pulmón.

—Don Pacho el *resino*, tú—dice Mallavia a su costilla.—*Haste* la que no sabes, que trae contrabando.

Y el tren arranca de nuevo.

La *Timbal* y don Pacho, sin cambiar palabra, miran hacia la derecha del camino, procurando disfrazar su contrariedad y desentendiéndose de todo. Las dos amas, acomodadas con sus cargas en los asientos centrales, hablan en vascuence a grandes voces, procurando dominar el ruido de la marcha. El mayorcito, volviéndose a una y otra como para animarlas, toca desaforadamente a la bayoneta. Mallavia y su señora, al otro extremo, imitan en el desentenderse a don Pacho y su acompañante.

Un túnel.

La de Mallavia, pasándose la mano por la frente, acaso para resguardar sus ojos de la luz del foco, mira hacia la cupletista. Mentira parece que haya hombres a quienes les gusten tales mujeres y que por ellas falten tan descaradamente a sus deberes conyugales. Aquella individua, aunque no es fea, debe ser de lo peorcito. Sus grandes patillas, ensortijadas a hierro sobre el carrillo; lo pintado de sus ojos, el carmín que lleva en los labios, las descocadas transparencias de su blusa, dejando ver, como a través de un cristal, las cintas asalmonadas de la camisa; la falda tan corta, para que luzcan bien las medias de gasa... Por nada del mundo, por nada, se vestiría ella así ni siquiera un minuto. Por lo escandaloso, por lo inmoral, todo aquello es motivo desagradable para Dios y mérito indiscutible para el fuego eterno.

Otro túnel.

La *Timbal*, que está entrando en ganas de dar un moquete al chico de la corneta, aparenta arreglarse el pelo, y por entre los dedos examina a la del vecino. Se necesita muy poca vergüenza, ser idiota del todo, para aguantar una señora así y tener además el valor de sacarla a la calle sin bozal y sin cadena. Aquello no es una mujer, es un fenómeno. Unas botas deformadas, de las que faltan varios botones, y sobre cuyos bordes rebasan las carnosidades de la pierna; una falda negra, en la que claramente se conoce que los chicos han dado algunas sorpresas; una blusa de batista, que también tiene el recuerdo de comidas caldosas hechas precipitadamente... Y, sobre todo, el corsé antiguo y flojo, dejando aquel saco en libertad completa. Vaya un éxito que tendría la tal señora, vestidita de [illegible] y buscándose la pulga.

El tren se detiene en otra estación. Es Carranza.

—Déjate que me ponga de frente [illegible]—dice la de Mallavia a su marido. [illegible] *parese* que tengo algo de mareo.

—Pues nos vamos a *lusir*. El camino de más curvas falta.

—Tal *res* me se pase con el aire [illegible] la cara. Anda, cuídate un poco de los chicos.

"QUILMES CRISTAL"

Es la mejor cerveza

Al pequeñín, que continúa berreando sin cesar, intenta calmarle inútilmente su ama fresca metiéndole el pezón en la boca a viva fuerza. El del caramelón, cansado de chuparlo, lo restriega, riendo encantado, sobre la rizosa cabeza del primogénito. Este, harto también de tocar tanto la corneta, maúca diciendo que tiene hambre y ganas de hacer chís. Levantándolo sobre la ventanilla a que va asomada la madre, el señor de Mallavia ayuda a su hijo en la satisfacción del deseo. No todo cae fuera, y la buena señora se apresura a secarlo con el pañuelo.

—¡*Josús*, qué chicos estos...! ¡Loca le vuelven a una...!

La cupletista, entretando, ha sacado, para entretenerse, una bolsa de chocolates, que llama extraordinariamente la atención de los chicos. Don Pacho, con un gesto, se niega a la oferta que ella le hace y torna a mirar por la ventanilla, como si no conociese a nadie.

—¡Yo *quelo* un pastel!—grita el mayorcito.—¡Un pastel de esos!

—¿Le hará daño?—pregunta al ama fresca la *Timbal*.

—¡Quiá, que va a *hacerle!* Patatas también ya come.

Y tres bombones de chocolate, que la cupletista reparte entre los nenes, porque también el pequeño, separándose de la teta y abriendo mucho los ojos, tiende hacia ella la mano, embadurnan las caras de los chiquilines, quienes se lamen y relamen, porque en la vida han probado cosa más buena. Su madre, para no verse obligada a mediar en el asunto, continúa haciéndose la desentendida y sintiendo cada vez más los efectos del mareo.

—¡*Teno* hambre!—vuelve a gritar el mayorcito.—¡*Teno* hambre, papá!

La *Timbal*, viendo qué no convencen al primogénito los razonamientos que su padre le hace para que espere al llegar a casa, tiene un arranque de mujer. Alzando su sombrero, saca el pollo y se lo larga al nene.

—Toma, monín, toma.

—*Grasias*, señora—murmura Mallavia.

—¡También *quelo* pan!—chilla el pequeño.

—Aquí hay—dice don Pacho, sacando un corrusco de entre su *pijama*.

—*Grasias*—torna a murmurar Mallavia.

—¿Quieres un poco de vino, rico?...

Muy agradecido a la *Timbal* por tanta amabilidad, Mallavia asegura que el niño no bebe más que agua, y que la pedirá en alguna estación.

—*Reconosidisimo*...

Un ruido extraño, desagradable, escúchase entonces hacia el otro extremo del departamento, y el hombre corre a sostener por la frente la cabeza de su señora, que, en vehementes impulsos, parece querer lanzarse fuera del coche.

—Si me permitiría *usté*—indica don Pacho, cuando, después de un rato y muy pálida, la señora vuelve a arrellanarse en su asiento,—un frasco de sales me puedo *ofrecerle*.

—*Grasias*, don Pacho—contesta ella, aceptando.

—Mejor, si nos tendríamos—observa su marido—un poco de coñac. En la primera *estasión* veremos si hay.

—Aquí tengo yo una botella de Domecq tres cepas—se apresura a decir la *Timbal*.

—*Grasias*, señora—murmura la de Mallavia con una sonrisa.—Muchas *grasias*.

—¿Tiene *usté* un vaso?—pregunta el marido, dirigiéndose a la cupletista.

—No; el vaso se nos ha *olvidao*. Pero haga *usté* lo que éste y yo. *A morro*.

Don Pacho, con aquello del *a morro*, se estremece de espanto. Pero la ocasión no es para reparar en pelillos. La de Mallavia bebe *a morro*, y la conversación después pierde su violencia. El frasco de sales y la botella, sobre todo la botella, han hecho el milagro.

—Ven conmigo, *resalao*—dice la *Timbal*, subiendo sobre sus rodillas al mayorcito.—¿Cómo te llamas...?

La bolsa de chocolates sale otra vez a escena, y los pequeños, enamorados de ellos, no quieren hacer ya caso ni de su madre, ni de las amas, ni de nadie, más que de la cupletista, a la cual besan con igual cariño que si les hubiese parido. Algún tanto repuesta de su mareo, la señora de Mallavia no duda tampoco en hablar con la *Timbal*, y media hora después parecen antiguas conocidas. Don Pacho y su vecino, que han cambiado de asientos para dejar en libertad a las *señoras* y los nenes, charlan de la guerra, de su influencia en el alza enorme de los fletes, y de los precios fantásticos que están alcanzando las acciones de todas las Compañías navieras. Un túnel muy largo. Grandes ventanales hacia su final, por los que entran los resplandores de la población.

—Adiós, amigo don Pacho. Y muchas *grasias* por todo.

—Por nada, amigo Mallavia. Ya sabe *usté* que se le quiere.

—Adiós, ricos...

—Adiós.

Besos de la *Timbal* a los nenes, que no han vuelto a llorar desde lo de los chocolates, y apretón de manos que, con toda sinceridad y sin reparos, brinda la buena señora a la cupletista.

—¿Amigas, pues...?

—Amigas, pues—asiente afectuosísimamente la *Timbal*.

—Pues ya sabe *usté*... En el piso de arriba de don Pacho... *Pa* todo lo que *usté* quiera...

—Muchas gracias. Yo, por ocho días, al lado del *Moulin Rouge*. Ya sabe éste.

El tren ha llegado. Bilbao. Llovizna también.

NOVIA DE MAYO

Novia de mayo; novia...
santa visión etérea toda pálida;
deidad que filtra tenue por mis sienes
y me conmueve el alma.

Novia...
Bajo el tul de tu manto eres el lirio
de nieve inmaculada,
recogido en mi senda de martirio.

Novia de mayo, llega:
bajo tu piel hay savia de infinito,
bajo el hielo exterior de mi envoltura
¡hay un volcán bendito!...

Julio César CORDIVIOLA.

DE LA VIDA DE BEETHOVEN

Como las de casi todos los genios, y en particular las de los músicos, las obras de Beethoven no fueron recibidas con franca acogida, sino con una gran reserva. Esto se explica fácilmente, si tenemos en cuenta que los pensamientos de un gran artista hacen obra de verdadera innovación. Su generación sólo puede tener atisbos de la importancia de la obra, y únicamente a las generaciones que le suceden les es dado apreciar los matices de la misma, comprender el alcance que tiene.

Luis Van Beethoven era de origen holandés. Nació en Bonn en diciembre de 1770. Desde muy niño mostró excelentes disposiciones para la música, hasta el extremo de que, en pleno estío, los paseantes se detenían bajo las ventanas de la casa del músico para escuchar las melodías que al clavicordio arrancaba Beethoven.

Cuando Beethoven contaba veinticinco años de edad, Haydn, el gran músico vienés, que había oído hablar de sus grandes facultades, quiso oírle. Al momento comprendió los tesoros de armonía que encerraba aquella cabeza morena, y habló al conde de Waldstein, protector de Beethoven, para que enviase a éste a Viena, que era entonces el centro musical de Europa, para que estudiase y ampliase sus conocimientos musicales.

La protección del conde abrió a Beethoven los salones de la alta sociedad y alcanzó la protección de príncipes como Lielmawski, que le concedió una pensión de 600 florines. Vivía entonces Beethoven en casa del barón Pasqualati, el cual, encariñado con su huésped, le toleró cuantas extravagancias tenía éste, como la de tener en el mismo piso infinidad de pollos y gallinas, a los cuales era muy aficionado.

La sociedad vienesa se sorprendió notablemente cuando Beethoven llegó a Viena. El extraño aspecto del gran artista, su crespa cabellera, su pequeña talla y su ancha cara, salpicada de las huellas de la viruela, contrastaban con la grandeza de su alma y lo excelso de sus facultades creadoras.

A poco de estar en Viena, se enamoró locamente de una actriz, Magdalena Willmann, que lucía su belleza por los salones de la alta sociedad. Al saber ésta la pasión que había inspirado al músico, se limitó a decir:

—Yo no quiero casarme con él; es demasiado feo y está medio chiflado.

En 1803 un nuevo amor nació en el corazón de Beethoven, al conocer a la deliciosa joven Julieta Gucciardi. Pero esta joven pertenecía por su madre a la ilustre rama de los duques de Brunswick, y por aquella época el orgullo de raza estaba en toda su pujanza, y la familia se opuso terminantemente a aquellos amores.

La joven Julieta amaba al músico. Le habían seducido el genio musical de éste, su facultad creadora y el anhelo de belleza que ponía al gestar una obra. Entonces fué cuando Beethoven, lleno de entusiasmo, escribió a uno de sus amigos, refiriéndose a ella: "La admirable nena que yo amo y que me ama". La oposición a estos amores prosiguió tan tenaz, que a poco Julieta se casó con el conde de Gallenberg.

Aquel suceso causó una impresión enorme a Beethoven y tuvo una influencia marcadísima en la vida del músico. Tanto le impresionó, que el día 2 de noviembre de 1803, víspera del casamiento de Julieta, escribía: "¡Ah! ¡Qué momentos más dolorosos tiene la vida!... Pero es preciso aceptarlos..."

Por entonces otro suceso llenó de dolor la vida de Beethoven. La sordera que se había hecho sentir en 1796, se agudizó de tal modo, que ya no era posible disimularla. Una angustia infinita llenó el alma de Beethoven. ¿Qué sería de sus lecciones de música, de sus funciones de maestro de capilla, de director de orquesta? Ensayó disimularlo, apeló a todos los medios, lo intentó todo, y al cabo tuvo que resignarse. "Inútil disimular más — escribía; — todo el mundo lo conoce; los mismos artistas se han apercibido."

Lleno de dolor, ciego de pena, desesperado, se refugió en el campo, en Heiligenstadt, renunciando a todo, dispuesto a aceptar la muerte, a la que llamaba sin cesar. Tan amargado estaba, que escribió en su testamento estas doloridas palabras: "Como las hojas de otoño caen y se aniquilan, así la esperanza se ha caído y aniquilado en mí."

Beethoven sordo es un ejemplo sorprendente, sin haberlas oído, sin haber escuchado esas armonías excelsas de que están llenas sus obras, compuso las sinfonías de acordes maravillosos, los encantadores bordados melódicos, donde parece juntarse toda la belleza de que es capaz de disponer el genio.

No obstante los fracasos anteriores, Beethoven se enamoró por tercera vez. Era en 1809; tenía el poeta treinta y nueve años y se encontraba en el apogeo de su fama. El barón de Gleichenstein, su amigo, era novio de Ana Mafetti, de cuya hermana Teresa se enamoró el músico. Pero fué en vano cuanto Beethoven hizo por ganar el corazón de la joven. Toda la gloria del genio era para ella de menos valía que la corona de barón que, como su hermana, quería encontrar.

"Siembro el amor — escribió entonces Beethoven,—y no recojo sino lágrimas."

No teniendo ya esperanza alguna, esta última decepción le hizo huir, y se recluyó nuevamente en el campo, se aisló del mundo y se consagró por completo a su arte. Una noche, sin embargo, sus amigos le hicieron romper aquel aislamiento: le llevaron a una fiesta y le pusieron frente al clavicordio. Beethoven rehuyó, pero al fin accedió e improvisó una obra de alegría en consonancia con la fiesta que se celebraba. Pero a poco, el dolor, la tristeza en que su alma se anegaba, hicieron que la obra que empezó con alegría se convirtiese en un poema de sufrimiento y de desesperanza, que hizo correr las lágrimas de todos los ojos. Y en silencio, llenos de emoción, los asistentes esperaron a que Beethoven saliese para salir ellos del local.

La fama de Beethoven aumentaba de día en día. En el Congreso de Viena su obra fué aclamada con entusiasmo, y el sublime músico pudo saber cómo su nombre atravesaba las fronteras y quedaba grabado en el alma de cuantos son capaces de comprender la belleza.

El día 24 de marzo de 1827 moría el poeta. Una agonía violenta iba acabando la vida que tan fecunda fué para el arte; sus últimas palabras fueron:

"Oíd la campana; la decoración cambia."

Lo que no cambió para él, con los sones de aquella campana que le parecía oír, es su fama, que es imperecedera. Pasarán las generaciones, y cada vez será más admirado el nombre del genio musical que se llamó Luis Beethoven.

Los restos de una antiquísima princesa compatriota de Antinoe

Después de la famosa Antinoe, que sólo tuvo existencia imaginaria, otra princesa de Haggara pone de actualidad aquel país. Pero de que ésta vivió realmente da fe una osamenta milenaria. Llamóse Tin Hanane.

Hacia fines de octubre último emprendió el viaje a Haggara una misión arqueológica franco-americana, que atravesó el desierto del Sahara en tres automóviles de seis ruedas. Entre los expedicionarios figuraba el conde Byron Kuhn de Prorok, de origen polaco, aunque nacido en Méjico, joven de veintiséis años, y tan apasionado por la arqueología, que al cultivo de esa ciencia ha dedicado parte de su fortuna. Ya en las ruinas de Cartago realizó descubrimientos de verdadera importancia.

A unos ochenta kilómetros de Tamanrasset, donde están las sepulturas recientes del padre Foucauld y del general Laperrine, la misión hubo de explorar gran número de tumbas antiguas, que eran simples túmulos de piedras, esparcidos en la arena. Todos esos sepulcros, a excepción de uno, habían sido saqueados en el transcurso de los siglos. La tumba respetada era aquella que la tradición árabe de los tuareg designaba con la denominación de sepulcro de Tin Hanane.

Practicada una excavación allí, quedó libre el acceso a una cámara subterránea, de forma rectangular, de cinco metros por cuatro de lado y dos de altura. El recinto aquél estaba desocupado, pero bajo el enlosado pavimento había una zanja en la que yacía un esqueleto femenino entre los restos de un lecho de madera y de numerosísimos objetos de uso doméstico y de adorno, como sortijas, pulseras y collares, alhajas entre las que había algunas de metales preciosos, si bien la mayor parte eran de cobre. Había también fragmentos de cuero y de prendas de vestir, así como también residuos de ofrendas alimenticias. Un pequeño bloque de piedra groseramente tallado representaba, con un esfuerzo de buena voluntad y de atención, una cabeza y un cuerpo de mujer atrevidamente bautizada: "Venus libia".

No se ha podido fijar con toda exactitud la época de que datan esos restos humanos, la noticia de cuyo hallazgo se extendió por Argelia; pero con el fantástico aditamento de que los arqueólogos habían descubierto un valiosísimo tesoro.

El conde de Prorok ofreció al ministerio francés de instrucción pública los resultados obtenidos en las excavaciones, pero antes de efectuar la entrega definitiva, embarcó para Norte América con el esqueleto y las joyas funerarias de Tin Hanane, para mostrar su hallazgo a las Universidades de aquel continente, que le prestaron auxilio pecuniario para la realización de su empresa arqueológica.

Seguramente en las que realice de ahora en adelante el conde de Prorok no volverá a descubrir restos humanos que daten, como los de la princesa Tin Hanane, de época anterior a la guerra de Troya, ciudad donde, según la leyenda, nació y vivió Antinoe, que probablemente fué posterior a Tin Hanane, cuya belleza inspiraba acaso el mito, al que presta hoy nueva actualidad la exhumación de ese esqueleto, cuyo descubrimiento ha despertado gran expectación entre todos los arqueólogos de Europa y de América, donde actualmente lo contemplan cuantos se interesan por esa clase de estudios e investigaciones.

Recientes extravagancias de la moda

Es innegable que en el transcurso del año 1923 esa caprichosa deidad que recibe culto en todo el orbe, la Moda, ha impuesto más autoritaria y veleidosa que en otras ocasiones las mayores extravagancias a sus adeptos, principalmente, y esto como de costumbre, al bello sexo.

Seguramente no es verídica la anécdota de que un americano en París, para encender un cigarrillo en la calle, solicitó el que iba fumando otro transeúnte, quien muy cortés alargó una caja de fósforos al peticionario. Este, al fijarse en la mano que se extendía hacia él, una mano pequeña y fina con los dedos cubiertos de bellas sortijas, se dió cuenta de que aquel transeúnte era una señora ataviada a la última moda.

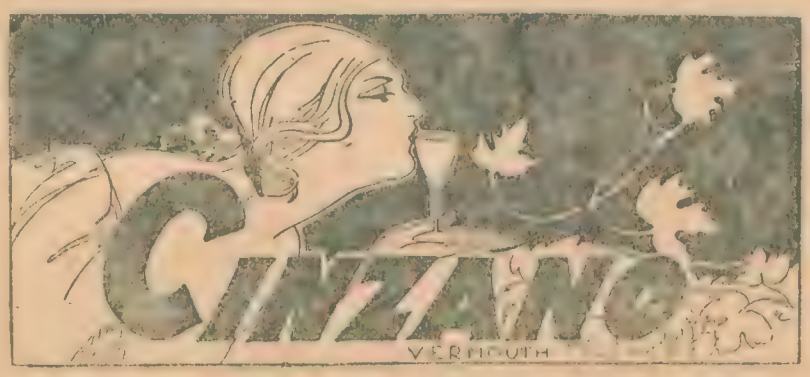
La anécdota, decimos, no es cierta, a nuestro juicio, pero indudablemente encierra un fondo de realidad y sugiere no pocas situaciones pintorescas, que pueden ser ocasionadas por aquella voluble tirana que ahora se complace en inducir a las bellas a adelantar un paso más—el definitivo—en lo concerniente al aspecto de la cabellera. No nos hubiéramos expresado con propiedad al hacer uso de la palabra tocado, porque se trata nada menos que de prescindir hasta de la corta melena a lo "garçon" y substituirla por el corte de pelo propio de los varones.

No faltan algunas que se han sometido a ese novísimo y absurdo capricho de la moda, mas, ¡ay!, que la mujer es inconsecuente, pues existen jóvenes que, no obstante adoptar trajes y peinados varoniles, acomodando su exterior al aspecto masculino, no pueden prescindir del femenino hábito de empolvarse el rostro y hasta aplicarse la barra de carmín a los labios.

Pero no paran ahí las extravagancias de la moda, que llega hasta a concretar la forma que deben tener las gafas para que quien las usa merezca el calificativo de intelectual y que, por otra parte, inspira ideas tan atrevidas como la de que las ligas no han de limitarse a sujetar las medias, sino que además y esencialmente deben emplearse como objeto de adorno y cuyo lucimiento es, por lo tanto, inexcusable.

También alcanza al calzado femenino ese desbordamiento de la fantasía y se ven zapatos que ostentan en la parte superior enormes aplicaciones de piel ornada con los más diversos temas decorativos.

Se usa también ahora un traje femenino, mezclado de pijama y kimono, para cuya confección se utilizan sedas y pieles. Consiste esa combinación en una casaca larga y unos pantalones muy amplios, y ocioso es añadir que se trata de un salto de cama.



EXTRAÑA ENFERMEDAD

Aquella mañana, mi amigo Prune sintió agudos dolores al despertarse.

—¡Ay!—gritó por la fuerza del dolor.

Al grito acudió apresuradamente la señora de Prune.

—¿Qué te ocurre, hijo?

—Que me duele mucho aquí, en este lado. No puedo respirar. ¡Ay! ¡Ay!

La señora de Prune se alarmó. Su marido se había acostado perfectamente, y la repentina indisposición la preocupó grandemente.

—Voy a buscar al médico—dijo.

—Como quieras—le dijo el señor Prune.

A los diez minutos—¡oh, esposas cariñosas y diligentes!—la señora de Prune regresaba.

—El doctor vendrá en seguida. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Es curioso lo que me ocurre—dijo el enfermo.—Cuando me he incorporado antes un poco para hablarte se calmó el dolor; pero en cuanto volví a echarme en la cama, empezó otra vez el dolor agudo. ¡Ay! ¡Ay!

Entró el médico.

—¿Qué le ocurre a usted?

—Debe de ser frío al costado.

—¿Le molesta mucho?

—Sí ¡Ay! ¡Es aquí!

Prune se alzó un poco.

—Lo curioso es que cuando me siento en la cama me alivio, y en cuanto me echo, me duele.

—¡Calle usted ahora!—le interrumpió el médico.

El doctor era hombre que sabía su obligación. Le hizo sacar la lengua, le tomó el pulso, le dió unos golpecitos con los dedos en la espalda, le auscultó, le hizo contar hasta cuarenta y cuatro, y gravemente dijo:

—Tiene usted un foco de congestión en el pulmón derecho.

Y añadió:

—¡Es grave!

Prune se alarmó.

—El caso es—dijo—que, doliéndome mucho cuando estoy echado, se me pasa en cuanto me siento.

—Pues no se siente usted. ¡Nada de imprudencias!—ordenó el médico.

Y dirigiéndose a la señora de Prune con una mirada que quería significar que había que prepararse a todo, incluso a un fatal desenlace, prosiguió:

—No hay tiempo que perder. La congestión pudiera extenderse, y esto sería fatal. Por fortuna, estoy yo aquí.

Prune sintió primero en el costado los efectos de las ventosas; siguió la tintura de yodo y, como los dolores no cesaran, el médico ordenó fuertes cataplasmas de mostaza.

Prune aullaba de dolor, y el médico acudió a los recursos enérgicos.

—¡Botones de fuego! ¡No hay otra solución!

Al oír esto, Prune quedó inmóvil un minuto. De pronto, se sentó en la cama y comenzó a revolverse, presa de un agitación indescriptible. En uno de sus movimientos, su mano tropezó con un objeto duro colocado entre la sábana y el colchón, un objeto sobre el cual estaba acostado, precisamente en el lugar donde sufría los agudos dolores que tanto le martirizaban.

—¡Mi pipa!—gritó.—¡He dormido encima de mi pipa!

Y volviéndose hacia el médico:

—¡Así me aliviaba yo cuando me sentaba en la cama!

Pero el doctor había desaparecido.

JULES RIVET.

El hombre es un espacio hueco

¿Qué es el hombre?

Según Linneo, el hombre constituye el primer género del orden de los primates; según Cuvier, forma por sí solo el orden de los bimanos. Según otros naturalistas, el hombre debía formar un cuarto reino de la naturaleza, y por lo tanto, habría cuatro reinos: el mineral, vegetal, animal y humano. Blumenbach estableció que el hombre tiene dos manos y dos pies, y debía formar un orden: el de los bimanos, y Platón dijo que el hombre es un bípedo implume, y Darwin dice que nace de un huevo, como el perro, la merluza o el caracol; que sus órganos son como los del gato o el perro, y que es un perfecto animal.

Pero, sea primate, bimano o bípedo; nazca del huevo y sea animal o humano, eso es asunto del que aquí no hemos de ocuparnos en estas líneas; sólo, sí, del hombre como materia.

El doctor Russell G. Harris, de la Universidad de Harward, dice que el hombre es un espacio hueco, un cuerpo casi vacío, una nada, digámoslo así, una pequeñez en lo que a materia se refiere.

Conociendo el número aproximado de moléculas de cada una de las partes del cuerpo, el peso de cada molécula, el hecho de que el cuerpo está compuesto en su mayoría de carbono, hidrógeno y oxígeno, y de que la densidad media del cuerpo humano viene a ser la misma que la del agua, podemos demostrar que sólo una pequeña parte del volumen del cuerpo humano está ocupada por moléculas, y el resto de él es sólo un espacio hueco, una [illegible] vacía.

Los átomos están íntimamente unidos en la molécula, y no hay que tenerlos en consideración; pero cada átomo se compone de un núcleo y de uno a un ciento de electrones, todos de 1|100.000 en diámetro del átomo.

Si consideramos un átomo con un término medio de veinte electrones y un núcleo, tendremos que una [illegible] el 50.000.000.000.000 del volumen del [illegible] mo está ocupada.

El cuerpo humano, por consiguiente, se compone de una parte de [illegible] en 5.000.000.000.000.000.

Si las fuerzas ejercidas por los electrones y los núcleos fallaran repentinamente, un hombre de 180 centímetros de alto y de un grueso proporcionado quedaría convertido en un diminuto montoncito de electrones de menos de una milésima de pulgada de alto.

Como se ve, no somos nada.

LA PECADORA

Se sentía tan débil, que el movimiento de los vehículos y la gente la mareaba...

Y Mirtha quería llegar cuanto antes; quería huir de ese bullicio que la aturdía para dar expansión a su angustia en la intimidad de su cuartito. ¡Tantos pesares la embargaban!

Alguno que otro transeúnte, impresionado momentáneamente por su belleza juvenil, dirigíale un piropo; otros pasaban indiferentes... Nadie sospechaba el drama oculto en esa almita que había conservado su pureza cuando la carne sintió abatida su virginidad.

La historia era vulgar: la historia de tantas jóvenes con quienes la fortuna ha sido ingrata y que, bajo el dominio del amor, caen en las garras del "niño bien", quien no tiene inconveniente en jurar que su cariño abatirá todos los prejuicios y diferencias sociales...

Pero nadie, excepto una amiga, sabía su secreto; pues al poco tiempo tuvo Mirtha la suerte—aunque ella lo creyera una desgracia—de que muriera el seductor. Suerte fué, en verdad, pues evitó a su alma una cruel decepción que quizá la hubiera impulsado hacia otros rumbos...

Así es que cuando esta sintió que en sus entrañas alentaba un nuevo ser, pensó en ocultar de cualquier manera su deshonra.

Fueron sus aliados, al principio, la holgura de los vestidos y su reputación de mujer honesta que nadie se atrevía a poner en duda.

En su desesperación pensó en intentar un recurso criminal que impidiera prosperar al fruto de su amor; mas, sintió pena por la vida que engendrara y miedo de morir y que su secreto fuera descubierto.

Entonces mancharía el impoluto nombre de su madre vieja y enferma y de aquella hermana tan querida que, mártir de la aguja, hacía que vivieran su esposo inválido y un hijito de pocos meses...

Y la amiga sincera, la amiga buena que sentía en su corazón el disgusto de Mirtha, propúsole fuera a su casa con el pretexto de pasar unos días en su compañía, cuando notara que su deshonor podía ser revelado...

Ella misma intercedió ante la madre de Mirtha:

—La chica necesita aire, distracciones; se muere en este ambiente de miseria y tristeza.

Y la viejecita, que creía adivinar en la palidez y disgusto de su hija la nostalgia del novio muerto, accedió al pedido de Celia.

En casa de ésta, Mirtha fué madre. A los seis días Celia condujo al asilo al hijito de su amiga. ¡No tiene otro destino la mayor parte de los frutos del amor ilegítimo!

Y Mirtha derramó más lágrimas por esta separación que todas las que había vertido en sus acontecimientos más angustiosos...

Apenas lo había oprimido entre sus brazos, apenas lo había besado, pero hubiera dado su vida por esa otra que recién comenzaba... ¿Acaso las madres no aman como tales desde el instante en que sienten en su sangre el brote de un nuevo corazón?

Además, amaba en el hijo a aquel de quien tenía un dulce recuerdo y al que se sentía ligada por un fuerte lazo de amor a través del muro de la muerte.

Ya habían pasado varios días; Mirtha anhelaba volver a su casa.

A pesar de que no sospechaba de su amiga, a pesar de las seguridades que del secreto tenía, no se sentía tranquila. Y a esta inquietud angustiosa se unía la desolación de su alma, de su almita de veinte años, que había visto constantemente la faz horrible de la adversidad y a quien la vida le negaba hasta la dulzura de una caricia filial...

A medida que se acercaba a su hogar era mayor su angustia; creía llevar en la frente el signo de su deshonra, temía que la voz le temblara, que su desesperación fuera capaz de pregonar su secreto en una inusitada expansión de lágrimas!

Llegó. Habló a su viejecita llorando silenciosamente. Ella no notó la presencia de Mirtha y ésta sintió desgarrársele el corazón. ¿Lo sabría todo?

Por la ventana abierta Mirtha vió pasar apresuradamente a su hermana y adivinó su rostro surcado por las lágrimas.

No cabía duda; su secreto había sido conocido; su temor, su angustia, no le hicieron suponer otra cosa.

Y, sintiendo el peso de la culpa en su corazón, rompió a llorar desesperadamente...

El motivo de la pena que anidara en casa de Mirtha no era el conocimiento de su deshonor, no; este era casi imposible de descubrir merced a las precauciones adoptadas. La causa era la enfermedad del sobrinito de mi protagonista.

La madre había sentido secar las dos ánforas palpitantes del elixir de vida, las dos ánforas que la naturaleza debiera hacer inagotables, y había tenido que recurrir a otros medios para alimentar a su hijito. El cambio había sido brusco y el niño se moría..., se moría...

—El único remedio, el único—había dicho el galeno,—podría ser la lactancia natural.

Y la madre sufría terriblemente el martirio de su maternidad incompleta, de que eran cómplices: la miseria, que hacía imposible el pagar a una nodriza, y la fatalidad de no conocer a nadie que pudiera remediar desinteresadamente esa falta.

Y el chiquillo se consumía presa de la fiebre y del hambre. ¡Los niños no debieran conocer al dolor!...

Mirtha sufría; adoraba al pequeño. Además, con una obstinación cruel, presentábase a su mente el cuadro desolado de una cunita de hospicio...

Y un sentimiento generoso la invadió. ¡Descubriría ella misma su secreto y sería injuriada, despreciada, maldita; pero salvaría al pequeño!...

Y silenciosa y abnegada, desabrochó nerviosamente su corpiño, dejando asomar un seno henchido, repleto, que ofreció a los labios febriles en una dulce promesa de vida...

Alicia PORRO FREIRE.

Líbrese de torturas

No espere hasta que sea demasiado tarde. Si se descuidan las hemorroides acarrean fístulas que exigen operaciones quirúrgicas.

Empiece hoy mismo con

Noridal

HEMORROICIDA

La pesca con arpón

La interesante caza del pez espada

Uno de los momentos de mayor interés y de no escaso riesgo para los pescadores es aquel en que se arroja el arpón al pez espada, cuya pesca se efectúa en las costas de Calabria y de Sicilia, y sobre todo en el Estrecho de Mesina, donde abundan esos escómbridos, que representan un botín muy codiciado por los pescadores, ya que casi todos los ejemplares de esa especie tienen una longitud de cinco metros y pesan unas doce arrobas. Debe su nombre ese pez a la prolongación en forma de espada en que se termina su mandíbula superior, que es ósea. Con ella ataca al atún, al que por cierto se asemeja mucho, y hasta a los cetáceos de mayor tamaño, que reciben profundas y casi siempre mortales heridas. También se ha dado el caso de que el pez-espada ataque a algunos nadadores, que, como es natural, han perecido.

Generalmente, ese pez se mantiene casi a flor de agua, que es donde con más facilidad encuentra pasto, y, por lo tanto, su presencia es pronto advertida por los pescadores.

Van éstos en una barca grande, en el centro de la cual se sostiene un mástil que se eleva a la altura de unos veinte metros, y a la extremidad de ese palo se encarama un hombre para descubrir en un gran radio el pez-espada. Tan pronto como lo divisa, determina el vigía la distancia a que se halla la presa y la dirección en que avanza, e inmediatamente se destaca de la barca un pequeño bote, a bordo del cual van seis tripulantes. Cuatro de ellos reman, otro lleva el timón, y el sexto se coloca a proa con el arpón preparado.

El pez, que confía no sólo en su fuerza, sino en la gran velocidad con que puede sumergirse, deja tranquilamente que se aproxime la embarcación, y cuando ésta llega a unos diez metros de la presa, todo depende de la habilidad del arponero, cuya misión es bastante difícil, porque ha de arrojar el arma desde esa distancia con la fuerza suficiente y con la necesaria puntería para que le penetre al pez por sitio próximo a la cabeza y profundice lo bastante para que el escómbrido no tarde en morir, porque si no pierde fuerzas rápidamente, los tirones que da de la cuerda unida al arpón pueden hacer zozobrar el bote, cuyos remeros han de tener la precaución de darle un fuerte impulso avante en el momento de ser herido el pez-espada, para evitar que con su primera sacudida ocasione aquel accidente.

Mientras tanto, el arponero va soltando cuerda, hasta que por la disminución de la tirantez comprende que el pez, casi desangrado, ofrece ya escasa resistencia, y hay que empezar a izarlo entonces. Una vez en la superficie, hay que emprender la faena de meter a bordo aquella pesada masa y sujetarla bien con cuerdas a los bancos, porque en las postreras sacudidas aún puede el pez-espada, ahora con su peso, poner el bote quilla al sol.

Rápidamente se lleva la pesca a la barca, porque lo general es que haya más de un pez-espada, y los pescadores han de apresurarse a dar caza al otro.

LA MEDICINA RADIOTELEFONICA

La radiofonía hállase siempre dispuesta a prestar alguna nueva contribución para el adelanto de todas las ciencias. La medicina le ha pedido el transmitir al través del espacio los latidos normales y patológicos del corazón, de la respiración y en general de todos los sonidos que suministran a la auscultación tan preciosos elementos de diagnóstico.

Ante una enorme concurrencia, el doctor Lutembacher, médico especialista francés, hizo oír a su auditorio ruidos cardíacos anormales, soplos aórticos, e hízoles percibir las irregularidades de los latidos del corazón. Para conseguir este resultado, los operadores colocaron sobre la región cardíaca de diversos enfermos reunidos en una sala, un micrófono especial unido al aparato radioeléctrico ordinario por un amplificador.

El experimento fué coronado por el mayor éxito, y más de dos mil médicos, poseedores de aparatos radiotelefónicos, escribieron a los organizadores para agradecerles y comunicarles el resultado de la audición.

No es posible creer todavía que podrá diagnosticarse útilmente por el solo hecho de la tele-auscultación, pero, desde luego, ese nuevo método podrá permitir a los facultativos dar a distancia a los enfermos que conozcan, indicaciones interesantes que facilitarán el tratamiento. Pero es sobre todo para la difusión de la ciencia médica que la tele-auscultación está llamada a prestar inmensos servicios.

Un pueblo de puras costumbres

La civilización ha emponzoñado y degradado la moral en los pueblos, que han ido perdiendo paulatinamente sus virtudes principales. Pero a esta invasión se resiste en algunas partes. En Letonia, por ejemplo.

Constantemente defendida por sus nieves contra las invasiones extranjeras, y cerrada, por tanto, a los influjos civilizadores, Laponia es uno de los países europeos cuyos habitantes han conservado en casi toda su pureza las costumbres primitivas. Aun hoy, en la Laponia sueca, donde los ricos yacimientos de hierro han atraído la civilización moderna, continúan los sajones viviendo bajo sus tiendas y utilizando como vehículo el trineo, arrastrado por renos. Siguen también usando las vestiduras de vivos colores—en armonía con el cielo azul festoneado de rojo y amarillo, que tanto aman—y el alto y puntiagudo gorro que termina en una borla de brillante tono bermejo.

Una de sus más curiosas costumbres consiste en la manera de conservar sus provisiones de invierno fuera del alcance de las alimañas, para lo cual construyen unas casetas con troncos mal encajados entre sí, para que en el interior circule el aire, y las colocan luego sobre elevados borriquetes. Para encaramarse a la caseta, su propietario adosa a ella una escalera primitiva, hecha con un grueso tronco, en el que practica el suficiente número de muescas, de modo que los trozos salientes sirvan de peldaños. Una pieza de madera toscamente pulimentada sirve de cerrojo.

Y cuando el lapón ha depositado sus víveres en esa original despensa, puede irse a dormir tranquilo a su choza, en la seguridad de que los osos no podrán trepar por la angosta y pina escalera para apoderarse de las vituallas.

Y en cuanto a los ladrones, su presencia no es de temer en tan inhóspito suelo.

Las mujeres empleados

No es, ciertamente, reducido el número de personas cuyo juicio coincide en señalar el desconcepto que rodea a la mujer, cuando por circunstancias diversas la vida la coloca en el trance de tener que acudir a una tienda de modas, a un establecimiento bancario, o a las oficinas de una empresa particular, a ganarse con su trabajo el pan que come. Cuanto hay de ennoblecedor en ese trance amargo y áspero, que muchas sobrellevan con silencioso heroísmo, escapa luego a la grosera apreciación de quienes se obstinan en sostener que "sólo para la casa ha nacido la mujer", significando con ello la influencia perniciosa que proviene de cualquier otro género de actividades que no sean las excluyentes ocupaciones domésticas. ¿Es que ignoran o fingen ignorar que son centenares las esforzadas criaturas para quienes concluída la diaria jornada, en la casa de comercio o en la oficina donde una tarea mecánica les absorbe las mejores horas del día, empiezan con el regreso al hogar las faenas domésticas, desempeñadas con el apremio del horario y muchas veces cuando la fatiga las rinde? Hay en esta conducta una belleza superior a los convencionalismos deleznables del ambiente, esos convencionalismos cuyo sostenimiento tantas veces exigió el subido tributo de la propia dignidad, sacrificada en aras del rango vacilante o de un positivo beneficio económico. Esas nobles chicas que trabajan han redimido el propio hogar de aquellas monstruosas afrentas, y si alguna vez les roza la epidermis, el menosprecio injusto de las gentes, de la enorme satisfacción moral que experimentan sabiéndose útiles a los suyos, han de sacar estímulos para seguir luchando con decoro, con buen ánimo, con alegría...

Una nueva red londinense de comunicaciones subterráneas

Para facilitar las comunicaciones intersuburbiales de mercancías en Londres se ha decidido establecer una amplia red de ferrocarriles subterráneos.

Enormes, como es fácil comprender, serán los gastos de construcción de este nuevo sistema de comunicaciones a través del subsuelo de Londres. El presupuesto, ya aprobado, asciende a 32 millones de libras esterlinas, y en las obras podrá darse trabajo a más de 50.000 hombres. Los intereses de esa suma importarán más de un millón anualmente. A pesar de estas alarmantes cifras, los beneficios de la obra ya se juzgan indudables.

Se estima, por ejemplo, que una economía de sólo diez minutos en el envío de cada carga de mercancías desde Euston al barrio más lejano, Waterloo, supone un ahorro anual de 100.000 libras. Además del ahorro, hay que tener en cuenta la descongestión de las calles de Londres de tantos y tantos vehículos de transportes.

Si todos los empleados de Londres pudieran ahorrar diariamente cinco minutos en el trayecto de sus hogares a sus oficinas y viceversa, al cabo del año esa economía de tiempo empleada en trabajo supondría un tráfico por valor de unos cuatro millones de libras.

Para facilitar los transportes de mercaderías, las compañías interesadas no encuentran más solución que la de aumentar cuanto es posible las velocidades de los trenes. Por ejemplo, en Earl's Court las dos líneas se unificaban por una corta distancia, hasta bifurcarse nuevamente. Esto ocasionaba un pequeño retraso en los trenes. Como el ancho del terraplén no permitía la construcción de otra línea, la Compañía instaló un nuevo sistema de aparatos de señales, logrando un ahorro de tiempo de seis segundos cada tren.

Hasta ahora, el gran economizador de tiempo para la ingeniería ferroviaria es el túnel. Ya los suizos tienen abiertos cuatro túneles a través de los Alpes. En la actualidad están abriendo el quinto: el de Loetschberg.

El nuevo túnel acortará el viaje de Londres a Milán en unas cuatro horas, lo que bien vale los dos millones de libras que importarán las obras.

COMPAÑIA ITALO - ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

651 - CORRIENTES - 659

Para vuestra cocina, preferid siempre un aparato eléctrico, más práctico, más higiénico y más económico que los anticuados sistemas a leña, carbón o gas.

La Compañía tiene abierto durante las horas de oficina un Salón especial con un surtido completo de aparatos eléctricos de uso doméstico, sobre cuya utilización proporciona al público los informes más completos.

TELEFONOS:

U. T. 5940 al 45, 2765, 4225, 4790 al 94 y 5780, Avenida.
C. T. 1254 y 1387, Central.

Los héroes de la fantasía: Lohengrin

Uno de los muchos encantos de las antiguas leyendas caballerescas es el misterio. Siempre hay en ellas personajes o animales misteriosos: unas veces es un paladín desconocido cuyas proezas asombran; otras una dama de singular belleza cuyo origen se ignora; otras, en fin, un caballo o un monstruo de maravillosas propiedades. Este misterio, para la Europa central de la Edad Media, estaba personificado por el Caballero del Cisne.

Lohengrin es el héroe venido no se sabe de dónde, el paladín que realiza hazañas estupendas y nunca vistas, y que luego desaparece tan misteriosamente como vino, sin que nadie sepa adónde se fué. Su historia es tan breve como bella.

Un duque de Brabante ha muerto dejando por heredera única a su hija Elsa. Uno de los vasallos del ducado, Fritz de Telramund, que ama más las riquezas de Elsa que a la doncella misma, solicita su mano. Elsa, mal de su grado, ha de casarse, y para decidir su suerte se apela a un juicio de Dios, a un combate judiciario que presidirá el emperador Enrique.

Pero Fritz tiene fama de valiente, y Elsa no encuentra campeón que la salve de los brazos del ambicioso. La hora señalada como plazo de la lucha va a sonar, cuando llega Lohengrin, con su armadura de plata, tripulando mágica barquilla que un cisne remolca blandamente. El guerrero desconocido solicita el derecho de ser admitido al torneo, vence a Fritz de Telramund y accede a ser esposo de Elsa. Sin embargo, la mano de la hermosa heredera del duque de Brabante no es para él recompensa suficiente, y al tener que ser dueño de ella impone una condición; su esposa no le preguntará jamás quién es, no intentará descifrar el misterio que le rodea.

Y aquí la leyenda del Caballero del Cisne pasa a ser una de las más viejas leyendas que en el mundo han sido: la leyenda de la curiosidad femenina, que los hombres no nos cansamos de repetir desde Pandora hasta la fecha, y que en realidad es la historia de la curiosidad del mundo entero, sin distinción de sexos. Elsa no puede soportar la condición impuesta por su esposo. Este es para ella una incógnita que es preciso despejar. La bella indiscreta falta un día a lo estipulado, y Lohengrin vuelve a su barquilla y desaparece con su cisne para siempre, mientras Elsa, enamorada y arrepentida, muere de dolor.

....

¿Adónde va el Caballero del Cisne? ¿Cómo termina su vida errante? En realidad, no nos importa. La leyenda ha terminado, y la triste suerte de Elsa debiera enseñarnos a no ser curiosos. Mas los hombres no lo somos menos que las mujeres, y los autores medioevales han satisfecho su propia curiosidad y la de sus contemporáneos inventando nuevas aventuras de Lohengrin en largo viaje por todos los países del mundo y llevándole a morir en la Lyzaboria, hoy el Luxemburgo, del que una parte ha tomado del héroe el nombre de Lohorringia, es decir, Lorena.

Convengamos, lector, en que así, contada, la historia de Lohengrin pierde la mitad de su misterio, y que suprimido éste, desaparece todo su encanto.

El Caballero del Cisne, incógnito, desconocido, viniendo de la sombra, y desvaneciéndose en ella de nuevo, atrae y subyuga. Es héroe digno de la belleza de Elsa y de la admiración universal. Convertido en simple caballero andante, de origen desconocido pero de conducta vulgar y hasta descortés, que después de enamorar a una hermosa toma pretexto de un pecadillo para huir de ella e ir a morir en el Valle del Rhin como otro mortal cualquiera, no pasa de ser un bribón de siete suelas; un vivo, que decimos en estos tiempos prosaicos. Quedémonos, pues, con el Lohengrin de la antigua leyenda y de la ópera wagneriana que ha popularizado su figura.

¿Los caracoles, el plato más exquisito de la antigüedad?

¿Acaso tú, damita [illegible], algún día, al pasar por delante de una taberna y leer en la puerta: "Hay callos y caracoles", has pensado que éste fuera un manjar selecto y aristocrático? Seguramente, no.

Lo habrás leído y habrás sonreído despectivamente de ese manjar tabernario, y de los pobres y lentos animalitos, que alguna vez tienen una mordiente significación.

Y, sin embargo, el plato fuerte de las humildes tabernas hoy, fué codiciado manjar en otros tiempos. Cuando España era una colonia romana, y cuando no había "shimmy" ni "jazz-band"... Y conste que no lo digo yo.

Según Plinio, los romanos consideraban los caracoles como un plato selecto. Todos los días, al principio del invierno, salían naves a aprovisionarse de ellos a Sicilia, España y África.

Más tarde, unos gastrónomos concibieron y realizaron la idea de encerrar los caracoles para engordarlos en unos parques llamados "coklearia".

Dioscórido, Plinio y Celsio hacen un gran elogio de las propiedades alimenticias de los caracoles.

Y si los antiguos engordaban los caracoles con un cuidado particular, los guisaban con no menos [illegible]. Apicius, en su "Tratado de Arte Culinario", indica cómo los guisaban los más expertos. Se [illegible] en leche, se enharinaban y se freían con azafrán.

El caracol era para los druidas lo que el escarabajo sagrado para los sacerdotes egipcios: un símbolo de la inmortalidad.

El movimiento de los pueblos

Las grandes corrientes que, sin cesar, llevan a los hombres hacia países lejanos en busca de trabajo y acuciados por el deseo de mejorar sus condiciones económicas, es uno de los caracteres distintivos de la civilización moderna. En los períodos de trastornos económicos, cuando los factores que integran la producción no siguen normalmente su marcha, estos movimientos aumentan su intensidad.

Durante el siglo XIX hasta los comienzos de la guerra mundial, Europa no cesó de enviar a América, y especialmente a los Estados Unidos, una parte, que aumentaba anualmente, de su población. Desde 1914, la corriente emigratoria se paró de repente y cambió de dirección. Fueron los estados combatientes de Europa, principalmente Francia e Inglaterra, las que atrajeron la atención de la mano de obra extranjera, y entonces, de todas las partes del mundo, afluyeron a estos países navíos cargados de trabajadores.

A partir de 1920, la corriente emigratoria transoceánica volvió a sus cauces primitivos. Los estragos de la guerra europea, el cambio que en la economía mundial operó y los trastornos que llevó a cabo en todos los órdenes, hizo que la necesidad de emigrar fuese más imperiosa que nunca. Pero algunos países, aptos para que en ellos se pudiesen establecer los emigrantes, como son los Estados Unidos, han restringido la entrada en sus puertos de éstos, estableciendo al efecto leyes reguladoras.

La emigración, mal endémico en multitud de países, ha atraído la atención de cuantos se ocupan de cuestiones que afectan a lo íntimo de la economía nacional, y ya los resultados de las fluctuaciones emigratorias, las dificultades que los emigrantes encuentran, la necesidad de preveer la vuelta al país natal, empieza a estudiarse con el detenimiento y el cariño que este problema merece.

Ya en 1919, la Oficina Internacional del Trabajo empezó a estudiar esta cuestión con objeto de encontrar una solución a este problema, equilibrando la oferta y la demanda y dirigiendo a los emigrantes hacia los países en donde hay seguridad de que han de encontrar trabajo. Ya ha publicado los resultados de una información detenida, en la cual se confrontan los datos oficiales facilitados por sesenta Estados, a los cuales nos hemos de referir en este trabajo.

La emigración transoceánica ha disminuído en un 50 por ciento durante el período de 1920-1923, en relación con el período 1910-1913, con la excepción de tres países: Alemania, Holanda y Suiza, cuyo porcentaje de emigración es mayor de 1920 a 1923 que de 1910 a 1913.

En los Estados Unidos, la emigración europea se ha restringido en este período 1920-1923, pues la *Percentum Limit Act* de julio de 1921 no admitía, para cada nación, sino el 3 por ciento de la cifra total de emigrantes que de ella se hubiesen establecido en los Estados Unidos antes de 1910. A partir de 1924, estas medidas restrictivas han llegado a ser tan severas, que dejan reducido el número de emigrantes al 2 por ciento de las instaladas en 1890.

No obstante estas medidas, los Estados Unidos tienen, lo mismo en las poblaciones que en los campos, grandes espacios vacíos en donde pudiera el trabajador extranjero desenvolver sus iniciativas. Mas el temor a que la mano de obra extranjera aumentase su tasa, con perjuicio de la indígena, hacen que sobre ésta venga la tutela de la ley, poniendo trabas a la emigración.

A pesar de esto, son tales los rendimientos que en este país se alcanzan, tan abundante el trabajo y tan altos los jornales, que se ha organizado una poderosa emigración clandestina, que, conducida por expertos agentes, va dejando por todas partes obreros que son hábiles para quedar allí de hecho.

La mayor corriente de emigración europea se extiende hacia la Argentina, el Canadá, Nueva Zelandia, Brasil y Australia, en proporción variable. Durante los tres años 1921, 1922 y 1923, el movimiento emigratorio ha disminuído en la Europa Oriental y Meridional, y ha aumentado en la Europa Septentrional y Occidental.

Alemania, Dinamarca, Noruega, Finlandia y Suecia han aumentado intensamente su emigración de 1920 a 1923. La curva de Alemania es sorprendente; durante la caída del marco aumenta; pero a partir de 1923, la estadística de la emigración da un salto formidable y desconcertante. Durante este mismo año, Dinamarca, Noruega y Suecia acusan una recrudescencia violenta de emigración, fruto de la profunda turbación económica producida en estos países por la crisis de los cambios.

En Francia la emigración no alcanza un número importante de emigrantes, hasta tal punto, que no existen estadísticas de emigración, y sólo se sabe, de un modo indirecto, que unos 12.000 franceses, por término medio, abandonan anualmente el país natal. Italia tampoco tiene en esta información un lugar importante por el número de sus emigrantes durante el trienio indicado.

En cuanto a España, también ha disminuído su aportación a la emigración, y durante el período 1920-1923 ha visto bajar su cifra.

Como dato digno de tenerse en cuenta, se consigna en dicha información que, al mismo tiempo que disminuye la emigración europea, disminuye la repatriación de los emigrantes. Los emigrados a ultramar se inclinan a quedar, en lo sucesivo, en su nueva patria, rehuyendo regresar al país de origen, sin duda por los trastornos que en ellos encontrarían al variar por completo las condiciones económicas a que están ya habituados. El movimiento de repatriación ha disminuído en un 50 por 100.

Paralela a la disminución de la corriente emigratoria transoceánica, corre una emigración continental en el seno de la Europa misma. Italia, Polonia, Rumania, Checoeslovaquia, han lanzado una muchedumbre de trabajadores sobre Francia y sobre Alemania.

Alemania, que contaba antes de la gran guerra con más de 700.000 obreros emigrantes, en vista de la afluencia a ella de nuevos emigrantes ha tenido que limitar el número, y aun así cuenta actualmente con más de 100.000, cifra respetable, sobre todo si se tiene en cuenta la disminución de su territorio.

Francia, a pesar de las medidas restrictivas tomadas en 1921 para proteger la mano de obra nacional, ha visto aumentado el número de emigrantes, de tal modo, que las estadísticas oficiales registran unos 262.877 emigrantes anuales, y aun parece más elevada la cifra exacta, pues algunos la hacen subir a 500.000.

La Oficina Internacional del Trabajo estudia también las cualidades de los emigrantes después de la guerra europea. Anteriormente, se veía emigrar a hombres solos en su mayoría; hoy es costumbre que emigren familias enteras, y de aquí el aumento que de niños y mujeres presentan las estadísticas. Antes, la mayor parte de emigrantes eran jornaleros y agricultores, que iban a colonizar las tierras vírgenes; hoy disminuyen aquéllos y aumentan los industriales y los de otras profesiones. Ya no va solo a la emigración el analfabeto, incapaz de adaptarse a la civilización, el cual formaba antes el núcleo principal de la emigración; hoy va el hombre culto, capacitado y, en ciertas cosas, por desgracia, la parte más apta de los trabajadores.

Entre estos trabajadores capacitados se observa un fenómeno curioso, y es que, a veces, pierden su especialización al llegar al punto de destino. Sin duda, al encontrar dificultades, la necesidad de vivir y de sostener a su familia les fuerza a aceptar lo primero que se les presenta. De tal modo es esto cierto, que al salir de Europa los emigrantes, el tipo de profesiones desconocidas es el 29 por 100, y al regresar llega al 46 por 100.

Así, a pesar de las restricciones, las dificultades de todo orden que encuentran los emigrantes, los documentos, la necesidad de visarlos y de poseer una cantidad determinada para el viaje, los exámenes médicos a que son sometidos, el tener que poseer cierta cultura, las penalidades del viaje y los riesgos que pueden encontrar al no permitírseles desembarcar, o no encontrar trabajo, la emigración sigue su marcha, y no obstante ligeros descensos en la cifra total, continúa siendo un problema de urgente solución para todos aquellos países que se preocupan de su economía y que tienen presente la misión de tutela que sobre los ciudadanos tiene que cumplir el Estado.

Tiempo llegará en que cada país se estudie a fondo esta cuestión, y entonces se dispondrá el medio de poblar los terrenos incultos y de utilizar las energías naturales, conciliando, al hacerlo, los intereses de los naturales del país con los indígenas, el radio de acción a que cada uno debe consagrar su actividad y la necesidad de que, internacionalmente, se proteja a los hombres sin trabajo.

El fresno del maná

Este árbol, que los botánicos designan con el nombre de *Fraxinus ornus*, vive espontáneamente en Italia, en el Sur de Alemania y en Oriente. Soporta bien los inviernos de la Europa media. El maná se obtiene practicando incisiones en la parte baja del tronco y sobre el tercio de su circunferencia, sin interesar el leño. Estas incisiones determinan la salida de un jugo, que se concreta al contacto del aire, y que no es otra cosa que el maná. La explotación comienza cuando el árbol tiene ocho o nueve años. La entalladura o incisión se hace en sentido transversal, con una herramienta de hoja curva, y se refresca cada día desde julio a septiembre. Sale por ella un jugo espeso, gris al principio, y que se decolora poco a poco a medida que se seca. La cantidad de jugo aumenta con la temperatura. Se concreta del todo esta substancia sobre pajas o astillas pequeñas, que se colocan debajo de las incisiones. A falta de estos cuerpos, el maná se concreta sobre la misma corteza del árbol. El jugo más puro se obtiene desde julio a agosto, y constituye el *maná en lágrima;* su color es de un blanco puro. El que se obtiene después se deseca más lentamente, adquiere más color, es menos puro y de inferior calidad, por lo tanto.

PAPEL Y TINTA

Cantos Agrestes y Los Casos del Zorro, por Juan Carlos Dávalos.

El Ateneo acaba de reeditar los versos que, bajo el nombre de "Cantos Agrestes", publicó hace unos años el poeta salteño Juan Carlos Dávalos. Se justifica tal éxito inopinado en un país en el que los versos casi no se leen. Los versos de Dávalos, escritor original, aunque no dialectal, acusan una personalidad fuerte, definida; y traen, aparejados a su arte, lo pintoresco de sus temas salteños, para nosotros los hombres de la urbe, más exóticos que si fuesen temas parisienses y aun rusos. El hecho parece paradojal, pero se debe a Dávalos y a otros escritores regionalistas—¿cómo olvidar a Payró, Leguizamón y Fray Mocho que abrieron la ruta?, —el que los argentinos de las ciudades saboreen las bellezas "agrestes".

De los cantos de Dávalos, nos atraen, particularmente, aquellos en los que el paisaje, los hombres o las leyendas serranas dejan su color. No quiere esto significar que el poeta salteño no acierte en los temas amorosos o puramente líricos, sino que en estos legendarios o terruñeros, por su exotismo pintoresco y por traducir el alma de una región y hasta de una raza, su acento cobra entonación épica, diría, si a lo épico no se le colgase la idea del grito y el tumulto guerrero. Y Dávalos habla quedamente, su voz es la de un poeta lírico que rima el alma del paisaje y los hombres que le rodean, pero que no grita: ¡Virtud suma!

—

Los Casos del Zorro es un libro en prosa, editado por primera vez. Se trata de una serie de narraciones folclóricas en las que el astuto animal sale mal parado, por lo común. Libro gracioso y cuyo estilo lo hace accesible a los niños, es recomendable para lectura en los colegios, porque aun cuando el autor no lo diga, encierra cada una de sus narraciones un noble propósito ético.

Dávalos dice haber recogido sus "casos" en la montaña. Así debe ser, porque algunos de ellos, con modificaciones, lo conocíamos originario de otra provincia.

Libro ingenioso, **Los Casos del Zorro** es una prueba más de la acendrada riqueza del folclore argentino que por tantos años permaneció olvidado y casi despreciado por nuestros artistas que intentaban hallar originalidad imitando — torpemente, por lo común — desde Hugo hasta Verlaine y desde Samain hasta Paul Morand. Sólo fueron eco y reflejo, apagados y pálidos. ¡Bien llegada, entonces, esta generación de escritores regionalistas de hoy! Ellos han aprendido en Payró, Leguizamón, Fray Mocho, Rojas a buscar vena rica y de puro oro en la vida casi virgen que los rodeaba.

Juan Carlos Dávalos con **Los Casos del Zorro**, brinda un valioso aporte a la tarea común de descubrirnos el alma.

Ernesto MORALES.

Emociones de inquietud, por Alsich Liubaro.

Muchos creen que buscando dos consonantes o asonantes, ya está construída una composición, sin importarles por esto del caudal de emotividad que ha de llevar aquella, ni menos de la armonía ni de ese tesoro de la metáfora que robustece el verso, y no sólo se complacen en dar a la publicidad el verso, sino que los reúnen en un tomo y nos los ofrecen, desde luego, como quien brinda un ramo de flores.

Así acontece con la factura de este libro sin emoción, sin sonoridad, sin nada que acredite una promesa poética. Nosotros somos enemigos de ser demasiado sinceros con los poetas que recién se inician, pero, cuando no encontramos nada que nos satisfaga o nos augure una cualidad por llegar, creemos que acallarnos, aplaudir o señalar méritos que no existen, es una felonía, por eso somos duros ante esta obra del señor Liubaro.

Canciones de Peregrino, por Antonio de la Torre.

Esta obra escrita por un joven soñador tiene emoción y sinceridad, y estas cualidades acusan una gran promesa.

Quizá algunas pequeñas imperfecciones aminoren el sentido estético del libro, pero creemos que el señor de la Torre, que se nos revela un poeta fecundo, nos dará en otro tomo versos más perfectos y emotivos como estos.

El citarista es joven, y la juventud siempre está expuesta a los errores. El tiempo le dará mejor la visión, ya que su paleta es rica en color y su caudal emotivo es grande. El tiempo nos reserva en este poeta, si estudia y continúa sin demuedo su senda, un cultivador consciente y acertado de la bella rima.

F. B. V.

Las fuerzas humanas, por Pedro Sondereguer. (Editorial Tor., Buenos Aires).

Al hablar del libro de Pedro Sondereguer lo hacemos poseídos de la vasta impresión que de todas sus páginas fluyen sobre el alma de quien, antes de haberlas leído, ha experimentado esa espantable sensación que se llama el espectáculo de la verdad de la Vida.

"Eso", sombrío, trágicamente bello, sorpresivo y doliente, es el alma del libro de Sondereguer. No ha hecho él, en verdad, una novela: su libro es un "caso" expositivo del alma animal, complicada y lícita, de los hombres de todos los tiempos... Es más que eso: es el diagnóstico, franco y profundo, de una de las fases que forman el fondo del enorme principio de las cosas humanas: el "instinto"!

Sondereguer no inventa nada: delata, simplemente. Desde el tenebroso fondo de los ritmos eternos de Nuestra Señora la Carne, sube hasta Dios. En esta novela delata precisamente lo que todos sabemos: el canto de la materia en sinfonías eternas y asombrosas. Y esta delación metida en un atado de páginas impresas, tiene el bizarro mérito de no emboscarse en las cobardías de las metáforas y las hipérboles.

Almas tímidas oirán que el libro del hijo de Colombia, la lírica y bella, es impuro. Esa será la protesta de los ruines.

Pero las almas fuertes, bravamente francas, las que no calumnian la Vida, las que no asesinan la voz, casi infantil de los sentidos, las que no deforman el instinto, las que no atentan las gloriosas santidades de la materia, las que — en una frase — no rompen el Ritmo Eterno de la Vida, en marcha al infinito, esas almas aplaudirán el libro bello de Pedro Sondereguer.

Los héroes de la raza: Franco y Colón, gallegos. (Editorial Tor. — Buenos Aires).

Polémica que apasionó a los eruditos de España, Italia y América, esta de la nacionalidad del gran navegante parece haber quedado completamente resuelta. Los documentos últimamente descubiertos y sacados a la publicidad por algunos historiadores hispanos, en forma irrefutable y terminante, prueban que Cristóbal Colón nació en España, en tierra gallega.

La divulgación de esta verdad histórica es cosa sagrada que, empero, atendiendo váyase a saber qué convencionalismos, se ha mantenido en silencio y se ha apartado hasta de la vista de los escolares y universitarios.

Hombres de talento y estudiosos como Celso García de la Riega, Rafael Calzada, Beltrán y Rozpide y otros, han publicado trabajos que es imperiosamente necesario divulgar y esto es lo que, aprovechando la visita del aviador Franco, acaba de realizar la Editorial Tor reuniendo en un hermoso y manuable volumen las más autorizadas opiniones sobre tan debatido tema.

Dos gallegos, Colón y Franco, se presentan, así, biografiados para ejemplo de los hijos de América y España a quienes siempre interesa la grandeza de una raza que dió a la humanidad cerebros privilegiados y voluntades de acero.

Un periódico bibliográfico.
La revista "Lecturas"

Vemos con placer que esta interesante publicación va progresando. A partir del número 26 que es el que tenemos a la vista, contiene innumerables adelantos literarios y materiales, destacándose sobre todo su impecable presentación, ya que el papel en que se imprime es de la mejor calidad del llamado pluma y merece la pena de coleccionarse.

He aquí el sumario:

"Momento supremo" interesante cuento de Belisario Roldán; "Crítica Extranjera"; comentarios de libros americanos publicados en un diario español; Interesante informe sobre la venta de obras pornográficas; Los concursos de Letras. El elogio de los críticos; Los [illegible] ciales y sus dibujos; La lit[illegible] de 1925; Poesías de Raquel [illegible] Alsick Liubaro y Clodomiro [illegible] boteau; Gacetilla; Hablando con los autores; Lecturas Selectas; la ca[illegible] de la Troya; Bibliografía.

En su parte ilustrativa se destacan interesantes dibujos de Belisario Roldán, por Font; De Gab[illegible] tral; por N. N.; de Galic[illegible] nas, por Macaya; De "El [illegible] el campo", por Centurión, y di[illegible] sas iniciales de Sirio, Fioravanti, [illegible]

El Té de la Ausiciada
MELROSE TEA

AVISOS ESPECIALES

Dr. AMADEO NATALE
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. CARULLA
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
Méjico 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 ½
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. A. R. ZAMBRINI
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 — U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO
MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospitales San Roque y de Niños de la Capital Federal. — Señoras y Partos.
Bmé. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO
Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

COLABORACION ESPONTANEA

Tríptico del vario vivir

ENTONCES

Yo bebía una copa que vacié en un momento,
plena de efervescente licor sentimental,
mi corazón entonces, latía en el aliento
puro, incontaminado, de un ensueño nupcial.
Todo espíritu, desde mi gran convencimiento,
miraba a los acólitos del credo material
con rencor y con lástima, por su vano ardimiento
que dura un solo instante, con un rayo fatal.

Y amé a la chica pálida de sombreadas ojeras,
a la reciente púber que ensaya en sus caderas
los compases lascivos que nadie le enseñó.

Amé a la blanca novia de ensueños inocentes;
vosotros que habéis sido también adolescentes,
sabéis que todos fuisteis, entonces, como yo.

DESPUES

Después, lúbrica, vino tras la primer congoja
llorada por la novia que dejó de querer,
venciendo los rezagos de una fe ya muy floja,
la tentación soberbia de un cuerpo de mujer.

Y olvidando en el ritmo turbador que deshoja
las flores del espíritu, al vendido placer,
entero, sin reservas, como se da una hoja
al viento del otoño, así entregué mi ser.

¿Recuerdos? No los guardo. ¿Placer? Sólo en la [hora.
¿Olvido? Acaso lo hube. ¿Amor? Mi alma lo ignora.
Vano, vacío, vacuo, perdido el tiempo aquel.

¿Perdido? ¡Quién lo sabe! Muy necesaria acaso,
como es indispensable la aflicción del ocaso,
para que luzca Diana su luz serena y fiel.

AHORA

Ahora, ni yo mismo conozco mi camino,
marcho a veces errado, por la senda del mal,
recuerdo mis andanzas del tiempo libertino,
y enlodo en mi inconsciencia, los restos de mi ideal.

Pero otras, reaccionando, igual que un peregrino
que, cansado, blasfema y arroja su sayal,
y después siendo presa de su fervor divino,
martiriza sus carnes y se yergue triunfal,

así vuelvo a mis fueros, reivindico las buenas
canciones olvidadas de las primeras penas,
las viejas melodías de la primer pasión,

y entonces, entre lágrimas, renuevo sin tardanza,
en el altar florido de la Santa Esperanza,
los votos entusiastas de mi pasada unción.

E. RODRIGUEZ GARCIA.

Mujeres

La española.

Brotó de entre claveles reventones
como una flor exótica. Su cuna
meció el romance y alumbró la luna
entre crótalos, risas y canciones.

En un largo despliegue de mantones
luce con garbo su esbeltez moruna,
y su profusa cabellera bruna
brilla a la luz de las constelaciones.

Ya en la árida llanura de Castilla,
ya en los parques floridos de Sevilla,
ya en las altas montañas donastiarras,

es donosa, gentil, suave, coqueta,
y baila al son de alegre pandereta
o al pausado rasguear de las guitarras.

La francesa.

Evoca tiempos del Trianón florido
el fino *esprit*, la renovada gracia
y el exquisito don de aristocracia
que el capricho de Dios le ha concedido.

Su fresca boca es cáliz bendecido
donde la fiebre del amor se sacia,
y es en el odio y el amor reacia
cuanto accesible al goce indefinido.

Su cuerpo escultural, sutilizado,
ondula al caminar con ritmo alado
bajo la fina seda de su traje,

y cuando abre sus ojos se diría
que al propio sol le rinde pleitesía
y absorto queda viéndola el paisaje.

La italiana.

Es de fuego, volcánica y bravía.
Hirviente lava búllele en las venas,
y es en las horas del amor serenas
reina y señora de la fantasía.

El sol acrecentó su bizarría
en las campiñas plácidas y amenas,
y prestigió bucólicas escenas
que ella con sus encantos presidía.

Ungióla el Lacio de virtud preclara
y Florencia la dió belleza rara,
Venecia, la inmortal ciudad lacustre,

vióla cruzar en góndola sus calles,
y fué en las grandes urbes y los valles
campesina gentil y dama ilustre.

Rogelio A. DURO.

Preludios

Para "Fray Mocho".

Bebo en la capa de oro. Luzco el manto escarlata.
Sobre mi frente brilla la antorcha del ideal.
Y en los lagos dormidos, superficies de plata,
Se cobija el Ensueño, mi tirano inmortal.

Las fuentes del camino, bendición del sendero,
No han dejado un minuto tan sólo de cantar.
¡Oh, música del agua que es ritmo aventurero,
Como un cristal sonoro su dulce modular!

Una estrella en la noche brinda sus proyecciones,
Y en el camino largo por el cual mis canciones
Han quedado dormidas bajo la claridad,

Se divisan las huellas encantadas de alguna
Viajera que ha pasado por el radio de luna
Dejándome el perfume de su feminidad.

José N. MURGA.

De fuego

Yo no añoro tu paz profunda y triste,
Cementerio del pueblo
Como postrer refugio de mi vida,
Pajo de un ciprés negro
Donde vayan las brisas a cantarme
La canción de los muertos;
No quiero que se hiele en tu regazo
La luz de mi cerebro;
Ni que sea morada de gusanos
Estos, mis blancos huesos.
Para crear la idea luminosa,
¿No es la mente de fuego?
Y en las noches fantásticas de insomnio,
¿No nos arde el cerebro
Con llamaradas rojas, de hoguera
Y fragores de incendio?
No añoro tu quietud; temo a tu frío
Intenso como el hielo...
Quiero el resplandor rojo de una pira
Como descanso eterno...

Emma DALMAU.

Súplica

Para "Fray Mocho".

¡Si supieras!... Siempre te recuerdo
como si fueses una muerta...

Yo sé que vibran y enloquecen
tus gracias veintiañeras,
que prodigas los dones divinales
de tu estoico corazón de Magdalena,
y hasta que tienes para mí un sentimiento
de íntima terneza...

Mas la vida lo quiso y sólo vivo
como si en realidad ya no existieras;
tal como un recuerdo doloroso
por algo que pasó y que no regresa..

Por eso perdona que te ame
como si estuviese muerta...

Dísticos

Mi vida era un cántico de buenaventura
y eran dulces las horas y era fácil la ruta.

Mas torció mi destino un amor desgraciado
que por los laberintos me llevó de la mano.

Pasaron es la inútil rotación del tiempo,
muchos otros amores, muchos otros afectos...

Y hoy, ante el recuerdo del pasado brumoso,
me digo en la vana conclusión de todo:

—Probé muchos cariños, ausculté muchas almas,
pues he dado al Amor mis mejores mañanas...

José María ABALLONE.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. . . . . cada tomo	$ 12.—	3.70	
„ „ „ chico. . . . . „ „	„ 8.—	3.—	
Tapas sueltas „ „ grande. . . . . „ „	„ 9.—	2.—	
„ „ „ „ chico. . . . . „ „	„ 6.—	1.50	

Los hipopótamos también odian

Los naturalistas y los cazadores coinciden en afirmar que el hipopótamo, por alguna misteriosa razón, siente una viva antipatía, más bien podría decirse odio inexplicable, hacia el caballo.

Un cazador, que pasó muchos años en Africa, pudo una vez capturar un pequeño hipopótamo, a cuya madre había dado muerte en el río Zambeze. El animalito, que hoy se encuentra en el jardín zoológico de Amberes, se mostró sumamente dócil y cariñoso, excepto cuando se encontraba cerca del caballo árabe del cazador.

Creyó al principio que todo sería consecuencia de los celos, a los cuales los animales están sujetos como el género humano; pero pronto observó que el pequeño hipopótamo experimentaba igual disgusto cuando veía a cualquier otro caballo de los que montaban los cazadores a su servicio.

Este mismo cazador refiere un hecho parecido, pero referente a un hipopótamo adulto y en estado salvaje. Cazando entre las malezas que bordeaban un río africano, el animal se despertó y cuando el cazador se apeó de su caballo para disparar mejor, en vez de atacar al hombre o de apelar a la fuga, se lanzó contra el caballo, el cual huyó inmediatamente. Un autor inglés cuenta que, navegando en un barco, desde Hamburgo a Londres, hizo una observación parecida a las que anteceden. Entre el cargamento del buque figuraba una colección de fieras. Poco después de levar anclas, oyóse un gran estrépito en el sitio donde los animales estaban encerrados.

Averiguada la causa del escándalo, se vió que al lado de la jaula del hipopótamo se encontraba un caballo, y como el viajero conocía las aventuras del cazador antes mencionado, dijo al capitán que debía separar a los dos animales, y así acabó el tumulto de las fieras y se calmó el hipopótamo, que por lo demás es un animal dócil y sumiso que se humilla ante una mujer que sonríe tranquila y confiada.

Líquidos escultores

Si se imprime un movimiento regular a un líquido viscoso, la glicerina, por ejemplo, por medio de la rotación constante de un disco en contacto con el líquido, se obtendrán bonitas figuras, que bajo la acción de un movimiento rápido presentarán al cabo de pocos minutos un carácter marcado y permitirán reconocer las relaciones de movimiento de los líquidos, y especialmente la configuración de las superficies y la marcha de las corrientes.

El agua contenida en la glicerina es la causa principal de las figuras producidas por el movimiento. Una gota de agua en la superficie, toma, en primer lugar, la forma de un anillo, por efecto de la rotación; una parte del agua es arrastrada por las partículas de glicerina situadas en la superficie, a las cuales se adhiere, y esta agua, difundiéndose lentamente en la glicerina, traza su marcha y produce las figuras.

La viscosidad grande de la glicerina es la causa de que una molécula de agua que se mueve en este medio, se mueve como si fuera una molécula de glicerina. Se notan con regularidad las superficies de las corrientes, y puede hacerse visible el camino recorrido por las moléculas.

El aceite de ricino, al que se añade una gota de alcohol, produce figuras de movimiento tan marcadas como las de la glicerina. Las que producen los aceites menos viscosos, o el alcohol, extendido en una superficie de una capa de aceite, son mucho menos distintas.

Las figuras producidas son diferentes, según que el objeto puesto en rotación es un disco, un anillo, una superficie plana o una esfera. Se puede calcular el trabajo que hay que gastar para conservar el movimiento, que ha llegado a ser estacionario, y medir la resistencia opuesta por el líquido a la rotación de una superficie giratoria alrededor de su propio eje, dentro de un vaso cualquiera, o a la rotación de una superficie de forma cualquiera alrededor del eje de la misma forma que la superficie de revolución.

La mitología sigue siendo la gran dominadora celeste

A simple vista, sólo es posible ver 7.000 estrellas. Durante los últimos treinta años se han hecho 20.000 fotografías del cielo, arrojando una suma de 50 millones de estrellas. Enorme parece esta cifra. Sin embargo, con los poderosos telescopios de que dispone hoy día la ciencia astronómica se han podido descubrir más de 100 millones de estrellas.

Es curioso el hecho de que, a pesar del gran número de mapas celestes que existen en la actualidad, no hay dos siquiera que coincidan exactamente en la determinación de los límites. Así, algunas estrellas aparecen unas veces incluídas en una constelación y otras veces en constelación distinta.

En la última Asamblea de la Unión Astronómica Internacional, celebrada en Cambridge, M. Stroobant, delegado belga, propuso la revisión de los límites de varias constelaciones y el trazado de nuevos mapas que puedan ser utilizados por todos los astrónomos del mundo.

Fué decidido, entonces, que los mapas actuales experimentasen los menores cambios posibles.

Propuso el ilustre astrónomo inglés, sir John Horschel, el agrupamiento de las estrellas en constelaciones determinadas por paralelos de latitud y meridiano de longitud, a fin de someter al mínimum de simplicidad los mapas celestes. Pero su proposición fué rechazada por no destruir el sistema tradicional de constelaciones mitológicas.

La estrella Arturo cruza el espacio a una velocidad de más de 300 millas por segundo. Tan grande, sin embargo, es la distancia comprendida entre ella y la tierra, que desde el año 130 (antes de Jesucristo)—fecha del catálogo celeste de Hiparco—hasta el día, ha recorrido sólo, aparentemente, un grado y una fracción de grado, o sea dos veces el diámetro de la luna llena.

La torre Eiffel enferma

Los que pensaron un día que la famosa torre sería un monumento perdurable de alarde ingenieril, se equivocaban en gran manera. Nada es resistente a la Naturaleza, que si a las veces tiene dones prolíficos de asombrosa vitalidad, otras, en cambio, se complace en mostrar artero espíritu homicida.

Y así al par que por un lado florece la vida en amplias manifestaciones orgánicas, por otro lado, lo más duro, lo más fuerte, lo que parece más perdurable, se debilita y destruye, y al fin muere.

La torre Eiffel no ha de ser eterna. Está minada de un grave mal endémico que no tiene de momento fácil alivio. Yo se asegura que, si no se descubre pronto un barniz o una pintura que ofrezca protección eficaz, la torre Eiffel está amenazada de ser destruída por la herrumbre. Los ingenieros que han examinado recientemente la gigantesca construcción de acero han hallado que, a pesar de todas las precauciones que desde el principio han ido tomándose, el orín va royendo rápidamente la enorme masa de metal. Cuando la torre Eiffel fué construída, en 1889, toda ella fué cuidadosamente recubierta con tres capas de una mezcla de minio y aceite de linaza, y sobre ellas una buena masa de pintura. Sin embargo, a los dos años, los elementos atmosféricos habían ya hecho sentir su acción y comenzado a manifestarse la oxidación del hierro. En 1892 se rasparon cuidadosamente las porciones oxidadas y se recubrieron con albayalde, aceite de linaza y ocre rojo. La torre ha sido después barnizada y repintada con varios productos en 1899, 1907, 1914 y 1924; pero el proceso de la oxidación del metal continúa constantemente. Los técnicos tratan de descubrir un material protector que, no sólo impida la oxidación, sino que además sea mal conductor de la electricidad, para aislar la torre contra toda acción galvánica.

El perfecto casado

La Asociación de Mejoramiento del Matrimonio abrió una encuesta, así:

"¿En cuál profesión se encuentran los mejores maridos?"

La clasificación fué la siguiente:

1.ª La medicina, porque los médicos, por motivo de orden profesional, son insensibles a los encantos de las mujeres ajenas.

2.ª La agricultura, porque los agricultores ven en la mujer una especie de diosa Ceres.

3.ª Los hombres de ciencia, pues si no son muy tiernos, en cambio se dejan manejar muy fácilmente.

4.ª Los abogados son pocos sinceros.

5.ª Los empleados, muy amigos de la rutina.

6.ª Los militares, muy bruscos.

7.ª Los ingenieros, peligrosos, porque fácilmente construyen otro nido.

8.ª Los magistrados siempre quieren imponer la ley.

9.ª Los banqueros, los comerciantes, los industriales, consideran a la esposa como un tanto por ciento, como una pieza de tela o como un ramo de la industria.

10.ª Los literatos y los articulistas son malos maridos, sin necesidad de demostración, y

11.ª Casi unánimemente, opinaron las damas de la encuesta que los periodistas son candidatos de exclusión para maridos, porque sacrifican la felicidad del hogar a una crónica interesante y son capaces de ahorcar a la esposa para dar la noticia.

EL GATO ESCALDADO

Cuando me acerqué a la fila de "taxis" y traté de tomar uno, dándole al "chauffeur" las señas de un pueblo próximo, donde me interesaba ver un hotelito que se anunciaba barato, el hombre me miró de pies a cabeza analizándome con severidad. Sin duda estaban en su memoria las agresiones crueles y estúpidas de que algunos compañeros suyos habían sido víctimas en la soledad de una carretera.

—¿Quién es usted?

—Fulano de tal.

—¿Dónde vive?

—En tal parte.

—¿Tiene usted documentos que acrediten su personalidad?

Me eché mano a los bolsillos y no encontré en ellos cosa alguna que atestiguara mi veracidad.

—¿Lleva usted la cédula?

—No.

—¿Puede enseñarme su tarjeta?

—Tampoco.

—¿Ni siquiera tiene usted una carta dirigida a su nombre?

—Nada; me he dejado la cartera en casa.

—¿Le conocen a usted en alguna tienda de por aquí?

—Hombre, como no estoy en mi barrio...

—Entonces, que le lleve a usted Rita.

Aquello me produjo gran contrariedad, porque volver a casa por mis documentos representaba una gran pérdida de tiempo. Le rogué que se fijara en mi aspecto bonachón y le invité a que me registrara para cerciorarse de que no llevaba armas; pero ni aun así se satisfizo.

Acudí a su buen corazón; le hice razonamientos lógicos sobre lo improcedente de su desconfianza. Le dije, entre otras cosas, que era mucho más frecuente el caso de un "chauffeur" que mata a un transeúnte que el de un transeúnte que mata a un "chauffeur", y que, sin embargo, él no me inspiraba recelos, sino que me entregaba inerme y confiado a su hombría de bien.

En vista de que no conseguía que me prestara el servicio, y antes de repetir tan desagradable experiencia acudiendo a otros conductores de "taxis", que quizá me someterían al mismo interrogatorio, se me ocurrió acudir, para identificar mi persona, a un recurso extremo:

—Mire usted—le dije—si seré inofensivo y buena persona, que me dedico a hacer versos. Usted, probablemente, comprará alguna revista.

—Natural que sí.

—¿No le suena a usted haber visto alguna vez mi modesto nombre al pie de unos versos humorísticos?

—¿Qué es eso?

—Humorísticos quiere decir en guasa, en broma, en chufla.

—¿Cómo ha dicho usted que se llama?

—Fulano de tal.

—Espere usted, espere usted, que me parece que sí. ¡Fulano, Fulano! Ahora caigo. Sí, hombre, sí; por cierto que una vez me hizo usted gracia.

—¡Cuánto lo celebro! Bueno; pues..., y si yo le hiciera a usted ahora mismo un verso más o menos gracioso, ¿no le parecería a usted que soy, en efecto, la persona que digo?

—¡Vaya usted a saber! A lo mejor, es un verso cualquiera que usted se sabe de memoria...

—No, no; lo hago sobre el asunto que usted quiera. Por ejemplo, a propósito de este mismo viaje que yo le propongo a usted.

—Bueno, haga usted lo que quiera; pero si mientras tanto me sale otro parroquiano, se quedará usted ahí con sus versos.

—Eso, no. Baje usted la banderita, y ya corre el coche de mi cuenta.

Me senté en el interior del "taxi", y en menos de veinte centavos le hice esta décima:

"Por mi honor declaro ser
un pacífico vecino,
y no un artero asesino
a quien se deba temer.
Yo no mataré al "chauffeur"
—no soy un bribón ni un loco;—
pero su nobleza invoco
y espero que él, por su lado,
no correrá demasiado
ni me matará tampoco."

El hombre no pudo resistirse a esta prueba de mi ingenuidad. Reconoció que en mí no cabía malicia, y me proporcionó dos alegrías: la de llevarme al pueblo en cuestión y la de permitirme creer que tengo un estilo muy personal, que se reconoce a la legua.

Ramiro MERINO.

Perfeccionamiento del equipo del buzo

Sumergido a gran profundidad el submarino inglés "M-1", cuyo naufragio motivó comentarios de índole sentimental que a su vez dieron origen a juicios de orden técnico y de carácter político sobre la conveniencia o la inoportunidad de suprimir ese elemento bélico mediante un acuerdo internacional, el almirantazgo británico quiso a toda costa recuperar los cadáveres de los sesenta tripulantes del sumergible perdido, y con tal objeto mandó construir un equipo especial de buzo, que consiste en un traje hecho con delgadas láminas de acero y convenientemente articulado para que permita los movimientos de brazos y piernas. Así equipado, puede el buzo resistir una presión hasta de 75 atmósferas y descender sin peligro a una profundidad de 250 metros. Como lastre lleva el buzo adosados a la espalda unos depósitos de agua, y puede efectuar el descenso a una velocidad de 60 a 70 metros por minuto. Su comunicación con la superficie está asegurada mediante los hilos telefónicos que parten de la campana, en la que van instalados el receptor y los auriculares.

Con el nuevo sistema los tubos de respiración no son necesarios al buzo, que va provisto de un depósito de oxígeno comprendido también dentro de la campana y debajo de los recipientes del lastre, e impregnando en ese oxígeno una mascarilla al alcance de la mano del buzo puede éste aplicársela al rostro cada vez que el enrarecimiento del aire por el ácido carbónico dificulte su respiración.

En el interior de la campana se mantiene la presión invariable de una atmósfera y así no es necesario al buzo, como se lo era antes, detenerse cada tres metros, para habituarse al cambio de presión en progresivo aumento, lo que motivaba que el descenso se llevara a cabo con una desesperante lentitud.

Algo sobre los terremotos

Las sacudidas sísmicas son fenómenos que siempre han aterrorizado a la humanidad y cada vez en mayor grado; pues por ser cada vez mayor el número de habitantes, estos fenómenos causan mayor número de víctimas.

Por ejemplo, hace dos o tres siglos el terremoto que en 1923 costó la vida a 70.000 japoneses, hubiera hecho diez veces menos víctimas, pues Tokio, que contaba en 1914 con 2.244.796 habitantes, no tenía sino 150.000 a principios del siglo XIX.

En el año 526 perecieron 120.000 personas en la región mediterránea a consecuencia de los terremotos; en 1693, en Sicilia, murieron 50.000, en Lisboa, en 1755, más de 40.000, otros tantos en Quito en 1797.

Las sacudidas se produjeron de tres formas: verticales, horizontales y ondulatorias, y su intensidad varía, desde las tan débiles, que sólo un micosismógrafo puede señalar, a las que su violencia es tal, que destruyen pueblos enteros.

La frecuencia y la violencia de estos fenómenos es mayor en el Japón que en ninguna otra parte del mundo; pues se han registrado 17.750 en tres años, sin contar las vibraciones sentidas sólo por aparatos delicados.

La media diaria es de 3,5 sacudidas para todo el Japón, y la media anual, para Tokio, es de 96.

Los anales del Imperio han registrado en quince siglos, 2.006 terremotos acompañados de destrucción de vidas y edificios.

Antes de la reciente catástrofe, la más terrible había sido la de 1891.

Hubo en ella 7.273 muertos, 17.175 heridos y 222.501 casas destruídas.

Estas sacudidas se producen, generalmente, en las cercanías de las "fallas", "fisuras" o puntos débiles de la corteza terrestre.

Estos puntos se encuentran, generalmente, jalonados de volcanes. Una de ellas, por ejemplo, pasa por la región de Lisboa, se extiende hacia Oriente pasando por la región siciliana, en donde los volcanes son numerosos, por Grecia y por el mar Egeo, en donde los temblores de tierra son frecuentes.

Después de estos fenómenos suelen quedar en la superficie de la tierra grandes y profundas grietas. Una de éstas, abierta en el Japón por el terremoto de 1891, tenía 112 kilómetros de largo.

Algunos temblores no duran sino pocos segundos, mientras que otros se prolongan durante semanas y hasta meses enteros.

La velocidad de traslación de una sacudida puede llegar hasta 5.000 metros por segundo.

Las causas, ¿cuáles son? Varias.

Hay temblores netamente volcánicos; la mayor parte de las erupciones son precedidas de una serie de sacudidas producidas por la tensión de los gases comprimidos en los conductos subterráneos del volcán. Cuando éste ha terminado de arrojar enormes cantidades de lava, las cavernas subterráneas así vaciadas quedan en hueco y no pueden sostener al suelo; su techo se derrumba, el terreno se hunde.

Las grandes cadenas de montañas como el Himalaya, los Andes, los Alpes provocan movimientos sísmicos por la presión que ejercen en los terrenos vecinos.

Donde las mujeres tienen voto...

La venta del opio está absolutamente prohibida en Australia y en Nueva Zelandia.

La venta de tabaco y de licores a los menores de diez y siete años está prohibida en el estado de Wyoming, en Australia y en Nueva Zelandia, y a los menores de diez y ocho, en Utah.

Está absolutamente prohibido el que los niños tengan en su poder tabaco.

Para todo lo que se refiere a higiene, la solicitud de las mujeres se ha extendido muy especialmente a los niños. Así, en Nueva Zelandia está absolutamente prohibido poner en ama fuera de la casa paterna a los recién nacidos. En Utah y Colorado, los niños de todas las escuelas están sujetos a la inspección médica, y los médicos examinan escrupulosamente los ojos, los dientes y las orejas y la respiración de los alumnos.

En Utah, las comisiones de higiene están autorizadas a tomar todas las medidas que juzguen necesarias para evitar la propagación de las enfermedades venéreas.

La falsificación de las substancias alimenticias está severamente castigada dondequiera que las mujeres intervienen en el gobierno; además, en el Utah, las mujeres investigan los mataderos y los sitios en que se preparan todos los productos que han de servir para el consumo.

En Denver (Colorado), las mujeres han hecho instalar en la vía pública fuentes de agua potable y cestos para depositar papeles sobrantes.

La isla del alcanfor

La isla de Formosa produce por sí sola casi todo el alcanfor que se consume en el globo. Posee bosques de alcanforeros, únicos en el mundo por su extensión y esplendor. Puede hacerse idea de la riqueza fabulosa que ello representa teniendo en cuenta que de un solo árbol, cuya base tiene una circunferencia de 3.60 metros, se extrae alcanfor por valor de 1.000 libras esterlinas.

El jugo de los troncos, elaborado en 8.000 destilerías, repartidas en toda la isla, se cristaliza prontamente en la blanca materia que todos conocemos.

Pero las pequeñas comunidades de obreros que se ocupan de esta próspera explotación tienen que estar protegidas por las tropas japonesas, que no bastan siempre a garantizar su seguridad. La recolección del alcanfor es, en efecto, de las más peligrosas, porque la isla está poblada por una tribu de salvajes de extraordinaria ferocidad, que se dedican sencillamente a la caza de hombres. Se cuentan por millares los trabajadores—chinos la mayor parte—que han sido decapitados por estos indígenas. Cuando un grupo de hombres ocupados en la recolección se encuentra aislado, los cazadores de hombres surgen de improviso y los sacrifican.

El gobierno japonés, que ha votado una subvención de un millón de libras para el desarrollo de una de sus más florecientes industrias, ha reforzado recientemente la guarnición de Formosa, a fin de que la recolección del alcanfor se pueda verificar sin trabas, llegando, si preciso fuera, al exterminio de los indígenas.

La capacidad de población de la tierra

G. H. Knibbs ha publicado, en la interesante revista "Scientia", de Bolonia, este interesante artículo, que reproducimos en su mayor parte:

"Desde hace un siglo próximamente—dice el articulista,—la población del globo terrestre tiende a desarrollarse en una escala cada vez mayor; y si este bello aumento se acentúa, se puede vislumbrar la eventualidad de una población terrestre futura de 14.800 millones de habitantes hacia el año... 2165.

Con un número semejante de habitantes y también con una cifra bastante menor, será materialmente imposible a los seres humanos encontrar sobre la tierra los alimentos y los subsidios naturales indispensables al sostenimiento de sus vidas.

La China da el ejemplo de un país sorprendente, donde la población se ha desarrollado gradual e intensamente desde hace más de dos siglos. Había en China en 1715, 133 millones de habitantes. En 1815 el censo de población era de 348 millones, para llegar en 1895 a 436 millones; afortunadamente, que las guerras (y la última nos ha dado un ejemplo) se encargan de segar entre la humanidad y de disminuir así las reservas naturales del *alma mater*, la buena tierra fecunda que se alimenta lo mismo de nuestro sudor que de nuestra sangre.

La densidad de la población es débil en algunos países tan vastos como la Rusia asiática, el Congo, el Brasil; pero, en cambio, es muy considerable en grupos muy pequeños, sobre todo en Macao, Gibraltar, Fiume, Mónaco, Malta, la India francesa, etc.

Dos factores principales contribuyen y permiten el desarrollo de la población terrestre: en primer lugar, la abundancia de productos alimenticios consecutivos de los progresos y a los perfeccionamientos de la agricultura, y en segundo lugar, la legalización de la densidad en la población, lo que significa que esta última tienda a corresponder a la productibilidad especial de una región determinada."

Hazañas de grandes tiradores

El tirador seguro de sí mismo, que anuncia por anticipado el sitio preciso donde va a dar la bala, es menos raro de lo que se cree, por la sencilla razón de que basta ejercitarse larga y constantemente para adquirir el golpe de vista y la seguridad de la puntería.

Los boers, los cowboys, y en general todos los que por vivir constantemente en el campo usan a diario el revólver o la carabina, llegan con la mayor naturalidad a tirar hasta sin apuntar, con la misma seguridad con que cualquiera da con el martillo en el clavo. Para esta gente es un juego pegar un tiro a una moneda arrojada al aire o agrandar con un segundo disparo el agujero hecho en un árbol con un primer proyectil.

Uno de los ejercicios que jamás dejan de practicar los cowboys con los "tender-foot" (novicios), es romperles la pipa al ras de los labios con un disparo de revólver.

Búffalo Bill, galopando a toda velocidad en su caballo, y vuelto de espaldas, hacía blanco apoyando la escopeta en el hombro y apuntando con un espejito.

Un tirador negro, que aun debe de andar por Europa, cargaba su fusil, lo fijaba horizontalmente con la culata apoyada en una pared y el cañón apuntando hacia él a la altura del sombrero. Después se alejaba diez pasos, se ponía un limón sobre la cabeza, con mucho cuidado buscaba el sitio donde debía situarse, agarraba otro fusil, disparaba, y la bala iba a dar en el gatillo del primer fusil, el cual se disparaba y su proyectil atravesaba el limón que el tirador tenía encima de la cabeza.

Un antiguo ayudante del ejército inglés, John Mac Murray, tirador prodigioso, echado boca arriba hace blanco a pistola sobre una moneda de un centavo situada a treinta pasos de distancia. La esposa y la hija del mencionado militar tiran tan bien como él. Uno de los "números" consiste en tocar entre los tres, nota por nota, el himno inglés, disparando con carabinas de salón sobre las cuerdas de un piano construído especialmente para este ejercicio.

Entre los golpes sorprendentes de los campeonatos de tiro, hay algunos que sin tener "truc", se facilitan mediante ciertos procedimientos.

Si en un gran espacio descubierto y lo más llano posible se pone una botella a doscientos, trescientos o cuatrocientos metros, parecerá dificilísimo romperla de un tiro de fusil; y, sin embargo, basta apuntar al suelo a sesenta u ochenta metros de sí, en la línea de la botella, porque la bala rebota, y sin desviarse de la línea recta alcanza a la botella con fuerza suficiente para romperla.

El aficionado al tiro puede dejar estupefactos a sus amigos con el ejercicio siguiente: Se pone una cuerda, del grueso del dedo meñique, o menos, horizontalmente y a seis o siete pasos, y podrá cortar de un tiro de carabina. Repítase el ejercicio hasta errar muy poco [illegible] y, alejándose poco a poco, no se tarda en hacer blanco con toda facilidad desde veinte metros de distancia.

CONOCIMIENTOS UTILES

¿SE LE HA ROTO A USTED LA BOQUILLA DE ESPUMA DE MAR?

Puede usted mismo componerla fácilmente. No tiene usted más que picar unos ajos y hacer una masa con la que se untan las partes que se quiera unir. Se tienen unidas con hilo o cinta, y se ponen a hervir en leche.

Y ya tiene usted la boquilla compuesta.

CUANDO LAS FLORES COMIENZAN A PONERSE MUSTIAS...

...y se quiere que recobren su frescura y lozanía, no hay más que cortarles la extremidad de su tallo y sumergir un centímetro de éste en agua casi hirviendo. Cuando el agua esté a punto de enfriarse se cortan los tallos otra vez, por encima del punto de inmersión, y se colocan las flores en un vaso de agua fresca.

Las flores se conservan durante quince días si, en vez de llenar el vaso en que se hallen de agua ordinaria, lo llenamos de agua de lluvia a de agua destilada en la cual se hayan disuelto cinco gramos de carbonato de amoníaco por litro.

MODO DE PERFORAR EL VIDRIO

Se prepara una disolución de alcanfor con esencia de trementina; se toma una lezna o una barrenita, se calienta fuertemente la punta hasta que se enrojezca y se introduce en mercurio, lo cual le da una dureza extraordinaria. Después de esto se introduce la punta en la disolución de alcanfor y se aplica al vidrio lo mismo que si fuera madera, teniendo cuidado de humedecer la punta de cuando en cuando hasta conseguir el taladro.

PARA PEGAR EL CELULOIDE

Según la forma de los trozos que se quiera pegar, se puede proceder de dos modos, basados ambos, no obstante, en las propiedades de la acetona.

Cuando, por ejemplo, se desea reparar o confeccionar vasijas de celuloide para pilas o acumuladores; esto es, cuando se trata de planchas o láminas de celuloide, si éstas tienen por lo menos dos milímetros de espesor, nos podemos servir de acetona pura, mojando en ella, auxiliados de un pincel, las partes que se quieran encolar. La acetona disuelve el celuloide, y así, se produce una verdadera soldadura.

Hay que operar lejos de toda llama, porque los vapores de acetona son muy inflamables.

Para encolar pequeños trozos de celuloide se disuelven algunos fragmentos de esta materia en la acetona, mezcla que forma un líquido espeso, y se procede a pegar aquellos.

PODEIS IMPERMEABILIZAR VUESTRO CALZADO

Diversos son los sistemas propuestos para hacer impermeables a los cueros, pero como muy sencillo y de fácil aplicación se recomienda el propuesto por M. Jocques. Consiste en preparar una solución de 25 a 50 gramos de jabón en un litro de agua de río, o en general exenta de yeso (que suelen contenerlo las aguas de pozo), porque esta substancia corta el jabón y lo precipita en grumos. Se deja que el cuero absorba esta disolución, la cual reacciona con el ácido tánico que contenga el cuero, y reviste a éste de propiedades de impermeabilidad.

Cuando se opera sobre calzado hecho, entonces la disolución jabonosa se aplica con un pincel varias veces repetidas, de modo que el cuero se impregne bien de ella.

CONSERVACION DE LAS UVAS

En el fondo de un vaso lleno hasta el tercio de agua se coloca un pedazo de carbón vegetal; se sumerge en el agua el extremo de la rama que contenga racimos de uvas, y se coloca el vaso y rama en un paraje a obscuras y herméticamente cerrado; al cabo de un año se encuentran los racimos tan frescos y lozanos, como al ser colocados en tales condiciones, según asegura el "Bulletin de la Seine Inferieure".

UN BAROMETRO PUEDE IMPROVISARSE

Muy fácilmente. Vea usted cómo:

Se trituran ocho gramos de alcanfor, cuatro gramos de salitre y dos gramos de sal amoníaco, todo junto y revuelto, como si se fuera a hacer una salsa, añadiendo una gotas de alcohol para facilitar la trituración. Se disuelve esta mezcla en 60 gramos de alcohol y se vierte todo en un frasco de forma alargada y estrecha. Se cierra el frasco con un trozo de vejiga, que se horada en el centro con un alfiler para poner el aire en contacto con el líquido.

Cuando las partículas sólidas que se hallan suspendidas en el líquido se vayan al fondo, permaneciendo aquél límpido, puede pronosticarse buen tiempo.

Cuando las partículas suban gradualmente y se sostengan en medio del líquido sin revolverlo, señal de lluvia.

Y si las partículas forman en la superficie una capa espesa que semeja fermentar, señal de fuertes vientos.

PARA QUE EL PETROLEO NO HUELA

Cuando el pelo amenaza caerse, con hondo dolor de su verdadero señor y dueño, acude éste a todos los procedimientos para que no se caiga. ¡Hace tan bien una espesa y brillante cabellera! Y ¡hace tan mal una amplia calva, siquiera se manifieste vergonzosa a través de esa celosía que algunos disponen sabiamente con las claras hebrillas que van de oreja a oreja! El futuro calvo acude a todos los específicos, se quema el pelo, se lo corta al rape, adopta la costumbre de ir sin sombrero por la calle..., y nada.

Pero hay un buen amigo que también se hallaba en los umbrales de la calvicie y que pudo detenerla a tiempo. Y éste (el del pelo) recomienda al punto:

—Petróleo, no uses más que petróleo, petróleo de quinqué. A mí se me caía a puñados y ya ves... Petróleo nada más.

—Pero huele tan mal...

Y sí, en efecto, huele que apesta.

Para evitar que huela, nosotros ofrecemos al lector calvo el siguiente remedio:

Se introduce en el frasco del mineral, según dimensiones, dos o tres bolitas de naftalina corriente y se va añadiendo, de tiempo en tiempo, cuando el olor vaya a aparecer, otra bolita.

Y esto es todo.

Garantizamos si esto se hace, la desaparición del mal olor del petróleo, aunque el pelo seguirá cayendo seguramente.

¿PUEDE EMPLEARSE SIN INCONVENIENTE LA TINTURA DE YODO?

Sí; a la condición de que esté fresca y se halle conservada en un frasco herméticamente cerrado. La tintura de yodo, compuesta de yodo y de alcohol, se concentra mucho y ofrece el riesgo de su cáustica cuando se ha evaporado una parte del alcohol.

Cuando haya la menor duda acerca de esto y se halle lejos de farmacia para renovar la provisión es preferible hacer uso de la tintura rebajada. Para esto basta adicionar una cantidad doble por lo menos de alcohol de 90°, sobre todo si ha de aplicarse sobre la delicada piel de los niños.

En general, la aplicación sobre una llaga viva no presenta inconveniente, produce una esterilización inmediata y constituye la mejor de las curas. Sólo, como decimos, por la evaporación del alcohol, puede obrar demasiado enérgicamente sobre los tejidos.

PARA AMORTIGUAR LA LUZ DE LAS BOMBILLAS

Cuando la luz de una bombilla eléctrica es demasiado fuerte y se quiere, por cualquier causa, amortiguarla, se deja que la bombilla esté bien caliente, y entonces, con un pedazo de papel carbón del que se emplea para hacer copias en las máquinas de escribir, se frota bien la bombilla. Parte de la tinta con que está impregnado se adhiere al cristal de la bombilla, y la luz de ésta se hace más tenue y suave, y no molesta a la vista.

EL MAL GUSTO DE LAS CACEROLAS NUEVAS

Los utensilios de cocina, de hierro, cuando son nuevos comunican a los alimentos que se cuecen en ellos un gusto muy desagradable. Para remediar este inconveniente es preciso cocer, a fuego vivo, en el utensilio de que se trate, una pelota de grasa o de manteca tamaño de un huevo; luego, cuando la grasa comience a echar humo, se le prende fuego. Extinguida la llama, se echa en el utensilio un puñado de sal común y se retira del fuego cuando la conflagración que se produce se ha terminado. Déjese enfriar el utensilio, frotándolo luego fuertemente con un trapo o rodilla y acábese de limpiar con agua hervida.

PARA LIMPIAR LAS CARTAS DE LA BARAJA

Ciertas personas limpian las cartas frotándolas con un producto de agua, jabón, carbonato de potasa o de sosa, etcétera. Por este medio se ablanda el papel, se arruga en los bordes y obliga a recortar las cartas, que en la mayoría de los casos resultan inservibles.

Para limpiarlas bien, sin que haya que recortarlas luego, debe utilizarse una pasta compuesta de cera virgen rallada, 10 gramos; tolueno, seis gramos; bencina, seis gramos; acetona, cuatro gramos.

Se toma un poco de esta pasta con un trapito, con el cual se frota el anverso y reverso de los naipes hasta que desaparezca toda suciedad. Se los enjuga luego con un lienzo fino y seco, y después se pasan en talco de Venecia.

EVOCACION

Por José Martínez Jerez

Esta mañana clara, tibia y primorosa, junto al renacimiento precoz de unas violetas cabizbajas, arrepentidas, ha temblado allá en la penumbra de luz, de tristeza y de olvido de un recuerdo lontano y sentimental, un verso sinfónico de esquilas que gotearon musicales el silencio de aquella tarde aldeana y la ruinosa crepitación de la carreta mayorazga que trajo como oblación piadosa de tierras madres el santo heno oloroso donde durmiera su primera siesta de vida el corazón cansado.

Aquella tarde de verano, en aquella aldea transida del alma de Castilla, los labios de Aurita se ensangrentaban con las palabras, y sus ojos verdes, venenosos y sin ondas, como dos copas de ajenjo, tenían una clara, brillante y profunda serenidad de cielo recién llovido.

Fuera, en las calles secas, duras, contra el polvo viejo, contra las piedras de siglos, contra la quietud inmemorial del silencio amontonado en los zaguanes sombríos, se estrellaba un sol suicida, y de sus venas rotas brotaban chorros de luz salpicando el aire.

—Créame usted. Aquí, enterrada entre las páginas de historia antigua de estos palacios hidalgos, siento que se me olvida el corazón, que se me agota la vida. ¡Esta quietud, este silencio! Algunas veces, cuando estoy sola, parece como si se desvaneciera mi cuerpo y toda yo no fuese más que unos ojos que piensan y que miran fijos, fijos y abiertos, abiertos... No, no se ría usted. ¿Ve? Ya estoy nerviosa. Y entonces, al acordarme de... (Aurita se sonroja levemente, como por un reflejo de luz), de cualquier cosa, me pongo muy triste, me dan ganas de correr, de huir, y siempre acabo llorando.

¡Pobres ojos olvidados! ¡Pobres labios dormidos! ¡Pobre corazón que tan primaveral sentiste el dolor de vejez del último beso de amor, del primer beso misericordioso!

Viejas perspectivas espirituales; horizontes de recuerdos con sus cimas nevadas; ansiedad e inquietud de túnel de todas las vísperas de promesas; revelación súbita, dolorosa, cegadora, a pleno sol y a plena carne, de los paisajes del placer; fontana intermitente y milagrosa de las noches inolvidables cuando los labios ávidos no se saciaban nunca.

Pero la órbita cordial tiene siempre su afelio en el desencanto tras de la siesta incandescente del apogeo pasional, cuando los nervios trallean la carne y el fruto maduro del pecado y de la vida exprime su zumo genitor en las divinas trojes de la excelsa y dilectísima y santa voluptuosidad. Porque es imperación siniestra y maldita de la vida, el hastío, la fatiga, tristeza de la carne cansada.

Lagos crepusculares que en la mañana fueron por las abiertas arterias de sus cauces tortuosos la sangre alborotada y jubilosa de las montañas endurecidas en una palpitación sensual; hojas sin alma, sin fragancia, enterradas en olvido como recuerdos lamentables, fueron cumbres de frondas y torres de pájaros troveros y nervios de violín donde el arco del viento rimaba sus nocturnos.

Juventud, ilusión, esperanza... El alma se cansa de ser poeta y el corazón se deshoja en silencio y la sangre se seca de angustia y los pájaros sin nido mueren de soledad de amor cuando ya huyeron de las gargantas apasionadas las canciones del ensueño.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

INAUGURÓ SU TEMPORADA EL NACIONAL, ESTRENANDO UNA BELLA OBRA DE MARTINEZ PAYVA Y UN SAINETE DE VACCAREZZA

Una grata sorpresa artística deparó al público y a la crítica la inauguración de la 12.ª temporada del Nacional, lo que conviene puntualizar sobre todo en esta época, que parece poco propicia a tales acontecimientos.

El género chico criollo, en plena bancarrota, no ha tenido una manifestación tan importante y tan bella desde que se estrenó "Las víboras", como en la nueva producción del señor Claudio Martínez Payva, titulada "El rancho del hermano", pieza en dos cuadros que el público, sugestionado por el soplo dramático que se desliza en sus escenas y el calor humano de sus personajes, recibió con cálido y sostenido aplauso, reclamando la presencia del autor desde el final del primer cuadro, hecho poco frecuente en el teatro por horas.

Anteriores ensayos del señor Martínez Payva dejaron entrever su garra de dramaturgo y la posibilidad de concepciones de alto vuelo. Con "El rancho del hermano", el poeta dramático y hábil constructor escénico se alían de manera feliz, y esta conjunción ha traído como consecuencia una obra de considerables valores artísticos, llamada a tenerse en cuenta en la historia de la literatura escénica argentina.

Sorprende en este trabajo el dominio del ambiente, el colorido de sus personajes y la trabazón escénica en que se desarrolla la acción, carente de episodios innecesarios y que mantiene fija la atención del espectador, cada vez más goloso de interés ante un homicidio que ha roto los vínculos afectivos de dos familias tradicionalmente amigas que viven en un barrancal entrerriano.

No podemos, por razones de espacio, describir el asunto que ha servido para escribir "El rancho del hermano"; pero nadie ignora que en la escena moderna los temas tienen relativa importancia, siendo lo verdaderamente interesante el acierto de su desenvolvimiento y el contenido de humanidad que se pone en los tipos. En este sentido, ninguna objeción merece la nueva obra de Martínez Payva, que ha sabido crear una obra hermosa, digna de los mayores elogios.

"El rancho del hermano" deja en el ánimo una perdurable sensación de belleza y ha sido escrita con procedimientos y recursos honestos, sin truculencias ni notas de mal gusto, tan comunes en nuestra escena dramática. Su autor merece el franco aplauso que le tributó el público, al que unimos el nuestro.

En la interpretación sobresalieron las señoras Mecha López y Manuelita Poli, así como los actores Sapelli, Arrieta Muratelli y Castellini. La señora Bozán y el actor Busto, a cargo de dos papeles de relativa importancia, exageraron un poco las manifestaciones cómicas, conspirando contra la eficacia dramática de ciertos pasajes de la pieza.

"Donde cantan los zorzales", la otra novedad que se ofreció, no es nada nuevo en la producción del difundido autor Alberto Vaccarezza. Es un sainete más que recuerda otros del mismo escritor y que quizá porque el público esperaba algo nuevo fué recibido tibiamente, no obstante la briosa interpretación de los actores del Nacional.

MUIÑO OFRECIÓ DOS ESTRENOS QUE GUSTARON

La primera temporada que realiza en el Buenos Aires el aplaudido actor Enrique Muiño, bajo la única responsabilidad de su nombre, ha sido inaugurada con toda fortuna. Se ve que el celebrado intérprete tiene su público, que lo sigue fielmente dondequiera que vaya. Es así que su sala, la noche de la presentación y las siguientes, se vió pobladísima.

"Un caballero y un ladrón", de Julio F. Escobar, es una pieza con algo de farsa y mucho de comedia. Con la destreza reconocida en el autor de "La víbora de la cruz", presenta en este nuevo trabajo el caso de un ladrón que se convierte en caballero y un caballero que resulta un ladrón, extrayendo desde luego la consiguiente moraleja.

Bien construída la obrita, con diálogos ingeniosos donde asoma la ironía característica de la pluma de Escobar, "Un caballero y un ladrón" se impuso sin esfuerzo desde las primeras escenas. Muiño, a cargo de un interesante papel, gustó mucho e hizo reír con fáciles recursos.

Otro estreno dado a conocer fué "Yo también carrero fuí", sainete de Chiarello y Ruiz Paris, que se desarrolla en los arrabales de la capital, entre gentes conductoras de vehículos. Es una evocación acertada del ambiente, si no nuevo, interesante, por la forma ágil en que ha sido reconstruído.

En la interpretación de Peñaflor, Muiño renovó éxitos viejos en el género, siendo bien secundado por sus compañeros de escena, que hicieron triunfar la pieza.

"LA FRANCESITA LISON", DE MARIANO DE LA TORRE, EN EL SARMIENTO

Con cierta frecuencia, desgraciadamente, se da en nuestro teatro el caso de que una pieza estrenada nos suene por momentos a cosa conocida, ya sea por el asunto, por alguna de las escenas, por la psicología de un personaje o por ciertas frases del diálogo. Coincidencias, inspiraciones, rezagos, trasuntos o simples plagios, ello es que tales obras nos dejan un desagradable sabor y poco dicen en honor del progreso de nuestra escena.

Este fenómeno se ha dado con caracteres más definidos, con el estreno de la pieza titulada "La francesita Lison", que firma Mariano de la Torre, con un derecho que se ha creído muy discutible. Se le atribuye al autor cierta semejanza entre su obra y algunas otras del repertorio nacional y del extranjero, que conspiran contra la originalidad de la producción. La cosa no ha quedado en el alacranesco comentario del vestíbulo o de la redacción, sino que ha llegado hasta la Sociedad de Autores, la que ha hecho retirar del cartel del Sarmiento esta pieza hasta tanto se establezca su verdadera paternidad. No es de lamentar el incidente más que lo que él tiene de ingrato para el autor y para el prestigio de nuestro teatro. Se trata de una obra de escasa importancia artística, cuya desaparición deja un vacío sumamente fácil de llenar.

En el curso de la semana anterior debió estrenarse la pieza "M'hijo el ingeniero", de que son autores los señores Botta y De Bassi.

ACTRICES NACIONALES

Chela Cordero, vista por Lilí.

NUEVA REVISTA EN EL MAIPO

Estaba anunciado para estos días el estreno de "Lo que gusta a las mujeres", original de los autores de la casa, revista en la que debutarán los nuevos elementos incorporados a la compañía por su empresario al regreso de su viaje a Europa.

En el próximo número dedicaremos un comentario extenso a la nueva revista y a los debutantes, Rafael Arcos, pareja de bailarines rusos y troupe de nuevas "girls", que constituyen las novedades reservadas para esa emergencia.

"LA PRIMERA SIN TOCAR", DE BOTTA Y OSSORIO, MÚSICA DE DE BASSI, EN LA COMEDIA

La compañía de revistas y sainetes líricos organizada y dirigida por el maestro De Bassi, ha tenido un excelente éxito.

Se propone este conjunto alternar en el cartel las piezas de gran espectáculo y los sainetes pentagrameados, y a tal efecto forman parte de la compañía numerosos elementos de ambos géneros, tanto de los que cifran su eficacia en la exhibición coreográfica, como de los que actúan en el diálogo sainetesco. La presencia de los esposos Pomar, de Consuelo Velázquez y otras primeras figuras de las que ya nos iremos ocupando, garantizan el éxito de este elenco.

La revista estrenada cuenta con algunos cuadros bien compuestos y de mucho efecto, tales como "Hay que ayudar a los héroes", "Los trabajadores del mar" y "Las locas del charlestón".

Completa el cartel el sainete lírico de Enrique García Velloso y maestro De Bassi "Morriña..., morriña mía", estrenado con feliz éxito en temporadas anteriores y que tuvo en este teatro muy acertada interpretación.

SE PRESENTÓ LA COMPAÑIA DEL SAN MARTIN

Otro conjunto de revistas ha inaugurado en estos días su temporada con favorable acogida. Debutó con la revista titulada "Saltó la bola", pieza original de Contursi y Alippi. Se trata de una pieza que sigue las huellas de las de su género, sin gran aparato escénico ni un lujo exorbitante, pero con el buen gusto indispensable ya en las producciones de esta naturaleza, para que logren interesar al público. Entre los cuadros de mayor éxito se destaca notablemente el denominado "El gorila y la mujer", admirablemente interpretado por Sacha Goudine y Enriqueta Pereda. Con estos dos valiosos elementos y Alippi, la Giménez, Azucena Maizani, Sofía Bozán y otros, el desarrollo de la revista adquiere un rico colorido que suscita al final de cada cuadro los aplausos del público.

Fué incorporada posteriormente al cartel, para alternar con la anterior, la revista "Pero hay una melena", estrenada con éxito en temporadas anteriores.

EL VIERNES DEBUTARÁ PARRAVICINI

El acontecimiento de la semana lo constituye la reaparición en el Argentino del más grande artista de la escena nacional, el celebrado cómico don Florencio Parravicini, quien iniciará su temporada estrenando la pieza festiva "De Mar del Plata a Sevilla, metido en una barquilla", escrita por él mismo.

Puede descontarse un lleno hasta la calle para esa noche y muchas de las subsiguientes, pues sobran los admiradores del notable bufo, ansiosos de ver de nuevo a su artista favorito, ausente de los escenarios voluntariamente desde fines de 1924.

LA TEMPORADA DEL PORTEÑO

Debe estar en plena actividad, a estas fechas, la compañía de grandes revistas del Porteño, de la que forman parte los notables artistas de los teatros extranjeros del género y otros nacionales, como Simari (Leopoldo), Carmencita Lamas, Iris Marga, etc.

Ocupa el cartel la revista "Pa muestra basta un botón", de la que nos ocuparemos extensamente en el número próximo.

ARELLANO, EN EL IDEAL

Ya ha dado comienzo a su inquietante temporada la compañía de Enrique Arellano. El programa del debuto se formó con dos piezas de carácter antitético, tales como "Nuestros hijos", de Florencio Sánchez, y otra de gran guignol de Antoine, titulada "La noche trágica de Rasputín".

Comentaremos próximamente los sucesos.

JUAREZ - SANJUAN

Un éxito clamoroso alcanzó en el Mayo la compañía Juárez-Sanjuán, con la representación de la comedia hilarante de Muñoz Seca y López Núñez, titulada "El rayo". Esta obra fué estrenada entre nosotros por Juárez y su reaparición puso de manifiesto las grandes simpatías con que el celebrado actor cuenta en Buenos Aires.

LOS RATTI

Los populares actores César y Pepe, han hecho su debut en el Smart con el estreno de dos piezas tituladas "Por mí Dios y por mi dama", de Eleodoro Peralta, y "Qué noche de bodas", de Alejandro Berutti.

Comentarios, en el número próximo.

SE BENEFICIÓ LUPE RIVAS CACHO

La estimadísima artista mejicana Lupe Rivas Cacho, que viene realizando su segunda temporada en el Avenida — la que terminará a fines de este mes,—acaba de efectuar su "serata d'onore" con gran éxito.

El público prodigó a la simpática actriz largas y calurosas manifestaciones de afecto, demostrando una vez más cómo ha sabido valorar el arte de la inteligente embajadora del teatro mejicano, tan interesante en cuanto refleja las costumbres del pueblo y sus modalidades.

La señora Rivas Cacho ha de llevar gratísimos recuerdos de su estada en nuestra capital, y nada difícil sería que dentro de poco tiempo regresase a nuestro país.

CASAUX CAMBIA EL CARTEL

Hubo que dar vuelta al cartel del Nuevo, dejando contra la pared el anuncio de "Los tesoros de Golconda", de García Velloso, que no consiguió interesar al público tanto como el autor suponía. Fué estrenado para reemplazarla un sainete de Goicoechea y Cordone, "Un sujeto extraordinario", que glosaremos en la edición inmediata.

LAS OPERETAS DEL MARCONI

La temporada que realiza en la sala del Marconi la compañía de operetas española Soler-Vela, tiene el apoyo del público, que, noche a noche, ocupa la sala y aplaude las correctas versiones de las obras.

Para reaparición de la primera tiple Adriana Soler, se repuso la popular opereta "La duquesa del Bal Tabarín", en la que lució su juego agradable la nombrada actriz, que fué muy aplaudida. Se prepara "La danza de las libélulas".

Aunque la compañía debe actuar pocas semanas en el Marconi, puede preverse que no ha de ser ésta su última intentona, pues, como decimos, gusta al público.

EL 3 DE ABRIL SE INAUGURA LA "SEASON" DEL ATENEO

Se ha fijado el sábado 3 de abril para inaugurar en el Ateneo su temporada oficial la compañía que encabeza la señora Camila Quiroga.

Como dijimos oportunamente, esa noche será estrenada la comedia dramática de Vicente Martínez Cuitiño, "La noche en el alma".

BLANCA, EN EL LICEO

Inició su temporada en esta sala la compañía nacional que encabeza la popular actriz Blanca Podestá. En el próximo número aludiremos a la obra estrenada, "La danza del fuego", no sin adelantar que fué aplaudida por el público que llenó el Liceo la noche de la presentación.

SE REABRIÓ EL FLORIDA

El sábado inauguró su temporada esta sala, que cultivará, a lo que parece, el mismo género de varietés que el año pasado, además del cine. Ada Falcón, cancionista criolla, y La Goletera, bailarina española, reaparecieron con aplauso.

CASINO

Continúan siendo aplaudidos los Samber's, hombres de omóplatos de acero, que ejecutan sorprendentes pruebas de resistencia física. También hay que citar como números destacados Agda Jim, la mujer futurista; Hortensia y María, acróbatas danzarinas, Okito y Felito, los cuales son celebrados largamente.

GRAND SPLENDID

El 3 de abril serán inauguradas las "rendez-vous" clásicas de esta soberbia sala, donde se exhiben las mejores películas que importa el país, y al siguiente día, domingo, las funciones que tiene todos los contornos de las reuniones sociales de mayor esplendor, para las cuales se ha abierto el abono correspondiente.

Entre tanto, en la semana que corre, el cartel brindará bellas cintas de las marcas más acreditadas.

CAPITOL

Con la entrada del otoño aumentan los espectadores de esta preciosa sala, de arraigados prestigios en la sociedad porteña. Películas de hermoso asunto y rigurosa moralidad se ofrecen en los espectáculos diarios a las familias bien conocidas que concurren a las funciones.

FOTOGRAFIA ARTISTICA

"El Zapato", en Capilla del Monte (Córdoba).

Fot. Trelles.

Una hermosa vista del puerto Laguna Fría, en la región de Nahuel Huapí.

Fot. J. C. Dantiacq.

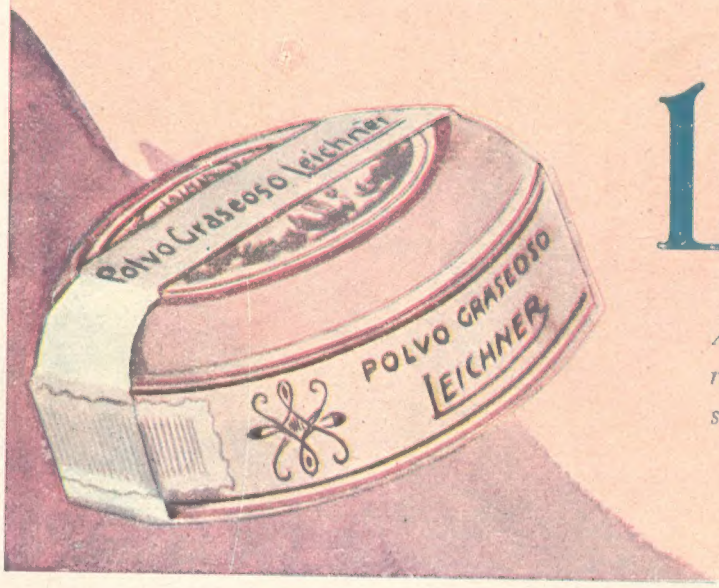
Sembrados en la Quebrada de Sonda, provincia de San Juan.

Fot. Francisco J. Silva.

Talleres Gráficos Cía. Gral. de Fósforos - Buenos Aires
INDUSTRIA ARGENTINA

Realce su Belleza

aplicando a su cutis el delicioso Polvo Graseoso Leichner de sutil fragancia y fácil adherencia, que hará resaltar en su rostro y escote la lozanía de la juventud, en una tez suave, sedosa y perfumada.



POLVO GRASEOSO
LEICHNER

Al enviar los cupones contenidos en las cajas no olvide de certificar su carta, de lo contrario se expone a perder un obsequio de gran valor.